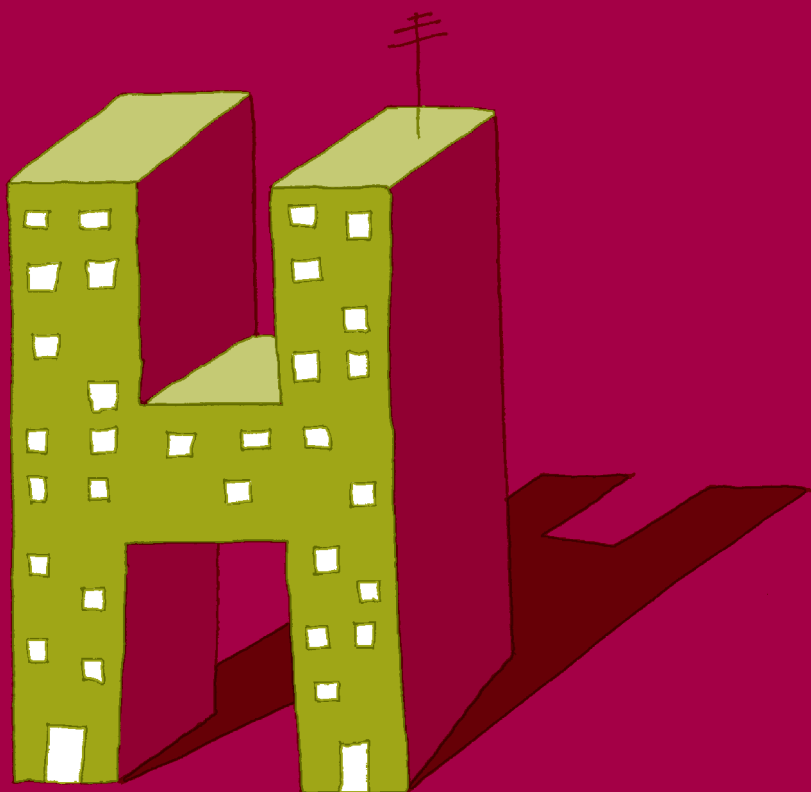


# HISTORIAS DE LA CIUDAD II

Reportajes, crónicas e historias de vida

MARÍA TERESA LÓPEZ FLAMARIQUE  
JERÓNIMO REPOLL  
Coordinadores



HISTORIAS  
DE LA  
CIUDAD II

**Reportajes, crónicas e historias de vida**

*Historias de la Ciudad II*  
*Reportajes, crónicas e historias de vida*

Coordinación:  
María Teresa López Flamarique  
Jerónimo Repoll

Diseño y producción gráfica:  
Laboratorio de Comunicación Gráfica de la UACM  
Leonel Sagahón  
Karen Galván  
Yesenia Acevedo  
José López Hernández

Primera edición, 2008  
D.R. © Universidad Autónoma de la Ciudad de México  
Fray Servando Teresa de Mier, núm. 99,  
Col. Centro, Delegación Cuauhtémoc,  
C.P. 06080. México, D.F.

ISBN 978-607-7798-01-9  
Hecho e impreso en México

Correo electrónico: [bibliotecadelestudiante@hotmail.com](mailto:bibliotecadelestudiante@hotmail.com)

# HISTORIAS DE LA CIUDAD II

**Reportajes, crónicas e historias de vida**

*María Teresa López Flamarique  
Jerónimo Repoll  
(Coordinación)*

# ÍNDICE

## Reportajes

El mercado más grande del mundo <i>Javier Morán Jarquín</i>	13
Tláhuac, entre el recuerdo y el olvido <i>María Isabel Argüello Fuentes</i>	20
Una muerte gratuita <i>Nancy Rosalía Malacara Andrade</i>	32
La aventura del transporte público <i>Mónica Pérez Crispín</i>	44
El canal de Chalco: una compañía peligrosa <i>Jorge Perdomo Jaso</i>	52
Miedo en la mirada de Atenco <i>Berenice Reza Dávila</i>	61
Muerte querida de mi corazón... <i>Evangelina Valencia Ceballos</i>	72
La donación: gesto de vida <i>Pamela Montoya Chávez</i>	79
Un día más en la lucha contra el cáncer <i>Carolina Mitre Aceves</i>	87
Romper el silencio <i>Nancy Caballero Mendoza</i>	97
El aborto: una decisión de mujer <i>María Guadalupe Ortiz Velázquez</i>	106
Invítame a tu cama <i>Omar Delgado Vázquez</i>	113
La vejez: una nueva oportunidad <i>Juana Reyes</i>	127
Hijos del asfalto <i>Miguel Ángel Vega Trujillo</i>	137

## **Historias de vida**

La otra cara del secuestro <i>Gabriel Vázquez Martínez</i>	149
Una mala educación <i>Saúl Peña Rosas</i>	158
Mi paso por el Tutelar de Menores <i>Erika Arreola Bueno</i>	166
Papá se fue al Norte sin decir adiós <i>Jimena Jiménez Medina</i>	178
“¿Me da una boleadita, Don benito?” <i>Anahí Gabriela Vargas Hernández</i>	190

## **Crónicas**

La ruta de la niebla <i>Alfredo Blázquez Castillo</i>	201
De chincicuiles a turbinas de avión <i>José Santiago Paz</i>	215



## PRESENTACIÓN

Ya han pasado dos años desde que se editó *Historias de la Ciudad*, volumen antecesor a este libro. Durante este tiempo, varios grupos de estudiantes de Comunicación y Cultura y Creación Literaria han cursado la materia de *Periodismo literario y de investigación*, y este libro recoge algunos de los trabajos que han realizado para certificarla.

Estas nuevas generaciones, además de los textos de John Reed, Gabriel García Márquez, Truman Capote, Vicente Leñero o Ryszard Kapucinsky, pudieron leer también los reportajes escritos por sus compañeros. Descubrieron que los textos escritos por sus pares podían despertar su interés y su admiración. Asumieron el reto de descubrir cómo lo habían hecho, cuáles habían sido sus fuentes, cómo habían armado la historia, qué la hacía interesante. Y se dieron cuenta de que ellos también podían hacerlo. De esta forma, el libro ya publicado cumplió con uno de sus cometidos: servir como ejemplo para sus compañeros, como material en el salón de clase.

Además de su utilidad didáctica, consideramos que es importante que la escritura cumpla su cometido: ser leída. Al publicarse, los textos periodísticos cumplen su función: informar, interpelar al lector, mostrarles un trozo de realidad, de ciudad, suscitarse preguntas, resolver algunas de sus dudas.

Algunos de los escritos cumplen a cabalidad con las características del reportaje, tienen una investigación seria sobre el tema que abordan, acuden a múltiples fuentes con el fin de mostrar diferentes aspectos sobre el asunto que tratan, muestran datos, testimonios y opiniones que ayudan al lector a comprender mejor esa realidad. Otros describen con gran precisión lugares o personas. Su lectura nos hace viajar o entender mejor algunos fenómenos sociales, aunque les falta contrastar la información con otras fuentes, datos que sustenten y muestren la relevancia de los testimonios. Sin embargo, nos ha parecido interesante rescatar estas crónicas e historias de vida que muestran retazos de la ciudad y de sus habitantes y, en ocasiones, muestran una vocación de estilo propio. Creemos que merece la pena su lectura y les aseguramos que estas historias no les van a dejar indiferentes.

Javier Morán nos descubre el mundo de la Central de Abasto de la Ciudad de México, el gran volumen de mercancías y dinero que diario se mueve en el denominado estómago de la ciudad. Pero no solo eso, también nos lleva al submundo de drogas, sexo y corrupción que impera en este espacio durante la noche. Todo está a la venta en la Central.

De Iztapalapa, María Isabel Argüello y Nancy Rosalía Malacara nos trasladan a Tláhuac. La primera, en un relato que deja ver la influencia de la novela policiaca, rememora el linchamiento que sufrieron tres policías en el municipio San Juan Ixtayopan, y hace un detallado recuento de las consecuencias que estos hechos han tenido en la población. Malacara realiza una minuciosa investigación en torno a un accidente ocurrido en esta delegación durante la presentación pública de la nueva Línea Dorada del metro, que tuvo como consecuencia la muerte del joven José de Jesús Rico Guevara y denuncia los abusos e irresponsabilidad de la empresa en la que trabajaba el accidentado.

Precisamente del metro, y del transporte público en general, trata el reportaje de Mónica Pérez, quien señala las principales deficiencias de estos servicios, hace un repaso de los programas destinados a subsanarlos y analiza su eficacia.

Con su viaje en camión a Atenco, inicia Berenice Reza el reportaje en el que narra las consecuencias del brutal operativo policial realizado en esta localidad los primeros días de mayo de 2006. Reza se pasea por las calles de Atenco y observa la desconfianza y el miedo que ha quedado en esta comunidad castigada por la represión de los cuerpos de seguridad.

Jorge Perdomo nos lleva hasta el Canal de Chalco y nos muestra las condiciones en las que viven los vecinos que habitan cerca de este lugar, expuestos a las inundaciones que, un año sí y al otro también, anega sus hogares, destruye sus escasas propiedades y acarrea problemas de salud, sin que por el momento se haya solucionado el problema, aunque no faltan las promesas y buenos propósitos de las autoridades.

La falta de soluciones y de opciones son algunas de las razones por las que muchas personas se convierten en seguidores de la Santa Muerte, culto cada vez más extendido, a pesar de no ser reconocido por la Iglesia católica y que es descrito por Evangelina Valencia.

Frente a la muerte, Pamela Montoya narra una historia llena de vida. Muestra cómo la donación órganos se convierte, para muchas personas, en la posibilidad de vencer a la muerte y seguir viviendo. Montoya relata la historia de un joven que sufre insuficiencia renal crónica y cómo su madre le salva la vida. “Nunca terminaré de agradecer a la mujer que por segunda vez me dio la vida y de forma altruista me donó uno de sus riñones: gracias mamá”, expresa.

Como en el caso anterior, la enfermedad no solamente afecta a la persona que la padece, sino a todo su entorno. Carolina Mitre se adentra en la historia de una mujer a la que diagnostican

cáncer en los huesos, y describe su evolución, los cambios que experimenta ella y sus seres queridos, las dificultades de convivir y compartir el sufrimiento, y la esperanza y el apoyo que recibe de su familia.

Sin embargo, el hogar también puede convertirse en un infierno. Este es el caso de miles de mujeres que sufren violencia intrafamiliar. Nancy Caballero se aproxima a este complejo problema que llega a crear relaciones destructivas en las que, muchas veces, se confunde el amor y el maltrato. No obstante, Caballero nos muestra que hay mujeres que han roto el silencio y han iniciado una nueva vida.

Las mujeres son también protagonistas de la investigación de Guadalupe Ortiz sobre el aborto en el Distrito Federal. Las razones que les lleva a abortar, las condiciones en que se realizan los abortos y las consecuencias de la nueva legislación aprobada en el Distrito Federal son algunos de los aspectos que aborda en su investigación.

Omar Delgado se sumergió en el mundo de los swingers para contarnos las reglas de juego de este tipo de relaciones que, como señala acertadamente en su reportaje- rozan la prostitución. Parece que disfrutó mucho realizando su investigación.

¿Quién ha dicho que hay edad para el sexo o el amor? Juana Reyes recoge el testimonio de personas que redescubren el amor y todas las posibilidades que se abren en la tercera edad. “Lo importante no es si uno es viejo sino cómo es uno viejo”, dice un proverbio chino.

Miguel Ángel Vega, para elaborar su trabajo, durante varios días convivió con un grupo de niños de la calle, se hizo pasar por uno de ellos y como tal lo aceptaron. En este tiempo descubrió las redes de solidaridad que tienden entre ellos y el desprecio que llega a existir por una parte de la sociedad. Cuando una ambulancia no quiso recoger a una adolescente que iba a dar a luz,

Vega tuvo que desvelar su verdadera identidad y amenazar a los paramédicos con denunciarlos si no atendían a la joven.

En cuanto a las historias de vida, Gabriel Vázquez nos muestra la otra cara del secuestro, la que viven los familiares de los secuestradores. Utilizando el recurso literario de narrar en primera persona una experiencia ajena, se pone en la piel de la madre de un secuestrador y cuenta la historia de su hijo y cómo ella se convierte en víctima de las mafias carceleras.

El protagonista del texto de Saúl Peña también se dedicaba a cometer ilícitos pero no llegó a la cárcel. Murió del disparo de un policía. Peña se pregunta en su reportaje que influye para que un muchacho tome el camino equivocado, ¿la familia, el entorno, la psicología? ¿Por qué unos eligen este modo de vida y sus hermanos, sus vecinos, por ejemplo, no?

Erika Arreola, como Gabriel Vázquez, se calza los zapatos de un joven que delinque e ingresa al Tutelar de Menores. Le acompañamos en sus fechorías, en sus experiencias y sentimientos que despierta su encierro.

El periodismo de investigación implica, como ya señaló Rodolfo Walsh, “dar testimonio en tiempos difíciles”. Al leer estas historias de vida, uno se pregunta por qué la violencia y la delincuencia son temas recurrentes en estos trabajos. Los estudiantes tienen libertad para elegir el tema de sus escritos periodísticos, y vemos que en más de la mitad de los textos está presente la violencia –doméstica, política, social-. ¿Es porque despierta morbo o es por la cercanía de nuestros estudiantes con el tema? La mayor parte de estas historias que rompen la norma trascurren en Iztapalapa, en muchos casos se tratan de casos cercanos a los narradores. Creemos que es significativo que nuestros estudiantes se hayan convertido en los cronistas de estas historias y no en sus protagonistas. Que cuando están narradas en primera persona se trata de un recurso estilístico. Muchas veces sigue siendo parte

de su realidad más cercana, pero ahora se asoman a ella intentando comprenderla, interpretarla o cambiarla, al menos en lo que a su historia de vida se refiere.

También son tiempos difíciles para el ejercicio del periodismo. A la creciente y alarmante lista de periodistas asesinados debemos sumar los renombrados casos de censura: explícita, en el caso de Lidia Cacho; encubierta en cambio de línea editorial, en el caso de Carmen Aristegui.

Tras este paréntesis, otra interesante historia de vida es la que nos propone Jimena Jiménez, quien muestra las consecuencias que tiene la emigración en los que se quedan: el dolor y la angustia que despierta la ausencia. El texto también aborda el deseo del regreso y la imposibilidad de volver a la situación anterior a la partida.

En el caso de Don Benito, su paso por la procuraduría de justicia tras un operativo policial desarrollado en la plaza Santo Domingo, también marca un antes y un después en su vida como boleador de zapatos, según nos cuenta Anahí Gabriela Vargas.

Por último, para cerrar el libro tenemos dos crónicas. La primera nos permite viajar hasta Ixhuacán de los Reyes, estado de Veracruz, desde la visión de una pelota que no pierde detalle del recorrido, y que forma parte de los regalos que los mayordomos llevan con motivo de la festividad de los Santos Reyes. Y sin salir de la Ciudad de México, qué tal un paseo por la *Sanfe*, el tianguis más grande de Latinoamérica, donde puedes encontrar desde chinicuales hasta turbinas de avión. Comenzamos nuestro recorrido en la central de abasto más grande del mundo y terminamos en uno de los mercados más increíbles de chácharas y tesoros que esperan ser descubiertos. Todo sin movernos del sillón.

María Teresa López Flamarique  
Jerónimo Repoll

## EL MERCADO MÁS GRANDE DEL MUNDO

Javier Morán Jarquín

¿Te imaginas un lugar donde circulan al año 8 mil millones de dólares?, ¿un lugar más visitado que Roma, Madrid, Cancún o Acapulco, al que llegan más de cinco millones de personas al mes? ¡No!, no son Las Vegas. Se encuentra en la Ciudad de México: me refiero a la Central de Abasto de la Ciudad de México (CEDA), ubicado en la delegación Iztapalapa, en el Oriente de la ciudad. La Central de Abastos es el centro de negocios más grande de México después de la Bolsa Mexicana de Valores y tiene la oferta más grande y diversa del mundo de productos agroalimentarios.

La Central de Abasto de la Ciudad de México es conocida mundialmente y fue inaugurada el 22 de noviembre de 1982 por el presidente José López Portillo. El arquitecto Abraham Zabludovsky diseñó el edificio basándose en una figura hexagonal, ligeramente deformada, cuyo eje central mide dos mil 250 metros. En los extremos de los ejes se encuentran las entradas y las salidas, lo que hace que el acceso sea cómodo. Diariamente a la Central de Abasto llegan aproximadamente 480 mil personas; se comercializan más de 30 mil toneladas de alimentos y otros productos, lo que representa el 80 por ciento de lo que consumen aproximadamente más de 25 millones de mexicanos en la Ciudad de México, zona conurbada y estados

circunvecinos. Atiende más de mil 500 puntos de venta, entre mercados públicos, itinerantes y tianguis, 380 establecimientos de 15 cadenas de autoservicio, así como algunos otros locales y “tienditas de la esquina”. Esto hace a la Central de Abasto la más grande del mundo, pero sobre todo, competitiva, ya que los precios que se manejan son mucho más bajos que los de cualquier otro mercado. Algunos comerciantes son productores y mayoristas al mismo tiempo.

“A pesar de que los precios están a la alza en el país, nosotros seguimos dando barato, pues si no, no sale *pa'* la papa y la mera verdad no estamos como para jugar con nuestros ingresos”, señala José Rodríguez de 45 años de edad y vendedor de frutas y verduras de la Central desde hace más de ocho años.

La Central de Abasto es un centro enorme que genera más de 70 mil fuentes de empleo directas, quienes atienden al gran número de visitantes en las 304 hectáreas que ocupa.

—¡Pasele!, ¡pasele! güerita, que le damos— grita un comerciante con voz fuerte para ganar al de al lado que grita con la misma intensidad.

—¡Hay melones! Lleve sus melones, cuántos melones— anuncia el frutero de al lado al tiempo que se aparta para no topar con el diablero.

—Ahí va el diablo— advierte el diablero chiflando cual policía de tránsito en Eje Central— quítate *cabrón*, *pinche* estorbo.

Un grupo de diableros se encuentra descansando sentados en el diablo, mirando el pasar de las chicas vendedoras de café, que arrebatan chiflidos y piropos.

—Qué ricos melones— grita el frutero.

—Pruebe mi moronga güerita, o le paso un cacho de machito *pa'* que lo vea, pura calidad— dice un carnicero que se une al *cortejo*.

—Ya cálese, ¿va a querer café?— le cortan las muchachas.

Escenas como ésta se repiten todos los días en los pasillos donde se encuentran más de 3 mil bodegas de frutas, legumbres y abarrotes, además de mil 500 locales con más de 60 giros diferentes, así como áreas de servicios complementarios como frigoríficos, bodegas de transferencia, zona de pernocta y estructuras helicoidales.

“La *neta* aquí hay *harta chamba* para todos, aunque es algo matado *pus* hay que andar con el diablo de aquí *pa’* ya, y bien retacado, pero *pus* la *neta* si deja *varo* y no me quejo *pa’* todos sale el sol”, externa Antonio Flores, de 20 años, un diablero de la central que hace sus recorridos por el área de Flores y Hortalizas desde hace poco más de un año. Explica que en esta área se gana más dinero, pues se cobra por carga una cuota que va desde los 20 pesos hasta los 100 ó 150 pesos.

Los mercados de Flores y Hortalizas tienen una extensión de 16 hectáreas, y el de Productores cuenta con una superficie de 10 hectáreas con ocho andenes techados y 600 cajones para tráileres. El área de pernocta —subasta— se localiza en un área de 5 hectáreas, con una capacidad para albergar 650 vehículos de carga con todos los servicios. Según datos proporcionados por Recursos Humanos de la Central, el mercado genera 700 toneladas de desechos sólidos al día, las cuales son recolectadas y enviadas a una planta de Transferencia del Gobierno de la Ciudad, ubicada dentro de la Central de Abasto.

Es toda una experiencia circular por los más de 11 kilómetros de pasillos en los que se encuentran productores y mayoristas de diversos ramos desde frutas, y legumbres, verduras, flores y hortalizas, aves y cárnicos, pescados y mariscos, cremerías, salchichonerías, dulcerías, abarrotes, granos y semillas, productos enlatados, materias primas, jarcerías, productos de limpieza y un sinnúmero más de productos especializados. Se

debe tener una gran habilidad para poder esquivar los obstáculos que se presentan en el camino: diableros, comerciantes ambulantes o las mismas personas que van a realizar sus compras te pueden arrollar. Los gritos de vendedores que ofrecen sus productos se escuchan por todos los lados, incluso hay quienes se paran a la mitad del corredor arriesgándose a que el diablo pase y se los lleve. Todo con tal de degustar un poco de la deliciosa papaya maradol o de la fresca naranja recién llegada del puerto de Veracruz.

“Es un lío caminar por aquí, tienes que andarte con mucho cuidado y más con los diableros, esos no avisan y cuando menos sientes ya los tienes encima. A mi sobrina, la otra vez le dieron con el diablo en los pies y ya te imaginarás el dolor que traía, pues cómo no, si es puro fierro, pero con todo y eso vale la pena venir hasta acá pues los precios son mucho más bajos que en los tianguis. Imagínate yo vengo desde Santa Catarina a surtirme”, explica Araceli Ramírez, de 45 años, quien tiene una tienda de abarrotes y verduras.

La Central de Abasto de la Ciudad de México da de comer a más de 20 millones de habitantes al día y es conocida como el estómago de la Ciudad de México. Actualmente se exportan más de 800 millones de dólares en alimentos que proceden de productores que participan directamente también en las diversas centrales de abasto de toda la república mexicana.

El FICEDA cuenta con un departamento encargado de los servicios especializados que consta del servicio de baños, estacionamientos, básculas camioneras y peaje. Todos los baños de la central de abasto se encuentran en mal estado, no hay buenos servicios. “Ya ni la *chinga*, tanto dinero que sale y no pueden arreglar los baños, pero eso sí te cobran tus tres pesitos. Eso en Frutas porque en Abarrotes te cobran cuatro baros, como si tuvieran tele en el baño, se *manchan* estos *güeyes*”, comenta José

Herrera, de 32 años, usuario de la Central de Abasto, quien viene diario a surtirse de mercancía para el puesto que monta en un tianguis. A pesar de que los baños generan casi de 900 mil pesos al mes libres, no se les da el mantenimiento adecuado.

Por otro lado, hay dos tipos de estacionamiento: el de los *franeleros* y los llamados estacionamientos aéreos, del FICEDA, que se encuentran en la parte de arriba de las bodegas y están divididos y enumerados de la misma forma que los baños. Dichos estacionamientos tienen una capacidad para almacenar, 3,224 vehículos, afirma Andrés Covarrubias Fernández, Coordinador de Servicios Especializados. Los estacionamientos tienen ingresos mensuales de un millón de pesos.

“La verdad, el costo por estacionamiento está barato, pues en otros lugares como en el centro te cobran hasta 25 pesos la hora y aquí solo son seis pesos. Está bien, aunque le falta un poco más de seguridad, pues no hay quién te cuide el carro, no hay ningún policía. De repente se aparece uno que otro, pero yo pienso que debería de haber más seguridad en los estacionamientos”, señala un usuario quien prefirió no dar su nombre. Aunque el estacionamiento oficial no es caro hay quienes prefieren dejar su automóvil con los *franeleros*. Manuel Torres, de 30 años, dueño de una abarrotera deja su automóvil con los *franeleros* porque es más seguro y le cuesta solo 30 pesos por todo el día. “Nosotros terminamos de chambear a las 6 o 6:30 porque ya cuando empieza a oscurecer aquí esta *cabrón*. Yo al menos me *muevo* como a esa hora, mis *cuates* se quedan a *cotrear* todavía otro rato, otros se quedan para sacar más *lana*”, declara Rodolfo Ramírez, *franelero* de 22 años.

Cuando el sol se oculta y todo parece calma en la central, el mercado se transforma en una urbe de corrupción, drogas y sexo donde, como siempre, los más pudientes tienen lugares privilegiados.

En la madrugada, la Central de Abasto se convierte en un submundo donde imperan la inseguridad, violencia e impunidad, solapadas por las autoridades. Una vez que las luces se desvanecen, cambia el giro del mercado y los nuevos comerciantes se preparan para la venta de nueva mercancía, que lo mismo puede ser un café o té con alcohol del 96, con brandy o ron. Hay de todo, también una grapa de cocaína o un *churro* de mariguana. Es la hora de los narcotraficantes, estafadores, tramposos, líderes corruptos, acaparadores, secuestradores exprés y todo tipo de mafias.

Unos huacales, unos baños públicos, la caja de algún tráiler o camioneta pueden ser aprovechados para que niñas, jóvenes y otras ya no tan jóvenes, hombres y travestis, ejerzan la prostitución. “Yo soy estudiante y me vengo a prostituir por las noches para mantener mis estudios. Los fines de semana por las tardes doy clases de baile, tengo mi lugar fijo, y los polis ya me conoce. Hay veces que me piden 100 pesos o 150 y si están cachondos me piden un servicio”, aclara Violeta, un travesti que trabaja dentro de la Central de Abasto.

En la zona de descarga se encuentran las llamadas *alcoholeras*. Estas señoras están acompañadas de niñas de entre 12 y 15 años de edad, cuya función aparente es ayudar a la patrona. Sin embargo, las *alcoholeras* ofrecen los servicios de las adolescentes a precios que van desde los 70 a los 500 pesos. También venden café o té mezclados con bebidas alcohólicas, papeles con cocaína, cigarros de mariguana, pastillas sicotrópicas y otra clase de drogas. Las hojas o canelas con alcohol son las infusiones que más consumen los diableros y macheteros para aguantar el ritmo de trabajo tan pesado que tienen.

Otras vendedoras son las canasteras. Simulan que venden tortas, pero en realidad venden licor. Algunas de ellas sí llevan tortas,

pero especiales. Es decir, dentro de la torta de pavo o de salchicha va una pequeña bolsita de plástico con una grapa o un *carrujo*. Cuando las autoridades se percatan de estos actos ilícitos les va bien pues sacan una pequeña tajada de lo que genera la venta. Además, en los sótanos de este mercado tan basto, podemos encontrar diversión para todos los gustos. Hay un billar para matar todos aquellos momentos de ocio de los bodegueros que se quedan hasta muy tarde a cerrar las cuentas. Este lugar funciona también como casino clandestino, fumadero y como hotel de paso. Para los amantes del séptimo arte también se encuentra un cine pornográfico. Los baños públicos de los sótanos son utilizados por las parejas ardientes y llenas de pasión y por algunas prostitutas.

“Estas personas son capaces de jugarse un auto en un volado, o hasta carga, un tráiler o una bodega en una baraja”, confiesa Violeta, quien ha participado en los espectáculos que se ofrecen durante la noche en estos lugares. Suena increíble que un tráiler pueda ser adaptado como todo un *table dance*, pero la Central cuenta con varios. En ellos se mueven gran cantidad de droga y la prostitución está a la vista. “Incluso cuenta con seguridad policiaca, porque eso sí, no puede faltar todos estos sitios, por seguridad de los clientes”, dice Violeta.

El mercado más grande del mundo de día ofrece frutas, legumbres, verduras, flores y hortalizas, aves, cárnicos, pescado y mariscos, cremería, salchichonería, dulcería, abarrotes, granos y semillas, productos enlatados, materias primas, jarcería y productos de limpieza. De noche se puede comprar todo lo que está fuera de la ley. El dinero que mueve la Central de Abasto a lo largo de 24 horas es mucho más el que deja ver. Por eso, podemos decir que la Central de Abasto de la Ciudad de México es el centro de negocios más grande del mundo, más incluso que el centro financiero del país.

## TLÁHUAC ENTRE EL RECUERDO Y EL OLVIDO

María Isabel Argüello Fuentes

Han pasado justamente tres años desde lo sucedido. El hecho conmocionó a la opinión pública: dos agentes de la Policía Federal Preventiva (PFP) fueron golpeados y asesinados en San Juan Ixtayopan, y uno más resultó gravemente herido. Hasta ahora no se sabe el móvil del crimen y por qué las autoridades no actuaron adecuadamente. Un agente del Ministerio Público (MP) afirma que el hecho pudo haberse evitado. Paradójicamente, otro agente del MP comentó que la gente de Tláhuac es muy cerrada”. Los familiares de los detenidos, por otro lado, esperan la resolución del caso.

Existen tres teorías referentes a la línea de investigación de los policías agredidos. En primer lugar el narcomenudeo: se cree que los distribuidores de droga incitaron a los padres de familia a una reacción negativa, haciéndoles pensar que eran secuestradores, puesto que fueron encontrados a las 6:30 de la tarde, hora en la que salen los niños de la escuela. En segundo lugar el terrorismo: supuestamente ellos estaban en una operación encubierta que buscaba a los integrantes del Ejército Popular Revolucionario (EPR), en Tláhuac, Milpa Alta y Xochimilco, un grupo guerrillero dirigido por Francisco Cerezo Quiroz y sus hijos Alejandro, Héctor y Antonio Cerezo Contreras. Cabe mencionar que la existencia de este grupo armado u otro

como Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP) en Tláhuac no está confirmado, “en un pueblo todo se sabe y si existiera un grupo de esa índole ya se sabría”, es lo que dice el delegado Gilberto Ensástiga; en tercer lugar el secuestro: una teoría asegura que los policías pretendían extorsionar a los pobladores con \$500,000.00 para que no se robaran a sus hijos, lo cual no está comprobado. Hay versiones que aseguran que los pobladores de Peña Alta, Jaime Torres Bodet y San Juan ya habían identificado a tres hombres que viajaban en un coche blanco y que tomaban fotos, por ello el 7 de noviembre realizaron una asamblea vecinal en la que acordaron que si alguien veía a los sospechosos, debía anotar el modelo y las placas del auto, para luego llamar al resto de la gente.

### **Pero realmente, ¿qué fue lo que pasó ese día?**

Todo comenzó la tarde del martes 23 de noviembre de 2004. Los tres policías Víctor Mireles Barrera (subinspector), Cristóbal Bonilla Martínez y Edgar Moreno Nolasco (suboficiales) fueron interceptados en la escuela primaria Popol Vuh ubicada en la calle Educación Tecnológica. Los vecinos les preguntaron el porqué de su presencia en esa zona, y éstos mostraron sus identificaciones, pero de nada les sirvió. Las alarmas caseras comenzaron a sonar (dichas alarmas fueron implementadas en varias colonias de Tláhuac, la mayoría de ellas están conectadas entre sí, constan de un foco rojo que hace un ruido fuerte y atrae la atención de cualquier persona, el mecanismo se activa cuando alguien oprime un botón para pedir ayuda en caso de peligro) y en cuestión de minutos el lugar se abarrotó. Eran ya 7:20 de la noche, algunos comenzaron a golpear a los agentes, otros pedían que se esperara a los medios de comunicación, pero los ánimos ya habían subido de tono. No sólo privaron a los policías de su libertad, sino que

afectaron la dignidad de estas personas, despojándolos de sus armas, identificaciones y de su ropa. Para entonces, el Ministerio Público ya estaba enterado de la situación. Quizá pasaban de las 9 de la noche, cuando los cuerpos aún con vida de Víctor Mireles (48 años) y Cristóbal Bonilla (27 años) fueron prendidos con gasolina. A partir de ese momento la noción del tiempo se perdió. En cuanto a Edgar Moreno (26 años), lo flagelaron y lo arrastraron hasta el kiosco que está en la plaza principal, justo enfrente de la Iglesia de San Juan Bautista. Ahí fue rescatado cerca de las 10 de la noche por agentes de la policía.

Paralelamente, hubo varios intentos para rescatar a los agentes, pero cesaron en el proceso, pues la multitud no escuchaba razones. Un policía se vio obligado a abandonar el lugar, ya que lo tacharon de cómplice; un profesor de la escuela ya mencionada y una mujer que lo acompañaba fueron obligados a irse por temor a represalias; Fátima Mena Ortega (delegada de Tláhuac en aquel tiempo) intentó llegar a un acuerdo, pero le fue imposible. Un agente del MP asegura que Mena Ortega puso en riesgo su vida. Argel Marín comenta que “la Delegada hizo lo suyo”; y la última intervención que se hubiera esperado sería la eclesiástica, pero tenía 8 días que el padre Arnulfo Santiago había muerto, y aunque siguiera aún con vida, la gente no le hubiera hecho caso porque llevaba poco tiempo en la parroquia de ese lugar. También se comentó en los medios de comunicación que las autoridades solicitaron la presencia de algún mayordomo de las fiestas religiosas en San Juan, pero no existe alguien que confirme tal información.

**¿De quién recibían órdenes los tres agentes?**

**¿Cómo se justificaron por la negligencia cometida?**

Los tres agentes estaban adscritos en la Dirección de Terrorismo de la Coordinación General de Inteligencia para la Prevención

de la PFP. Habían sido enviados por el ex comisionado de la Policía Federal Preventiva, José Luis Figueroa Cuevas; por el encargado de la Subprocuraduría de Investigación Especializada en Delincuencia Organizada (SIEDO), José Luis Santiago Vasconcelos; y un tercer mando que conocía a fondo la operación, el inspector General de Inteligencia, José Luis Palacios Razo.

La tarde de los hechos, justamente cuando éstos ocurrían, Marcelo Ebrard Casaubón (Secretario de Seguridad Pública del Distrito Federal en aquel entonces), se encontraba en una reunión con radiodifusores. Asistentes del evento han asegurado que el secretario no fue informado de lo que estaba ocurriendo en Tláhuac. Sin embargo, Ebrard se justificó diciendo que por las características físicas del lugar, la orografía, las calles angostas y el número de personas, fue imposible trasladar a las fuerzas necesarias para contraatacar el problema. Efectivamente hay un problema de tráfico para entrar a la delegación, pero no es excusa el tamaño de las calles y mucho menos el número de personas, ya que se dio a conocer que eran más de dos mil personas y no fue así. Según Argel Marín “la calle mide 8 metros de ancho. Las personas estuvieron en un área de 50 metros, y desde una toma aérea se puede calcular que había entre 300 y 500 personas”. Las versiones de otros pobladores indican que las personas que estuvieron conglomeradas esa noche no eran más de quinientas, no obstante, los involucrados directos fueron como treinta. Además agregan que se enteraron de la presencia de Ebrard, quien sobrevoló la zona en un helicóptero, pero nunca dio la orden para que la policía que ya había arribado al lugar procediera para rescatar a los tres oficiales de la PFP que fueron brutalmente golpeados.

De esta manera, la información estuvo a cargo del Subsecretario de Seguridad Pública, el señor Gabriel Alejandro

Regino García, quien no informó a su jefe inmediato. Dicho funcionario ha ratificado varias veces su declaración (causa penal 176/2004-II), en la que asegura que dio prioridad a las negociaciones con los pobladores. Algunas fuentes afirmaron que Fausto Ayala, fiscal de la procuraduría capitalina en Tláhuac, estuvo en el lugar negociando la libertad de los policías, pero en la Agencia del MP han desmentido tal situación. De igual forma, Regino García asevera que tuvo comunicación vía telefónica con el ex comisionado de la PFP varias veces, y le informó que había tres agentes de su corporación retenidos por pobladores de San Juan Ixtayopan. Figueroa le dijo que emitiría un comunicado para informar que los elementos de la policía realizaban labores de investigación en la zona, específicamente sobre actividades de guerrilla de la familia Cerezo Contreras. Minutos más tarde, se retractó y lo llamó para aclararle que el boletín sería en el sentido de que se investigaban cuestiones de narcomenudeo y secuestro de menores. En otra de las conversaciones que ambos servidores públicos sostuvieron, Figueroa tajantemente aseguró que reprendería a sus subordinados “por dejarse atrapar”. Asimismo, Regino García relató que la multitud pedía la presencia de altos mandos para entregar a los agentes, pero que una señora gorda apodada “La Güera” impuso a gritos su opinión de matarlos.

Diferente y contradictoria es la declaración del ya mencionado José Luis Figueroa Cuevas, el cual asegura que Regino era el encargado de salvaguardar la integridad física de los agentes federales, además niega haber tenido conocimiento sobre las investigaciones que realizaban los agentes. Aseguró que la tardanza de la fuerza armada policíaca para liberar a los aprehendidos, fue porque la PFP se encuentra en Constituyentes, es decir, lejos del lugar. A pesar de que en la

Calzada de las Bombas se ubica un cuartel de la PFP, de esto, su argumento resulta insustentable. Algunos de los policías que se encontraban en dicho cuartel, aseguran que estaban enterados de lo que sucedía a través de las transmisiones en los medios de comunicación, pero sus jefes los mandaron a dormir.

¿Qué tal, tanto Gabriel Alejandro Regino García como José Luis Figueroa Cuevas se echan la bolita y ninguno es culpable de la negligencia cometida? En el caso del actual Jefe de Gobierno, Marcelo Ebrard Casaubón, es evidente que su silencio le permitió posicionarse en el lugar que hoy ocupa dentro de la política mexicana.

### **¿Qué sucedió con Edgar Moreno Nolasco, el único sobreviviente del linchamiento?**

Edgar Moreno fue trasladado al Hospital “Xoco”, en el que permaneció por más de siete meses en cuidados intensivos. El joven que actualmente tiene 29 años se debatió entre la vida y la muerte, ya que su cuerpo no reaccionaba, pues los músculos soltaban líquido a consecuencia de los golpes y el cuerpo no podía desecharlos, condiciones que complicaron su estado de salud, según informó el director del hospital, Jorge Aviña. Posteriormente, fue trasladado al Hospital Central Militar, donde fue atendido por sus homónimos.

Desde que se dio este hecho tan desagradable, los familiares estuvieron presentes en todo momento en el hospital, principalmente la madre y el hermano del afectado. Fue clara la indignación que sentían y la impotencia de no poder hacer algo. El hecho evidencia el desprestigio en el que se encuentran las instituciones de Seguridad Pública, la gente

ha dejado de creer en ellas y ahora hacen la justicia por su propia mano. Se fomenta la ley del talión “ojo por ojo, diente por diente”, es decir, la violencia se combate generando más violencia.

Con relación a lo anterior, el mismo año de los hechos, se solicitó información vía Internet acerca del estado de salud de Edgar Moreno Nolasco, a través de la Ley de Transparencia a la Secretaria de la Defensa Nacional (SEDENA), pero fue negada dicha información, objetando lo siguiente: “se hace de su conocimiento que la información que solicita, por su propia naturaleza es de carácter personal, y consecuentemente confidencial, de acuerdo a lo establecido en los artículos 3/o. fracción II, 18 fracción II, 20 fracción VI, 21 y 24 de la Ley Federal de Transparencia y Acceso a la Información Pública Gubernamental, en relación con el trigésimo, trigésimo segundo fracción XIV y trigésimo tercero de los lineamientos generales para la clasificación y desclasificación de la información de las dependencias y entidades de la administración pública federal” (*sic*). De modo que, hace algunos días nuevamente se solicitó la información para localizar al joven sobreviviente, pero fue obstaculizada la búsqueda, aunque sea por seguridad.

Por otro lado, el joven fue entrevistado por Televisa cuando aún estaba “consciente”, pudo responder a algunas interrogantes. Él comentó que era parte de Inteligencia de Terrorismo de la PFP, que estaban investigando el problema de narcomenudeo en el lugar, y también desmintió a las personas que aseguraban que él y sus compañeros intentaron robarse unos niños y llevárselos en un taxi. Del mismo modo, su compañero Víctor Mireles dio un teléfono 25-84-34-00, extensiones 4576 y 4577, línea en la cual están restringidas las llamadas.

**¿Por qué los medios de comunicación no tuvieron problemas como las autoridades, para llegar a la hora y al lugar donde ocurrió el conflicto?**

Por varias horas, todas las personas que estuvieron apegados a la información que se transmitió en “vivo” por los diferentes medios de comunicación masiva, fueron testigos de las absurdas omisiones de parte de la autoridades encargadas de la seguridad ciudadana. ¿Cómo era posible que los medios estuvieran presentes en el lugar? Efectivamente, los medios fueron llamados por los pobladores, en su mayoría sujetos que se mantuvieron lejos del conflicto y que a pesar de todo fueron detenidos, por ejemplo, Julio Roa Hernández, de 45 años de edad, un mecánico que iba llegando en compañía de su hija y se refugió en su casa al ver lo que ocurría en la calle, y al otro día fue aprehendido en un operativo de la policía.

Por otra parte, en una entrevista que Adela Micha realizó a José Luis Figueroa Cuevas, éste dijo que estaba enterado de que los oficiales habían sido golpeados, pero no de gravedad. ¿Este señor tendrá un poquito de vergüenza al escuchar las declaraciones que dio esa noche?

Sucintamente, en la televisión se proyectaron imágenes desgarradoras. Víctor Mireles y Cristóbal Bonilla fueron golpeados en extremo, además los reporteros intentaban describir el inaguantable olor en el instante en el que la gente prendió fuego a los policías vivos. Otras tomas reflejaron la poca misericordia que tuvieron con Edgar Moreno: lo golpearon al igual que sus compañeros y lo bajaron en ropa interior hasta el centro del pueblo.

Ese día, las sirenas de las patrullas no dejaban de sonar y el helicóptero de la Secretaría de Seguridad Pública (ssp) pasó varias veces. Algunos habitantes de Tláhuac, estaban enterados de lo que pasaba a unos cuantos kilómetros de mi domi-

cilio y creían que no llegaría a mayores el acontecimiento, que se quedaría en una nota amarillista, pero desafortunadamente no fue así. Se perdieron dos vidas inocentes, mientras que los altos mandos del gobierno se cruzaron de brazos a observar el espectáculo en los medios.

### **¿Cuáles fueron las consecuencias de esos actos?**

#### **¿Qué se ha hecho hasta el día de hoy?**

Los días que siguieron al linchamiento en Tláhuac, fueron de incertidumbre porque se realizaron varios operativos por integrantes de la PFP, de la Procuraduría General de la República (PGR) y la Agencia Federal de Investigaciones (AFI), resultando 35 detenidos que fueron llevados a las instalaciones de la PGR en la Glorieta de Camarones (Delegación Azcapotzalco), y subsiguientemente trasladados al Reclusorio Norte. Actualmente, la indagatoria con número TLH-2T3/1392/04-11 está abierta en el Juzgado No. 17 de Procesos Penales Federales del Distrito Federal, a cargo de la juez María Cristina Isabel Porras Odriozola.

Asimismo, en una entrevista con el Delegado de Tláhuac, Gilberto Ensástiga asegura que de los 35 detenidos han salido libres tan sólo 13 personas “inocentes” a las que se les ha dicho el ya conocido “Usted Disculpe”. A pesar de ello, aún continúan 20 detenidos en el Reclusorio Norte y 2 mujeres en el penal de Santa Martha Acatitla. Se espera que este año se dicte la resolución final, para que quede cerrado el caso. Gracias a los medios, es sabido que el Delegado ha estado en constante comunicación con los familiares de los detenidos, y también, que asiste cada jueves con ellos al reclusorio para ver cómo sigue el caso. Igualmente, el padre Jorge García Llano (actual párroco de San Juan Ixtayopan) está al tanto de lo que pudiera suceder estos próximos meses, aunque desafortunadamente no se le realizó una entrevista

porque aproximadamente el 6 de enero del 2008 fue intervenido quirúrgicamente por un problema de apendicitis.

Miguel Ángel Cuesta García, abogado de varios detenidos, aseguró ante los medios de comunicación que la mayoría de los consignados por el caso Tláhuac eran simpatizantes del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y que muchos de ellos habían trabajado directamente con Ensástiga. El delegado con elocuencia respondió que “los medios enjuician”, y fue indudable que no tiene una buena impresión del abogado ya mencionado.

En tanto, Miguel Ángel Cuesta y otros abogados, han solicitado la presencia en los juzgados de los diferentes funcionarios y servidores públicos para que respondan por su omisión en los hechos, sean consignados y se ejerza acción penal en su contra. Como ya mencioné anteriormente, algunos ya declararon y han estado ratificando sus declaraciones, pero han caído en imperdonables contradicciones.

Otro punto relevante es la participación de un abogado de oficio llamado Benjamín, el cual ha llevado varios de los casos porque la mayoría de los internos no tienen las posibilidades económicas para pagar un abogado particular. Él ha estado en contacto con los familiares, y al igual que ellos asiste los jueves para saber cómo se desarrolla el proceso.

En definitiva, el artículo 50 de la Ley Orgánica del Poder Judicial Federal establece que “los delitos en contra de un servidor público o empleado federal en ejercicio de sus funciones deben ser analizados profundamente”, y en el caso de los detenidos por el linchamiento en San Juan Ixtayopan, aún no se sabe la pena que podrían alcanzar, pero lo que sí se sabe es que la mayoría de los instigadores no eran originarios del lugar.

Ahora bien, dos agentes del Ministerio Público confirmaron que Alicia Zamora Luna “La Güera”, y su esposo Eduardo

Torres Montes, presuntos incitadores de la gente de San Juan para que lincharan a los tres policías, ya fueron detenidos. También señalan que el objeto directo de investigación de los oficiales sí era el narcomenudeo, pero ¿no es función del Ministerio Público hacer este tipo de indagatorias, como lo establece el artículo 21 de nuestra Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos? La cual dice “la investigación y la persecución de los delitos incumbe al Ministerio Público, el cual se auxiliará con una policía que estará bajo su autoridad y mando inmediato”. En este sentido, uno de los agentes ya mencionados comentó que efectivamente le compete al Ministerio Público esas funciones, pero que existe un MP Federal y un MP de Fuero Común, los cuales son independientes y están sujetos a una autoridad superior.

De la misma forma, el 26 de noviembre del año pasado fue detenido José Luis Alvarado Molina, en la calle Educación Doctorado, colonia Torres Bodet. Al igual que los otros implicados, fue trasladado al Reclusorio Norte con causa penal 185/2004 por el caso San Juan Ixtayopan.

Por otro lado, el viernes 28 de diciembre de 2007, la gente de San Juan Ixtayopan se reunió en el salón “José María Morelos y Pavón” en el edificio delegacional; la nostalgia se sintió en el ambiente cuando el delegado tomó la palabra y cuestionó “¿un año más o un año menos?”. En ese momento, el silencio se convirtió en la respuesta más completa y acertada. Ensástiga y su equipo de trabajo, animaron a la gente para que en estas fiestas de fin de año 2007 no decayera su esfuerzo, y agregó que el motivo de la reunión era para “refrendarles a seguir luchando por la libertad de sus familiares” y que espera que en este año nuevo se dé una resolución al caso. Finalmente, cedió la palabra al público apuntando que “las palabras no cuestan, pero ayudan mucho”, y la señora Conchita le agradeció el

apoyo prestado, pero una lágrima opacó su rostro y le evitó continuar. En dicha reunión asistieron diversos funcionarios públicos de la delegación. Cabe mencionar, que otro de los motivos de la reunión fue la entrega de algunas despensas para los familiares de los detenidos.

El lunes 14 de enero del presente año, en una entrevista al señor Argel Marín, éste respondió en cuestión de minutos a cada una de las preguntas, la prontitud se debió a que él tenía que dar despensas a algunas personas del pueblo de San Juan, actividad que realiza cada lunes y es considerada por él como una labor social. La información que proporcionó sirvió para corroborar datos que ya habían sido facilitados por otras fuentes. “Si hay gente culpable, debe responder por sus hechos”, y en cuanto a la labor del delegado dijo que “él ha apoyado mucho a la gente. Muchos de los detenidos eran cabeza de familia y ahora el Delegado ha dado trabajo a las mujeres”.

No se justifica este tipo de actos llevados al extremo, pero la gente ya no confía en la justicia que se imparte en nuestro país, la cual suele ser acomodaticia a los intereses políticos de la clase hegemónica. Los acontecimientos en San Juan degradaron la imagen de la Delegación, ahora cualquier persona bromea diciendo “¡En Tláhuac linchan gente!”, y esto ha provocado que Tláhuac se tambalee entre el recuerdo de lo que fue y el olvido de lo que pasó.

## UNA MUERTE GRATUITA

Nancy Rosalía Malacara Andrade

Los reporteros de los periódicos *El Universal*, *La Jornada* y de *Radio Fórmula*, dieron a conocer la noticia el mismo 9 de septiembre del 2007 de una manera escasa. El cuerpo de José de Jesús Rico Guevara, quedó debajo del trailer justo a las 11:00 a.m. sobre la Av. Tláhuac esquina con la calle Flores Magón en la colonia Santiago Zapotitlán. El suceso le arrebató la atracción al convoy, junto con la alegría que tenían los ciclistas y trabajadores del Metro. Todo empezó cuando a las 10:00 a.m. salieron de la delegación de Tláhuac rumbo a los talleres de Pantitlán. Los funcionarios estaban listos para pedalear sus bicicletas y el Delegado para repartir las playeras. “Me puede regalar una playera” le dijo un joven a Gilberto Ensástiga, Jefe Delegacional de Tláhuac. El vagón ya estaba sobre el trailer de la empresa Grúas López, contratada para el evento por Francisco Bojórquez, Director del Sistema de Transporte Colectivo Metro, así que partieron.

Al frente del recorrido se encontraba el Director del Metro y el Jefe Delegacional cuidando que nadie se adelantara. A los lados del convoy estaban los avanzados, es decir funcionarios en automóviles de la delegación tomando fotografías y reporteros de *La jornada*, *El Universal* y *Radio Fórmula*. Dentro del tranvía, se encontraba Jorge Delgado y José de Jesús, mientras

que José Luís Zúñiga fungía como chofer del vehículo. Detrás los ciclistas. Todos estaban muy contentos por el acontecimiento porque a pesar de ser un vagón más, se trataba de una atracción importante para los capitalinos.

No iban a más de diez o quince kilómetros por hora de velocidad. El centro de Tláhuac y el pueblo de Tlaltenco fue cruzado con éxito. Empero antes de pasar por debajo del puente peatonal de Santiago Zapotitlán, el Delegado se preguntó si el vagón pasaría sin problemas. Así fue como Ensástiga se abrió hacia la izquierda para poder visualizar que el convoy pasara. En esos momentos escuchó un ruido parecido a un grito; al voltear vió el cuerpo del joven debajo del trailer que transportaba el convoy. “Pasaron muchas cosas por mi cabeza, no sabía si fue un compañero de trabajo, si fue un trabajador del Metro o en su defecto de la empresa contratada. Después, recordé al chico justo cuando salíamos de la Delegación de Tláhuac pidiéndome una playera” comentó el delegado. Ese fue el primer y último contacto físico que tuvo con José de Jesús.

Los responsables de Protección Civil quisieron atender al joven de tan sólo 29 años, pero fue en vano. La muerte llamó la atención de los vecinos y de los que formaban parte del recorrido denominado Línea Dorada.

Sobre la banqueta, Maribel Morelos, dueña de una pollería, escuchó atenta la declaración de un testigo que rendía declaración a un oficial de policía: “hubo un fallo en el vagón, se safó del trailer y el muchacho se pasó por las mangueras del primer eje del trailer para revisar el desperfecto. Estaba el semáforo en rojo y cuando el vehículo avanzó, el muchacho se resbaló y fue aplastado por la unidad. Fue justo cuando pasaban debajo del puente peatonal.”

A los pocos minutos llegaron los Servicios Periciales para investigar el acontecimiento e identificar el cuerpo. Fueron

detenidos para rendir declaración, Jorge Delgado y José Luís Zúñiga, éste último amigo del joven fallecido. El trailer también quedó varado momentáneamente, pues por tratarse de un accidente, no podía ser retenido. Dos horas más tarde, el vagón fue trasladado a su destino y la gente dispersada, quedando en el lugar la silueta marcada con gis blanco.

**Lunes 17 de diciembre del 2007.**

**Primer encuentro con el Delegado**

Eran las 6:30 a.m. y ya habían llegado 8 personas más. Nos pasaron a un salón llamado José María Morelos y Pavón. Al fondo se apreciaban cuadros con las fotografías de los delegados anteriores de Tláhuac. En el centro, había una mesa rodeada de sillas de metal y asientos acojinados color negro que hacía que pareciera una sala de juntas.

Sin demorar tanto y acorde a la numeración de las fichas, el personal de la delegación pasaba uno a uno a los visitantes. De repente, uno de los trabajadores se dirigió hacia mí, y discretamente me dijo que lo más probable es que Ensástiga no me diera la entrevista ese mismo día. Cuando llegó mi turno, me pasaron a un salón titulado Herberto Castillo Martínez. Al igual que el anterior, tenía una mesa en el centro con el mismo estilo de sillas. El Jefe Delegacional llevaba puesta una chamarra azul marino con el símbolo de la Delegación y estaba rodeado de diez personas más, eran los Directores Generales. El Delegado, con rostro serio, preguntó ¿Qué es lo que se te ofrece?, y de una forma directa le contesté —quiero entrevistarle acerca de la muerte de José de Jesús Rico el pasado 9 de septiembre, ocurrida durante el trayecto del convoy del Metro— Para mi sorpresa, el Delegado no se sorprendió y sin trabas accedió a darme una entrevista en privado. Y digo

para mi sorpresa porque a principios de diciembre hablé vía telefónica con la Jefa de Información del departamento de Comunicación Social, Lily Valadéz, ella afirmó: “Aquí no quieren colgarse del tema y el Delegado ya dió su opinión a los medios de comunicación. Fue un lamentable accidente, pero lo que tú quieres está en los periódicos.”

Sentí cómo las miradas de los Directores Generales nos siguieron hasta salir del salón Herberto Castillo. Pasé a la oficina de la secretaria del jefe delegacional, Ceres. Con un tono lleno de amabilidad solicitó mis datos y me programó una cita. Desde ese momento me di cuenta de que Ceres es una persona bastante ocupada. Su oficina estaba repleta de hojas y libros que a primera vista aparenta un desorden, pero detrás de ese desbarajuste se esconde una persona que carga con muchas responsabilidades. Una vez programada la cita con Ensástiga, otro de los trabajadores me guió hacia la salida, que por su puesto no fue por la puerta que entré.

### **Miércoles 26 de diciembre a las 9:30 de la mañana.**

#### **Segundo encuentro con el Delegado**

En esta ocasión la primera entrada es en el salón Herberto Castillo Martínez. En el fondo hay una fotografía de Andrés Manuel López Obrador (AMLO), con una bandera que representa al presidente legítimo de México y al lado hay otra foto de Herberto Castillo.

En seguida aparece el señor Tapia, a quien puedo definir en una sola palabra, atento. Me ofrece una taza de té. La acepto. Veo el reloj, son las 9:30 a.m. Empiezan a transcurrir los minutos y al no tener nada que hacer, miro la imagen que forma el té dentro del vaso de unicel. Saco las noticias de los periódicos que dieron a conocer la muerte de José de Jesús y releo un poco

para prevenir el olvido de ciertos datos. Acomodo mis hojas y en frente pongo las preguntas que preparé para el Delegado.

A las 9:45 a.m. sale Ceres con una sonrisa en el rostro y me indica que pase. La oficina del Jefe presenta un ambiente intelectual y a la par familiar. Es un cuarto como de cuatro por cuatro metros. En uno de sus muros está un cuadro de Carlos Marx. En el muro contrario prevalece una foto del Che Guevara. En el fondo un librero repleto de libros y un reloj. De lado izquierdo, casi escondido se haya un mini componente y una planta de dos metros de altura que embellecía el lugar. En cambio, del lado derecho, se apreciaba una puerta verde olivo que aparentaba ser el baño.

El Delegado llevaba un pants, que constaba de un pantalón azul marino con chamarra amarilla que decía BURTON, una sudadera color azul cielo y tennis blancos. De hecho, acababa de llegar de hacer ejercicio en su bicicleta y su casco lo dejó sobre su escritorio. Muy accesible y cordial, me pidió que me sentara en un sillón color crema bastante cómodo que se encontraba junto a una mesa. Él se sentó frente a la computadora del otro lado de la mesa. En ese instante me percaté de que tenía diversos discos de entre los cuales reconocí el de Silvio Rodríguez, *Cóndor pasa*, y *La colección definitiva de Rostropovich*.

La conversación inició cuando él mismo recordó el tema a tratar. “No éramos más de cien ciclistas. No hubo convocatoria. No fue a población abierta, sino que los mismos funcionarios, el mismo equipo de trabajo eran los ciclistas”. La cara de Gilberto Ensástiga pasó de ser un semblante ameno a uno taciturno cuando recordó que “los de Protección Civil ya presentes quisieron atender al chico pero, desafortunadamente, su muerte fue instantánea. Al parecer José de Jesús, quien había dejado un tiempo la empresa se acababa de reincorporar a la

actividad”. Sin descuidar lo que estaba haciendo en la computadora, el Jefe continuó: “el chofer se puso muy mal, era su amigo. De hecho ya no pudo manejar, se tuvo que conseguir otro chofer para llevar el vagón a Pantitlán”.

Su mirada regresó hacia mí y dejando de lado su acción agregó: “yo fui al velorio, fue en su casa, en Xico. Estuve desde las 8:30 hasta las 11:00 de la mañana. Son familia humilde. Fue un lamentable accidente y tenía que dar apoyo moral. La empresa arregló que se sepultara en San Lorenzo Tezonco y la familia lo aceptó. Yo ya no fui cuando lo sepultaron, pero ahí fue”.

En ese momento, el jefe se inclinó para tomar un sorbo de café y fue ahí cuando me fue posible ver un cuadro de la Mona Lisa y uno de Emiliano Zapata. Ambos estaban colgados justo arriba del sillón confortable donde residía sentada. En la entrada había una mesa de vidrio con cuatro fotografías. En la primera una joven, la cual después Ensástiga confirmó que era una de sus hijas. En la segunda, el Delegado con traje negro y sus tres hijas. En la siguiente, el Jefe con su esposa y su primer hija, y en la última un bebé de no más de un año.

Nuevamente con una expresión de amabilidad en el rostro, el Jefe volvió la vista y siguió contando: “cancelé la carrera con motivo de la Línea 12. Ya no acompañamos al convoy, pero yo insistí en que la empresa ayudará a la familia y hablé con sus papás, les dije que estaba a su disposición y hasta ahorita no han llamado, pero hablé con ellos. Hicimos una cooperación entre funcionarios para la familia”. Al tocar el tema de la empresa contratada para la transportación del vagón del Metro, Ensástiga, de una forma directa dijo que “de eso se encargaron los del Metro. No es un asunto que tenga que ver con nosotros”. Al terminar la entrevista, el Delegado muy atentamente se puso a mi disposición. Salí por una puerta que estaba detrás de un arco con dos cuadros, uno con un bebe y otro con un

elote. Pase justo por donde estaba una enredadera y una palma que al igual que la planta junto al mini componente, realzaban la oficina del Delegado. Frente a las plantas, yacía la puerta café que daba a un pasillo donde había otras cuatro puertas. La segunda es por donde me guió el Delegado y es la que daba a la oficina de la secretaria.

### **Intento fallido de hablar con Francisco Bojórquez**

Durante el mes de diciembre y principios del mes de enero, tuve diversos enlaces telefónicos con la secretaria de Francisco Bojórquez, Enriqueta Díaz, con el fin de programar una cita. No obstante, todos los intentos fueron insubstanciales, ya que en ningún momento me canalizaron con el Ingeniero. De acuerdo con la secretaria, Bojórquez está saturado de trabajo debido a la Línea 12 del Metro y a las tarjetas inteligentes. Cuando le pregunté a ella si tenía algún tipo de información con respecto a la muerte de José de Jesús, me contestó un tanto cortante “yo no tengo referencia alguna, si quieres sé paciente y espera a que el Director del Metro acceda a darte una entrevista en cuanto esté más desocupado. De cualquier forma yo le paso tu recado”. La última frase, la vine escuchando por más de un mes y el resultado siempre fue el mismo.

### **Encuentro con la familia**

El 30 de diciembre, el jardín del lote 7 de la Manzana 56 estaba vacío. Se trataba de una tiendita que tenía un timbre y la puerta del zaguán se encontraba abierta. Al fondo se apreciaba la casa. Toqué el timbre, enseguida salió un hombre alto de tez morena, como de 40 años. Era el señor José de Jesús Rico Ornelas. Al poco rato se incorporó su esposa, la señora

Graciela Guevara Bilchis, mujer de baja estatura, tez morena y también de unos 40 años. Evidentemente se trataba de una familia humilde, víctimas de la negligencia de la empresa para la que trabajaba su hijo.

La primera declaración la hizo el señor Rico: “los únicos que se portaron muy bien con nosotros fueron los de la delegación, porque ni los de la empresa y ni el del Metro. El día del velorio todo esto estaba lleno de los que vinieron de la Delegación”. El hermano de José de Jesús le pasó a su madre un sobre con los documentos del joven, que incluía recibos de pago, un documento del seguro social con el número de afiliación 45-96-78-32-44-8, y el número de registro patronal Y689999919, identificación del trabajo, citatorios de la empresa, direcciones de la Secretaria del trabajo y Conciliación y arbitraje.

Con respecto a los citatorios la señora comentó que su hijo estuvo trabajando nueve meses en esa empresa y se salió por no más de tres meses. “Mi hijo no era cualquier trabajador porque no dejaban de mandarle citatorios para que regresara. Él regresó a trabajar dos semanas antes del accidente”.

Los padres de José de Jesús Rico Guevara lo describen como un muchacho que amaba la vida y que disfrutó de ella como quiso. Antes de trabajar para los López, trabajó de policía por aproximadamente un año. Fue campeón de lima lama, deporte de defensa personal. De hecho, antes de regresar a la empresa de grúas, estuvo a punto de irse a Japón a dar clases de lima lama. “Le gustaban los deportes extremos. Quería ser paracaidista. En el tiempo que no asistió a las Grúas, se dedicó a estar en los camiones que iban para Guatemala. Mi hijo andaba del tingo al tango. Lo único que no pudo lograr fue hacer una familia”, narra su madre.

Al tomar uno de los recibos de pago, la señora recuerda que él estaba muy emocionado y contaba los días para lo del

Metro. “Yo le presté el dinero que era para pagar el teléfono, para que sacara la licencia. Si yo no le hubiera prestado el dinero a lo mejor mi hijo estuviera vivo. Mi hijo murió de forma gratuita”. Mis ojos se centraron en la mísera cantidad que estaba impresa en el recibo. El joven murió por tan sólo \$82.00 diarios, y la escasa ayuda que Grúas López dió fue el pago del sepelio y \$7000.00 que juntaron sus compañeros de trabajo, y que con truco o maña “los de la empresa” pidieron al papá del joven que firmara. Mientras tanto, la suma monetaria que por ley les corresponde a los familiares no llega y de paso niegan que el joven haya estado asegurado, debido a su ausencia en la empresa. En este sentido, Alejandro López recuerda las dos semanas que José de Jesús trabajó y olvida los nueve meses que hubo detrás, ya que de esta forma se ahorra pagar lo justo al seguro y en su defecto a la familia, a pesar de haberse tratado de un accidente en horas de trabajo.

Cabe mencionar que acorde a las normas estipuladas por el IMSS, el seguro perdura en los derechohabientes hasta tres meses después de haber dejado el lugar donde se laboraba, y una vez que la persona física es recontratada, y desde el primer día de reingreso, el seguro es dado de alta nuevamente.

La indignación comenzó al saber que en una de las sedes de la Secretaría del Trabajo ubicada en Balderas, el licenciado que atendió a la señora Graciela, se burló de ella por el hecho de ser analfabeta y además le negó el tiempo necesario para atenderla.

Posteriormente en la sede de San Antonio Abad no fue la excepción, pues el licenciado que atendió a la señora le dijo que a lo mucho le darían una prima vacacional y que se conformara con eso. La última dependencia a la que acudió la señora Graciela fue Conciliación y Arbitraje, en la que obtuvo el mismo resultado, es decir una licenciada abrupta-

mente le dijo que si le daban \$5.00 se conformara y dejara ya de desgastarse. Por si fuera poco la misma licenciada le indicó que el lugar que le correspondía estaba cerca del Metro Politécnico.

Dentro del fólder que contenía los documentos personales de José de Jesús, se hallaba la credencial del trabajo. Al sacarla, la madre del muchacho, con lágrimas en los ojos agregó que su hijo no se pudo haber suicidado por el hecho de tener deudas económicas, “pero yo estoy agradecida con los de la Delegación de Tláhuac porque nos dieron una ayuda monetaria y de ahí pagamos lo que se debía. Sé que él no está penando por eso y que ahora está con mi padre”.

La cantidad recaudada por los funcionarios de la Delegación consistió en \$34,000.00, mismos que como la madre lo indicó, fueron destinados a gastos extras del velorio y las deudas que el joven tenía pendientes.

### **Resultados de la Necropsia**

Una vez que los Servicios Periciales llegaron al lugar donde ocurrió el accidente, el cuerpo de José de Jesús fue llevado al Servicio Médico Forense (SEMEFO) correspondiente a la sede del Ministerio Público 1. Ahí se realizó el protocolo de autopsia por ley. Los resultados arrojaron que el joven no consumía drogas, no tomaba alcohol ni fumaba cigarrillos. En pocas palabras, estaba limpio.

Fueron requeridos los testigos de identidad para reconocer el cadáver, en este caso la madre del muchacho.

Lo siguiente consistió en tomar fotografías al cuerpo y anexarlas a los resultados antes mencionados. Este documento pasó a manos de una Mesa, en la que los expedientes expedidos son enviados a la Procuraduría General de Justicia (PGR).

Asimismo, el expediente de José de Jesús quedó fuera del alcance, incluso de los familiares y actualmente es de carácter confidencial.

### Seguimiento del caso

De acuerdo con el agente Hugo Luís Salgado López, el caso fue remitido al Ministerio Público Tláhuac 1. Así pues, el caso está abierto y quien está a cargo del mismo es el Licenciado Andrés Robles. En cuanto a la indemnización de José de Jesús, según Alejandro López, dueño de la empresa Grúas López, ubicada en Av. Industria No. 37 San Pablo Xalpa, Tlalnepantla, es un tema que corresponde a la Secretaría del trabajo. En este sentido, la empresa se ha deslindado del hecho.

El pasado 30 de diciembre tuve una conversación telefónica con el señor López. Mi presentación se basó en decir que hablaba de la delegación de Tláhuac y de una manera agradable comenzó a darme la información, “estoy en espera de que la Secretaría del trabajo nos de una cita y resuelva lo que por ley le toca a la familia, pero yo le dije al señor Rico que esto sería tardado”. Con fines de enaltecerse él y por consiguiente a su empresa, afirmó que “ésta cubrió los gastos funerarios y además les dió una gratificación que consistía en un día de salario de los trabajadores, administradores, operadores, talleres. Fueron aproximadamente \$7,000 u \$8, 000”. El tono de Alejandro López cambió cuando le dije que hablaba de parte de la familia “usted me dice una cosa y luego me dice otra, bueno de todas formas yo ya le di la información y es verdad. Buenas tardes”. Me colgó el teléfono.

El 12 de enero del 2008, tuve un encuentro con uno de los agentes del ministerio público en turno. Sobre el escritorio

diminuto y café, yacía una bebida de naranja y un licuado de plátano. También había un teléfono, un calendario y una computadora encendida, que dejaba ver el protector de pantalla blanco con letras grandes, PGR. Atrás del escritorio, irónicamente estaba él, el mismo agente de la vez pasada, Hugo Luís Salgado López, sentado en una silla café con patas de metal, que originaban un chillido cada vez que el agente se movía. Sin importarle mi presencia, mantuvo una postura relajada. Casi acostado en la silla, los brazos detrás de la nuca y las piernas entre cruzadas. Su aspecto físico no aludía a la de un agente de nivel superior, ni mucho menos que tenía 18 años laborando en la Procuraduría. Llevaba un pantalón gris, zapatos negros y un suéter negro que le cubría tres cuartas partes del estómago. No obstante, de forma galante y experimentada, opinó sobre el suceso del 9 de septiembre. “Así como estuvo el asunto, la indemnización que por ley les toca a los familiares del fallecido, no puede ser menos de \$90,000.00 o \$100,000.00. Además, está prohibido que personas estén arriba de un vehículo, es una violación al reglamento de tránsito. Ahí era necesario un perito en medidas de seguridad”.

Asimismo, el agente hizo mención de que los familiares deben movilizarse para reclamar lo que por ley les toca. Sin embargo, la madre del joven fallecido ha acudido a distintos lugares y centros de apoyo social jurídico sin obtener éxito alguno. Hoy en día, la señora Graciela Guevara Bilchis está bajo tratamiento psicológico en una sede gubernamental ubicada a dos cuadras del Metro General Anaya. La muerte de su hijo mayor es todavía muy reciente y el cólera debido a las negligencias, sobre todo por parte de la empresa del señor López y de la Secretaría del Trabajo, es inevitable.

## LA AVENTURA DE VIAJAR EN TRANSPORTE PÚBLICO

Mónica Pérez Crispín

Viajar en el transporte colectivo y público de la Ciudad México se ha vuelto toda una aventura, sobre todo en las horas pico, donde parece que en vez de subirse a los trenes del metro se ingresa a un concierto de rock masivo, donde los empujones, apretones, pisadas, y estrujadas, por no mencionar otras situaciones, son el ingrediente para desplazarse de una estación a otra.

Quien no ha viajado en el metro de esta ciudad no sabe aún lo que es vivir la verdadera aventura de sentirse asfixiado, acalorado y con un vendedor de discos al lado que te *embarra* en la oreja su bocina con la música a todo volumen.

El Distrito Federal (D.F) cuenta con un amplio sistema de transporte que está dividido en transporte gubernamental y concesionado. Dentro del primero se encuentran el Sistema de Transporte Colectivo (Metro), el Servicio de Transportes Eléctricos (STE), la Red de Transporte de Pasajeros (RTP) y el Metrobús. El concesionado está compuesto por transporte público: autobuses, camiones y microbuses, y el individual, por taxis.

Mucha gente para llegar a su trabajo o escuela, diario se desplazan en alguna de las once líneas con las que cuenta el metro, recorriendo así algunas de las 175 estaciones, utilizando los más de 200 kilómetros de vías para movilizarse en esta

enorme urbe. “Me levanto temprano, regularmente utilizó la línea 1 del metro, subo en la estación Pantitlán y bajo en San Lázaro ya que trabajo cerca de ahí. Siempre va lleno, sobre todo en las mañanas y en las tardes. Es imposible entrar. A veces tengo que dejar pasar dos trenes para poder subir, la gente te empuja y te mete casi a la fuerza, ni de chiste voy sentado”, comenta Elvis Pérez, empleado de la empresa ADO, con una expresión de fatiga.

Y cómo van a caber, si en cada vagón viajan aproximadamente de 170 a 180 personas y frecuentemente por las mañanas sobrepasa los 200 usuarios. En un día laborable viajan un poco más de 4.5 millones de pasajeros de los más de 20 millones que constituyen el Distrito Federal. Tan sólo de enero a septiembre de 2007 viajaron en el metro 985.5 millones de personas en alguno de los 354 trenes que existen.

El profesor de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) Emilio Bravo Grajales, de la Ingeniería en Transporte Urbano, indica que el metro es el mejor sistema de transporte colectivo de la Ciudad de México. Sin embargo, considera que en las horas pico se llena demasiado, además de que la ciudad ha crecido constantemente y hay muchos puntos donde hay concentración de población, lo que ocasiona sobresaturación de este medio de transporte.

El metro es considerado como la columna vertebral del transporte del D.F ya que diariamente realiza el 18 por ciento de los 20.6 millones de viajes que se hacen en el Distrito Federal y zona conurbana. Todos los días, 120 mil pasajeros utilizan la estación terminal Indios Verdes.

Frente a la situación de este medio de transporte, Bravo Grajales propone algunas soluciones a las deficiencias: “Lo que se puede hacer es aumentar la frecuencia de los vagones y que haya más transportes idóneos como un metrobús o un sistema

de camiones superficiales terrestres que tengan una buena calidad a diferencia de lo que ofrece un microbús”.

El transporte público como los microbuses y camiones principalmente, deben estar registrados ante la Secretaría de Transportes y Vialidad (SETRAVI). Ésta tiene como propósito contribuir al desarrollo económico y social de la Ciudad de México, a través de garantizar un servicio eficiente, eficaz y de calidad para el traslado de personas y bienes, así como una infraestructura vial adecuada a la dinámica de las necesidades de la capital de la República, bajo un enfoque metropolitano.

La SETRAVI tiene registrados 28 mil 322 vehículos, de los cuales el 45 por ciento procede del Estado de México, 20 mil 392 unidades son tipo microbús, 3 mil 682 son camiones y el resto son combis. Además tiene establecidas 100 rutas.

Muchos mexicanos utilizan el metro, los camiones y/o micros para trasladarse, mientras que otras personas sólo utilizan un transporte. Este es el caso de Karen Merino, quien vive en el municipio de Nezahualcóyotl y para ir a la preparatoria que se encuentra ubicada en la delegación Iztacalco utiliza camión. “Acostumbro a usar los camiones porque son rápidos y los tomé cuando llevo mucha prisa, pero a veces manejan mal, van con la música a todo lo que da, algunos hasta se paran para comprar cervezas”, explica Karen.

En los camiones viajan aproximadamente 700 mil pasajeros al día. De hecho de enero a septiembre de 2007 han utilizado este transporte 165.3 millones de personas. Entre ellas se encuentra Carlos Alcántara, quien vive en la Delegación Iztapalapa. Señala que frecuentemente utiliza los camiones porque son transporte rápido aunque no muy seguro. “A veces el camión va muy acelerado y te arriesgas pero cuando tengo que llegar a la escuela no hay de otra. Aparte eso no es lo único, sino que algunos camiones están muy deteriorados. Si

los ves por fuera parece que están bien, pero cuando te subes te das cuenta de que algunos asientos están en su etapa final, están mugrosos o de plano sólo están los fierros que sostenían al asiento que alguna vez existió, esto también me ha tocado en las micros”.

Basta darse una vuelta por el paradero Pantitlán para darse cuenta de que lo que Carlos dice no está muy alejado de la verdad. Esto no quiere decir que todos los camiones y microbuses estén en ese estado, pero sí algunos.

Debido a ello, la SETRAVI ha implementado un programa de sustitución de microbuses por autobuses. Se espera que del 2007 al 2010 se renueven 20 mil unidades. El programa consiste en apoyar la gestión de créditos para autobuses y la conversión de chatarra de microbuses. Todo esto se hace con la finalidad de que el transporte público tenga calidad además de ser eficiente, debido a que más del 80 por ciento del transporte público que circula ha cumplió ya con su vida útil. Del año 2001 al 2007 sólo se han renovado 4,633 unidades.

Martín Mejía Zayas, director general de Transporte, señala que “la sustitución de los microbuses es un acto de justicia social, que merecen no solo los usuarios del transporte público, sino toda la Ciudad de México, debido a que las unidades con motores nuevos, beneficiará de manera significativa también al medio ambiente”.

La SETRAVI debe vigilar que las unidades públicas cumplan con un buen servicio al usuario y que los operadores tengan toda su documentación vigente. Para cumplir con esto, de enero a septiembre de 2007 se realizaron 235 operativos para verificar que el servicio que presta el transporte público sea eficiente. Como resultado se remitieron 1,325 unidades de servicio público, entre ellos 290 camiones y 790 microbuses, el resto lo conforman combis y vans. Fueron apartadas de la

circulación porque les faltaba algunos documentos que son indispensables, como la licencia tarjetón, la póliza de seguro o placas, base no autorizada y/o uso de vidrios polarizados.

También se realizan operativos “conduce sin alcohol”, “prevención y educación vial en movimiento, porque las calles son de todos”, “pasajero seguro”, entre otros. Como consecuencia de estas inspecciones, tan sólo en el año 2007 se remitieron 2,400 unidades, de las cuales 429 eran microbuses y 162, camiones.

Jesús Soria Quezada es el presidente del consejo de administración de la empresa de transporte público denominada Chimalhuacán, Aviación Civil Caracol y Colonos del Vaso de Texcoco s.A de c.v, Las unidades de esta empresa, principalmente camiones, se ubican en el paradero Pantitlán y dan servicio del Estado de México al Distrito Federal y viceversa. Los requisitos que la empresa pide para poder manejar una unidad pública son: acta de nacimiento o cartilla, comprobante de estudios, licencia certificada, comprobante de domicilio e identificación (IFE).

Soria Quezada sostiene que la problemática con la que se encontró al llegar a la empresa fue que “la mayoría de los choferes manejaban con la botella de caguama en la mano derecha y el “activo” en la mano izquierda”. También explicó que el problema actual y urgente de atender es sin duda la conducta del operador. Algunos usuarios del transporte público, entre ellos el señor Taurino Cabrera que vive en el Estado de México, opina que “los choferes de los camiones son déspotas y no protegen al pasaje, sino que lo agraden”. Por Elvis Pérez, empleado de la empresa ADO, coincide con Cabrera y apunta que “algunos operadores son prepotentes y no respetan a la gente”.

Sin duda, se requiere de más operativos y programas para frenar ofrecer un mejor servicio, prevenir accidentes viales,

además de incluir una cultura de prevención y educación vial. Para solucionar algunos de estos problemas viales, se presentó un nuevo reglamento de tránsito, que entró en vigor el 18 de septiembre de 2007 en D.F y Estado de México. Ese reglamento va dirigido tanto a operadores como a peatones y trata de proteger al peatón.

Por su parte, Bravo Grajales explica que el nuevo reglamento no se cumple todavía, porque lo que hace falta es educación vial y no se pueden aplicar directamente las sanciones sin antes educar. También argumenta que debe haber respeto, ya que la cultura se refleja en la educación o la educación en la cultura, además de que el conocimiento teórico práctico es importante.

Taurino Cabrera, que vive en el Estado de México, opina que no se respeta al nuevo reglamento porque sigue la corrupción y las mordidas. Para Carlos Alcántara “el nuevo reglamento no se está respetando. Muchos de mis vecinos tienen auto y he visto que van manejando y hablando por celular. Tampoco en la micro se cumple el reglamento, inclusive me ha tocado ver que en el entronque de Río Frío y Río Churubusco hay un alto que dura demasiado y los usuarios por querer llegar rápido le piden al chofer del microbús que se pase el alto, y algunos choferes lo hacen”.

Para ir solucionando los problemas de exceso de velocidad, prevenir accidentes y ofrecer calidad en el servicio, desde el año 2000 la SETRAVI inició programas de capacitación de los operadores de unidades, condicionando el otorgamiento de la licencia—tarjetón al cumplimiento de cursos y preparación para dar una atención de calidad al usuario. El señor Jesús Soria obliga a los empleados administrativos y a los operadores de su empresa a tomar cursos de capacitación, impartidos por empresas especializadas, para que desarrollen bien su trabajo.

Por otra parte, se prevé que habrá aumento de tarifa al transporte público debido al *gasolinazo* que entro en vigor en enero de 2008. Mejía Zayas asevera que habrá aumento de tarifas siempre que los concesionarios se comprometan a mejorar el transporte, las condiciones de las unidades y el servicio que prestan actualmente.

En cuanto al aumento de tarifa, la mayoría de las personas entrevistadas coincidieron que estarían de acuerdo con una subida, siempre y cuando haya una mejor calidad en el servicio, un mejor trato por parte del chofer, más unidades así como mayor seguridad. Sin embargo, Soria Quezada detalla que no estaría de acuerdo “porque no hay control del negocio, la lana la recibe el operador y llega aquí ya muy rasurada. El aumento sería para el operador lo que ocasionaría que en la misma zona habría competencia de a ver quien da más barato. Además la gente no tiene para pagar un aumento alto”.

Independientemente del precio del boleto, en muchas ocasiones el usuario no se siente seguro al viajar. Ese es el caso del señor Taurino Cabrera, quien reitera que “en algunos transportes no tienen cuidado al manejar ya que lo hacen muy rápido, hay mucha delincuencia, no tienes protección de nadie ni de nada. También se ha visto que han atropellado gente y hay más raterismo en los camiones”.

Elvis Pérez detallan que “en las micros y los camiones no te pones a pensar si vas seguro o no, sino que llegas y te subes. Sin embargo, en el metro me da más seguridad porque la velocidad está controlada y el personal que opera está capacitado. Algunos chóferes por ganar pasaje manejan como loquitos, no respetan a la gente y atentan contra su vida a la velocidad con la que van”.

Por su parte, el señor Soria Quezada considera que la seguridad no depende del transporte sino de las personas: ”Hay

dos tipos de gentes, las que se sienten seguros y los que no”. Pareciera que los chóferes y las unidades no tienen nada que ver con la seguridad de las personas. Es evidente que al viajar en un transporte de calidad y con operadores responsables, eso te da más seguridad.

La calidad del servicio en el transporte y en las unidades se ve reflejada en la calidad de vida de los usuarios. El viajar en un transporte en malas condiciones y a exceso de velocidad provoca que las personas sientan miedo por la probabilidad de que ocurra un accidente, se estresan y hasta se enojan, lo cual no es muy saludable.

En el transporte público los usuarios —cuando las condiciones lo permiten— gastan su tiempo de traslado en alguna actividad como comer, leer, dormir, etc.. “En el microbús me siento presionado, tenso, molesto, agobiado por las presiones de que cada vez tengo que salir más temprano y llego más tarde a la escuela”. Detalla Carlos Alcántara.

A pesar de que algunas unidades públicas son deficientes, hay que considerar que con el paso del tiempo han ido mejorando. Recordemos que en el siglo XIX en la Ciudad de México circulaban carros de alquiler, caballos, carretas y carruajes particulares, entre otros. Más tarde llegaron los tranvías, posteriormente los camiones, el metro y los trolebuses. Hoy en día las personas también se transportan en metrobús, metro férreo, tren ligero, camiones, microbuses y combis.

Tal vez en algunos años, el transporte que circula en condiciones obsoletas mejore y, con el paso del tiempo, pueda competir con el de otros países más desarrollados. La Ciudad en movimiento se lo merece.

## UNA COMPAÑÍA PELIGROSA

Jorge Perdomo

Con la llegada de la época de lluvias, año tras año, el cauce del canal de aguas negras llamado “La Compañía” se desborda afectando a decenas de familias. Inundaciones y encharcamientos son el resultado de las lluvias que cada año azotan al Valle de Chalco, municipio del Estado de México. La previsión de las lluvias y las repetidas inundaciones —como los sucedidos en julio de 2002 y 2003— parece que no son suficientes para que las autoridades correspondientes tomen las medidas necesarias para prevenirlos.

La comunidad de Valle de Chalco se muestra ante el visitante que lo cruza por la autopista México-Puebla, como una inmensa masa gris de casas chaparras en perpetua obra negra, en donde la única certeza es que las calles pavimentadas van hacia alguna parte, semejando serpientes que ha mudado de piel. Asentado sobre lo que una vez fue la Laguna de Xico, hoy se puede contemplar cómo está reducida a un simple ojo de agua que separa a la región de Tláhuac.

Esas calles llenas de polvo y piedras, que en temporada de lluvias salen como la liebre en la primavera, sirven de guía e indican el camino a seguir para llegar al canal de aguas negras, que sirve de tumba para algún despistado que resbala por accidente y cae ocasionándole la muerte por ahogamiento o hasta

para un asesinato planeado. “Las aguas que corren por el cauce son la última morada no sólo de gente asesinada, sino también para simples borrachos o drogadictos distraídos, algún niño que por descuido escapó de la mano de sus padres o un perro que resbala por accidente por explorar el bordo”, comenta Salvador Hernández, secretario particular del municipio de Chalco.

El funcionario admite que suceden asesinatos y que los cuerpos son arrojados a las aguas del Canal de la Compañía, que “causa consternación y enojo por parte de toda la sociedad, pero esos penosos asuntos escapan por completo de nuestras manos”, reitera.

La única vigilancia que se ejerce sobre el Canal de la Compañía corre por cuenta de los inspectores de la Comisión Nacional del Agua (CNA), que constantemente miden el nivel del mismo, aunque se sabe que las constantes inundaciones en la zona se deben a que la lluvia no tiene hacia donde fluir, pues queda atrapada la lluvia entre el bordo del canal y las casas, generando lagunas enormes que luego se desplazan hacia la autopista.

“La corriente del Canal de la Compañía fluye con gran fuerza hacia la ciudad de México, donde se encuentra con el río Churubusco, para ser reencauzado hacia el río Tula. El Canal de la Compañía se asocia automáticamente con el municipio Valle de Chalco, el cual cruza de punta a punta marcando a su paso la frontera de los municipios de Ixtapaluca y Nezahualcoyotl. El mantenimiento, así como su vigilancia, es responsabilidad exclusiva de la Comisión Nacional del Agua”, recalca de manera clara Salvador Hernández.

A los pobladores de esta zona no les interesa de quién es la responsabilidad, lo que quieren es que se solucione el problema de las inundaciones provocadas por estos desbordamientos pues para eso pagan sus contribuciones al fisco estatal.

Ricardo Gómez Martínez, vecino de Chalco desde hace 14 años, expresa el gran temor que siente él y su familia por vivir a la orilla del Canal de la Compañía. Está tan consciente de la mala fama que tiene la zona, que cuando alguien le pregunta dónde vive “prefiero decirles que en Chalco a secas”, dice.

Moreno y de mirada vivaz, de cara redonda y boca chica, Ricardo advierte que toda la zona que rodea el canal, incluida la parte de Ixtapaluca y la de los otros municipios, es de alto riesgo, debido a que no hay vigilancia y mucho menos alumbrado público: “Aquí se reúnen muchas pandillas, sobre todo los fines de semana, para drogarse o asaltar a los peatones que tienen que utilizar el Puente Rojo”.

“A mí no me tocó ver cuando sacaban cadáveres del canal, pero sí me han contado de varios casos similares que han ocurrido en lo que va del año como, por ejemplo el cadáver de una doctora, su cuerpo lo encontraron varado en la orilla del canal a la altura del puente Blanco (medio kilómetro más arriba)”, explica.

Ricardo no cree que la plena urbanización de la zona vaya a elevar el nivel de vida de la gente, ya que la mayoría de sus parientes no tienen trabajo fijo, por lo que cada mañana se lanzan temprano a la ciudad de México para ver qué encuentran, “porque sin empleo cómo pagas los servicios o mejoras tu casa”, insiste con gestos de desesperación, debido a la llegada de la temporada de lluvias.

“Estoy consciente de que el terreno en donde fincaron mis padres y mis tíos les salió gratis, porque se lo tomaron a la brava, pero cuando el canal viene crecido y la peste invade todo, sin hablar de los mosquitos o las inundaciones, pienso que esto no vale la pena”, añade. Y es que en las lluvias anteriores, su casa se inundó tres veces, lo que ocasionó la pérdida total de los pocos bienes con los que contaba. En los hogares de las zonas

cercanas al canal, el agua llegó hasta 1.70 metros de altura, dejando las marcas de las inundaciones en la pared.

En casa de Ricardo se puede ver la línea negra que refleja la altura que alcanzó el agua proveniente del canal, con lo perdió el color verde botella que alegraba el interior de la habitación. En la cocina de la casa de Ricardo los muebles como mesa y las sillas yacen podridas en el rincón, la despensa de tres semanas se echó a perder al ser consumida por las aguas del canal durante la inundación, por otro lado las manchas que aún permanecen en el piso, reflejo de inundaciones de los pasados dos años, manifiestan la humedad y las cuarteaduras que sufrió la superficie, aprovechadas por los hijos de Ricardo para jugar a los carritos, sin pensar en los daños ocasionados por la terrible inundación. El salitre y el mal olor provenientes del Canal de la Compañía hace que esta vivienda, como muchas otras de esta entidad mexiquense, sean inseguras e inservibles para habitarlas.

Otro caso es el de Juan Manuel Ortega Galindo, integrante de seguridad pública del Estado de México, quien viste el uniforme de la policía auxiliar de Valle-Chalco. Su diminuto pantalón, que a duras penas le llega a los tobillos, así como una camisa extra grande que presenta notorias huellas de varias taquizas con mucha salsa, le dan a Juanito un aire cantinflesco que se acentúa cuando cepilla su bigotito ralo al cepillarlo con la yema de los dedos y tartamudea al hablar.

Juan vigila la demarcación del canal y además estudia administración de empresas en la Universidad Tecnológica de Nezahualcóyotl. Comenta: "Mi objetivo en la vida es estudiar una carrera, terminarla, juntar algún dinero y largarme del municipio de Chalco a la menor brevedad posible, y es que si algún día me caso, éste sería el último sitio del mundo en el cual me gustaría que viviera mi familia".

Las autoridades de la Comisión de Nacional del Agua (CNA) junto con la Comisión de Agua del Estado de México (CAEDOMEX) han comenzado una obra en el municipio de Chalco, que abarca todo el trayecto del cerro de “El Elefante” y concluirá en la planta de bombeo “La Caldera”, debido a que esta demarcación es la más vulnerable a las inundaciones producidas por el desbordamiento de la Canal de la Compañía. La construcción tiene como finalidad entubar el canal de aguas negras; cada tubo medirá 6.3 metros de ancho por cinco metros de largo. En ésta se invertirá aproximadamente mil cuatrocientos veintitrés millones de pesos que se sumarán a los 18 millones de pesos que aportará el Estado de México. Además, el gobierno mexiquense será el encargado de hacer todos los trámites necesarios para regularizar los predios que ocupe la obra, que beneficiará a más de 600 mil habitantes.

Según Juan, “anda por ahí el chisme de que lo van a entubar, pero nada de eso servirá mientras no se refuercen los bordos superiores, puesto que se hallan tan dañados por el paso del tiempo y la misma acidez de las aguas, que en época de lluvias se filtran al exterior, causando inundaciones de antología.”

Las inundaciones provocan que la gente sea vulnerable a enfermedades de la piel, gastrointestinales y de los ojos, debido al contacto del agua sucia con el cuerpo. La población de Valle de Chalco ya está harta de sufrir cada año lo mismo y ver cómo sus pertenencias se las traga el canal cada vez que se desborda.

“Oler mierda y sufrir piquetes de mosquito no se lo recomiendo a nadie, sobre todo porque en la zona somos víctimas de muchas enfermedades de la piel e incluso gastrointestinales, así es que ojalá y lo entuben, ya no para hacer una vía rápida, sino simplemente para que se apiaden un poquito de nosotros, porque las autoridades se hacen *pendejas* con el apoyo a los damnificados”, agrega Juan.

Para la presente temporada de lluvias el gobierno municipal de Valle de Chalco ha puesto en marcha un plan de apoyo a la ciudadanía, en caso de algún desastre provocado por el desbordamiento. Protección Civil del Estado de México informó que hasta el momento ninguno de los cauces pertenecientes al Canal de la Compañía que cruzan por la entidad mexiquense, ya sea Nezahualcóyotl, Ixtapaluca, Chalco y Valle de Chalco, representa peligro para la población. Sin embargo, se mantendrá un operativo de monitoreo constante para evitar cualquier afectación, además de contar con personal adecuado, que actuaría de forma inmediata en caso de algún riesgo de desbordamiento o inundación”, explica el subdirector de protección civil del municipio de Valle de Chalco, Roberto Vásquez.

Por su parte, la señora Ana María Castro Lozada, de 45 años de edad, de tez clara y sonrisa pizpireta, habita en la falda del Canal de la Compañía desde hace 15 años. Su casa, aunque es de dos niveles ha sufrido el impacto de las inundaciones pasadas a causa de los desbordamientos del Canal de la Compañía. Ella y vecinos del lugar han presentado denuncias ante las instituciones correspondientes por las constantes filtraciones de agua que sufre el canal.

“Hemos acudido a las instituciones pertinentes para que acudan a ver el problema, pero las personas mandadas por la institución del CNA, sólo vienen, miden el nivel del agua y se van, es todo lo que hacen”, explica de forma molesta la ama de casa.

Y en ocasiones, en temporadas de lluvias como en los meses julio, agosto, septiembre y octubre, algunos vecinos prefieren irse a vivir con sus familiares más cercanos y evitar que las inundaciones afecten su integridad física, dejando sus pertenencias bajo llave. Las autoridades en desastres de anteriores administraciones han prometido apoyo a la ciudadanía mexi-

quense con víveres, pero nunca llegaron y eso provocó que la población de la localidad ya no les crea.

Por otro lado, los pobladores reiteran que el canal ya se encuentra a su máxima capacidad, lo que significa que en poco más de cinco o siete semanas, el municipio de Valle de Chalco se verá afectado por otra inundación similar a las antes vividas. “Pero las autoridades correspondientes del CNA hacen caso omiso de las advertencias hechas por la población afectada”, insiste Ana María.

De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI) más de 350 mil pobladores que viven en esta demarcación se verán afectados si se produce otro desbordamiento del cauce.

Orlando Llera, director del organismo de gobierno de Valle de Chalco, asegura que “las cifras especuladas por los pobladores de esa demarcación son erróneas, ya que según cifras del organismo, el cauce del Canal de la Compañía se encuentra a tres cuartas partes de su capacidad. Por lo que el volumen del agua aún no está a su límite”.

Sin embargo, este funcionario no descarta una nueva inundación en la zona, “debido a que los habitantes de esta demarcación no dejan de tirar basura. Por las mañanas, se puede observar claramente a los pobladores del lugar tirar todo tipo de desperdicios al canal, agarrándolo de tiradero y, si a esto le agregamos la basura que viene de las montañas altas, como troncos, ramas, plásticos o animales muertos, entonces el cauce natural de agua viene con basura lo que podría provocar que se tapen las salidas existentes y se provoque un desbordamiento severo en el área de Valle de Chalco y no nada más en esta zona, sino también en otros municipios conurbados a éste”.

En este sentido, el Organismo Descentralizado de Agua Potable, Alcantarillado y Saneamiento (ODAPAS), la localidad

y la CNA monitorean diariamente los niveles del Canal de la Compañía, el drenaje Xochiaca y el Río de los Remedios, para estar al pendiente de que no rebase los niveles de agua y evitar un desbordamiento del Canal de la Compañía.

Martín Bolaños Vela, titular de ODAPAS, asegura que “en la actual temporada de lluvias no existe riesgo alguno de desbordamiento en el caudal que atraviesa el municipio de Valle de Chalco, porque las autoridades están preparadas ante esta posibilidad. Además, se realiza una limpieza constante en sus cauces, así como en los cárcamos y colectores que conducen las aguas negras”.

Los vecinos de este municipio coincidieron en que “las autoridades del municipio del Valle de Chalco se deben poner a trabajar y dejar a un lado la pereza. Y a ver si ahora, la limpieza que se haga al cauce del Canal de la Compañía sea real y no como las anteriores ocasiones en las que nada más se hacían patos”.

Además señalaron que el plan de desazolve para prever futuras inundaciones durante esta temporada de lluvia está mal empleado, debido a “que se debe de realizar cuando no llueva. Pero es tanta la precipitación de las autoridades por terminar el trabajo lo ejecutan mal, sin olvida que en los meses de julio, agosto, septiembre y octubre son los meses de lluvias más intensas y el nivel de agua del canal sube y no se limpie satisfactoriamente el cauce”.

El desbordamiento del Canal de la Compañía no es un tema nuevo, por lo que tanto las autoridades estatales como la población deben de trabajar en equipo y dejar de responsabilizarse mutuamente, y, por su lado los pobladores de esta zona conurbada al Distrito Federal tienen que dejar de tirar basura al cauce del Canal de la Compañía, si no el trabajo será más lento de lo que ya es.

La historia se repite todos los años. A pesar de contar con un programa supuestamente diseñado para evitar los daños, el desbordamiento de este canal sigue perjudicando a varias decenas de familias, quienes impotentes ven como el agua se lleva sus pertenencias y afecta a sus viviendas.

## MIEDO EN LA MIRADA DE ATENCO

Eugenia Berenice Reza Dávila

—Como un ejercicio de la escuela, los niños elaboraron una representación teatral. Ellos inventaron la historia, donde un grupo de granaderos desaloja a unos vendedores de dulces, pero después llegan los macheteros y corren al grupo policia-co. Además, yo los he visto varias veces jugar a que los mache-teros corren a los granaderos —me cuenta Juan.

Desafortunadamente, la niñez parece haber sido el estrato más afectado después de los hechos del 3, 4 y 5 de mayo de 2006 en San Salvador Atenco. A casi un año de los sucesos, en la sesión privada del 19 de febrero, la Suprema Corte de Justicia de la Nación designó una Comisión que indagará más a fon-do las violaciones a la garantías individuales; quién las ordenó y si obedecen a una estrategia estatal, al rebasamiento de la situación o a la mala capacitación de los cuerpos policia-cos. En el dictamen, además, los magistrados aceptan que se trans-gredieron los derechos humanos y las garantías individuales, y que uno de los objetivos de las nuevas investigaciones es no contravenir los tratados internacionales que México ha suscri-to en materia de la no tortura. Recordemos lo sucedido.

Carretera *México 136, Texcoco-Lechería*. Circulan por aquí unos cuantos autos particulares, pero sobre todo vehículos de transporte público. Dentro viajan al parecer habitantes

del Estado de México, con caras sosegadas y ojos silenciosos, mirando por la ventanilla, absortos en el paisaje, tal vez sólo esperando llegar a su destino. Vamos también algunos foráneos, que no pasamos desapercibidos: nos miran asombrados primero y luego de reojo. El camión avanza haciendo sonar un claxon de tráiler que acciona el chofer jalando la cadena que cuelga frente al retrovisor. Después de veinte o treinta minutos nos encontramos a la altura del pueblo San Salvador, en el municipio de Atenco. Acabamos de pasar un letrero algo viejo y oxidado que dice “18,000 habitantes”, erigido frente a una serie de restaurantes *camineros*, justo donde comenzaron los enfrentamientos entre los 3 mil agentes policiacos —cifras oficiales, pues se habla de más de 5 mil— y los pobladores de San Salvador, la madrugada del 4 de mayo.

Extrañamente, cuando veníamos en camino y preguntamos a la gente de la zona y a los conductores de microbuses y camiones, por un transporte que nos llevara a San Salvador Atenco, su semblante cambiaba y nadie sabía cómo podíamos llegar. El único chofer, bastante joven, por cierto, que dijo “sí, paso por ahí” y en seguida preguntó:

—¿Viene a la tierra de talibanes?

—¿Perdón?— lo increpé.

—Sí, ahí donde sacan los machetes para todo.

Llegamos, por fin. Descendimos del camión, cruzamos la carretera y nos dirigimos hacia el centro del pueblo; caminamos por la calle de entrada y luego por Avenida Nacional, la vía principal. Observamos un pueblo tranquilo, inundado por el silencio de la tarde. Poca gente va por la calle y varios perros —que no parecen callejeros— andan por ahí, diligentes.

Se respira un aire extraño y no dudamos que cuando algún atenquense nos voltea a ver mientras recorremos el poblado, el miedo le suba por la boca del estómago y pasen de nuevo por

su mente los sucesos que sufrió su pueblo la primera semana de mayo.

Hay bastantes casas en construcción, a las que les hacen ampliaciones; parece que el pueblo ha crecido mucho, pues los edificios de estilo antiguo terminan pasando la primera calle que rodea la plaza central. Vemos pintas en las bardas: estrellas rojas y consignas zapatistas, algunas pegatinas en los postes de la luz, con expresiones de apoyo y fotos de Alexis Benhumea, el joven que fue brutalmente atacado cuando apoyaba al Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT), fallecido días más tarde, después de haber sufrido muerte cerebral, y de América del Valle, hija de uno de los líderes del FPDT, quien actualmente vive escondida, pues la buscan quienes paradójicamente proclaman “el estado de derecho”.

Una vez en el centro, observamos una plaza de losetas rojas con una fuente seca, algunas bancas de cemento y un quiosco en el medio donde venden fritangas. A la espalda se alza una iglesia con su propio jardín, cercada con rejas blanqueadas.

El conjunto contrasta con las pequeñas construcciones a su frente, donde se alojan la sede de Derechos Humanos del pueblo, las oficinas municipales y la Casa de la Cultura Popular, acomodados en ese orden. La ubicación de estos edificios —la fuerza religiosa enfrentándose a la fuerza laica— recuerda la importante coyuntura política que se vivió en el país a mediados del siglo XIX, cuando se separó de la iglesia del Estado y éste pasó a tomar un lugar preponderante.

Una persona que prefiere guardar el anonimato narra lo siguiente sobre el inicio del conflicto: “Fuimos el día 3 de mayo al mercado de Belisario Domínguez a apoyar a los floristas, ya había un compromiso un día antes con el gobierno municipal, que encabeza el señor Nazario Rodríguez, con el titular de gobernación y con el subprocurador de justicia, ambos del

Estado de México en el distrito de Texcoco, para quitar los granaderos y la policía estatal”.

Dicho acuerdo consistía en permitir la tradición de la vendimia de flores de la fiesta de la Santa Cruz, por eso en la madrugada del 3 los vendedores llegaron muy temprano al mercado. El testimonio continúa: “Pues llegaron las señoras con sus botes de flores formadas, se instalaron en la banqueta. La Secretaría de Dirección Pública que da los permisos para que puedan vender en la banqueta, les recogió los botes. Ellas se opusieron. Entonces un grupo de garroteros les pegaron. Todos se prendieron al ver la agresión contra las señoras, que no llevaban nada para defenderse, y empezó el conflicto. Se metieron los granaderos del estado, fueron golpeadas muchas señoras, y floristas y nos fuimos a meter a un domicilio, a una calle cercana al mercado. Ahí nos tuvieron detenidos de 8 de la mañana hasta las 5 de la tarde.” Eran aproximadamente 40 floristas y miembros del FPDT, rodeados por 500 granaderos.

Afuera, atenquenses, texcocanos y el FPDT comenzaron a movilizarse, cerrando carreteras. El subcomandante Marcos, delegado Zero de La Otra Campaña —actual plan de acción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)— se encontraba en un mitin en la Plaza de Las tres culturas en Tlatelolco, Distrito Federal, y desde ahí declaró su apoyo al movimiento del Frente y anunció una visita de la Comisión Sexta a San Salvador Atenco. El eco de estas acciones fue vasto e invadió la gran ciudad, donde principalmente estudiantes cerraron avenidas importantes. Ellos mismos junto con simpatizantes de la Otra Campaña y la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, acudieron a San Salvador Atenco en apoyo a las movilizaciones.

La Comisión Civil Internacional de Observación por los Derechos Humanos (CCIODH), conformada por un grupo de

28 europeos de siete países distintos, entre quienes se cuentan psiquiatras, psicólogos, juristas, pedagogos, especialistas en derechos humanos, además de miembros de la sociedad civil en general, hicieron el balance de los hechos violentos ocurridos en Atenco y elaboraron un informe que presentaron a instancias internacionales. En dicho informe puntualizan ciertas causas que podrían estar detrás de los graves sucesos del 3 y 4 de mayo: un modelo económico que desplaza a la población, la aniquilación de la economía informal, “se les fue de las manos”, venganza, criminalización de la población organizada, golpear a las organizaciones sociales y/o falta de voluntad de diálogo por parte del gobierno.

“Había dos televisores en esa casa”, prosigue el atenuense que estaba atrincherado junto a los demás. Por ese medio se dieron cuenta de que los policías se movieron hacia Atenco para desbloquear la carretera, pero no pudieron y regresaron entonces a Texcoco. “A las 5 de la tarde empezaron a rodearnos. Nosotros no queríamos iniciar violencia, ya rodeados y con el gas lacrimógeno nos dijeron que no intentáramos nada y nos apuntaron con armas de fuego. Les dijimos que no dispararan, que nos rendíamos. Ellos, al ver que ya nos habíamos rendido nos empezaron a golpear”. Este testigo denuncia que, como el resto, fue despojado de sus pertenencias, carteras, dinero, celulares, relojes, todo lo de valor que tenían y fueron desalojados de la casa con violencia. “Y como estaban los medios de comunicación, agarraron un cartucho de gas lacrimógeno, lo rociaron sobre una manta y dijeron que nos limpiáramos la sangre. Entonces, a la de a fuerzas nos echaron en un camión, decían que ya habíamos valido que nos iban a matar, que nos iban a desaparecer, que nadie sabía dónde nos iban a llevar, que nos iban a enterrar clandestinamente.” El traslado al penal duró aproximadamente de las 5:45 de la

tarde a las 12:30 de la noche, cuando no debería durar más de dos horas.

—No, pues el pueblo está muy triste por todo lo que pasó —concluyó así, sin más Don Chago, un señor ya mayor que trabaja cerca de la plaza central. Calló un instante al tiempo que bajaba la cabeza y continuaba con sus actividades—. Yo no estuve presente ese día, pero mis compañeros me contaron todo.

De las ventanas de la Casa de la Cultura cuelgan un sinnúmero de mantas en apoyo al movimiento del FPDT, justo donde se aposta la flotilla de bici taxis de San Salvador. *¡Atenco vive, la lucha sigue!*

A un lado de la sede de Derechos Humanos, hay un pequeño foro rodeado por un mural de paredes muy altas, donde aparece Zapata flanqueado por campesinos, unos trabajando la tierra y otros con los machetes al aire; periódicos que de alguna forma no se han sometido a los designios del Estado, como *La Jornada*; un retrato de Flores Magón y hoces y martillos. El mural proclama *¡5 de mayo, no se olvida!*, y remata en el extremo superior derecho con la un avión caricaturesco que dice “FOX AIR LINIE”.

Ahí en la plaza central, observamos el edificio municipal y nos acercamos a pedir información. En las primeras oficinas todos nos ven sorprendidos y nos mandan a la del secretario. Subimos las escaleras y el secretario, cauteloso, dice: “Vayan a la oficina de Trabajo Social, aquí saliendo a la izquierda, ahí los atienden”. Ninguno de los funcionarios nos ve a los ojos, ni siquiera parecen estar dispuestos a brindar ninguna información sobre el municipio. Ahora el pueblo los mira como los delatores. “Fueron ellos, los funcionarios, quienes dieron la dirección de las viviendas de los integrantes del Frente en Defensa de la Tierra y de la gente que podía estar relacionada”, denuncia Juan, quien trabaja en San Salvador. “Además, dieron

datos equivocados, de personas que no habían participado en el cierre de las carreteras y no tenían nada que ver”. Hace referencia a varias personas que fueron detenidas en sus casas la madrugada del 5, mientras dormían, como un señor parapléjico junto con su esposa y un hombre con retraso mental.

Después de comer un pollo rostizado sentados en la plaza, continuamos nuestra caminata de reconocimiento. Encontramos un jardín infantil, en donde niños muy arreglados y padres orgullosos celebran la graduación del tercer grado. Después de los hechos del 3, 4 y 5 de mayo en este pueblo, la gente trata de retomar su vida cotidiana, sin embargo parece difícil. En sus memorias laten los hechos ocurridos, y aunque con el tiempo se empolven, un recuerdo de tal magnitud quedará ahí por siempre.

Llegando ya casi al límite del poblado, pasamos al lado de un cementerio. Seguramente habrá un sepulcro, por lo menos, con la tierra removida —comentamos— y recordamos la noticia de la muerte de Francisco Javier Cortés, un muchacho que sólo pasaba por ahí y fue alcanzado por una bala calibre 38. Los medios televisivos difundieron la noticia de forma sesgada, al principio dijeron que había muerto por el impacto de una granada de gas. “La familia responsabiliza al Frente de la muerte de Francisco Javier, nosotros los responsabilizamos a ellos”, señaló el tío del muchacho, quien apareció muy nervioso en los noticieros. Tiempo después, cuando se hicieron públicos los resultados de la necropsia, las autoridades aceptaron que el proyectil que lo mató había sido una bala proveniente a las armas que porta la policía estatal.

Recordamos también las fotos de Alexis Benhumea que un día aparecieron en las paredes de todas las universidades públicas y que vimos pegadas por todo el pueblo. Alexis sufrió muerte cerebral a causa de graves contusiones y falta de atención médi-

ca inmediata, pues junto con su padre, Ángel, y otros adherentes a la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, resistían dentro de la casa de un atenguense solidario. Murió unos días después. “Nos destrozaron la vida. Imagínate, Alexis era el más pequeño de los hijos, tenía tres papás —sus dos hermanos y yo— y una mamá. Una parte muy importante de nuestras vidas giraba en torno a él”, me dijo Ángel Benhumea sobre su hijo.

El miedo y el sentimiento de injusticia se miran por doquier, no sólo en los atenguenses y demás afectados, sino en quienes tratamos de comprenderlos. De cara a este problema del miedo generalizado, en Atenco, el Distrito Federal y el país entero, los medios de comunicación y las declaraciones del gobierno —a través de la llamada “opinión pública”—, han jugado un papel significativo. Sistemáticamente se han dedicado a descalificar a los movimientos sociales y sus acciones, surtiendo un efecto de aprensión en el común del pueblo mexicano. Así, quienes no tienen acceso a medios de comunicación veraces, o distintos a la televisión, se encuentran a merced de la desinformación.

“Bola de muchachitos chillones, para qué andan de argüenderos”, dijo Laura una abogada del norte del país con su acento característico, cuando comencé a narrarle las agresiones sexuales que habían vivido muchas mujeres en el pueblo de San Salvador. “Pues la van a tener difícil, van a tener que probar que las violaron y la única forma es mediante examinación y prueba de ADN del agresor”. Muchas personas de los estados de la República mexicana se encuentran desinformadas, asustadas y rechaza toda versión distinta a la que obtenga en la televisión. Sin embargo, en materia de Derechos Humanos, “el Protocolo de Estambul considera la peritación psiquiátrica como el principal instrumento diagnóstico probatorio en las situaciones de abuso sexual o violación”, aclara la CCIODH.

La desinformación resulta, en parte, de las declaraciones irresponsables de los gobernantes del país. Un ejemplo es la entrevista que hizo Adela Micha al ex presidente Fox:

— Señor presidente, ¿Atenco?— preguntó Adela Micha.

— Atenco ¿qué?—, recibió como respuesta la conductora de uno de los noticiarios más vistos de la empresa Televisa.

Y ante la cara de sorpresa de la conductora, el entonces presidente de México repitió: —Atenco, ¿qué?, Atenco, ¿qué?—

El jueves 4 de mayo en la madrugada, se puso en marcha un operativo policiaco. Más de tres mil quinientos policías —locales, estatales y federales— entraron a Atenco. Según *La Jornada*, a las dos de la mañana, el gobernador del Estado de México Enrique Peña Nieto le dio el visto bueno al operativo que le propuso Wilfrido Robledo, encargado de la seguridad del estado.

Comenzaron un cateo desproporcionado y detenciones ilegales, enfrentamientos. La violencia alcanzó a los periodistas, a los lugareños que solamente pasaban por ahí y a cientos de estudiantes que habían acudido a apoyar las acciones del FFDT.

Pero ahí no terminó la negligencia de los gobiernos federal, estatal y local. Todos los detenidos fueron trasladados al Penal de Santiaguito de Almoloya y durante el traslado fueron víctimas de atroces abusos por parte de la policía.

“Nos sentaron en la banqueta y nos seguían golpeando, no podíamos ver tampoco, estábamos en una posición con las manos en la nuca y casi la cabeza pegada a las rodillas, lo que alcanzaban a golpear era la parte de la cabeza y la espalda, y ahí golpeaban más. A la hora de subir al autobús había granaderos, cuando yo iba pasando junto a ellos me empezaron a patear, me empezaron a toletear, todos a los que estuve a su alcance me golpearon. Me pusieron con la mano en la espalda, me iban

agarrando de los pechos fuerte y me azotaron contra el autobús”, relata una estudiante que prefiere guardar el anonimato.

En el trayecto hacia el penal, hombres y mujeres fueron violentados en sus derechos humanos y, sobre todo las mujeres: las señoras y las estudiantes fueron manoseadas, obligadas a practicar sexo oral, e incluso penetradas.

Todo empezó por una negligencia del gobierno, que al prohibir a los floricultores vender sus productos parecía tratar de demostrar quién ostentaba el poder, pues no había ninguna otra razón para romper la tradición de la venta de flores en esa fecha.

“Todavía semanas después hay mucho miedo a los policías”, me platica José. “El otro día pasaron unos policías por aquí y una señora se escondió de ellos”, luego me preguntó “¿ya se fueron?, es que me dan mucho miedo”.

La CCIODH especifica en el capítulo de “Efectos individuales y colectivos” de su *Informe Preliminar*, que hubo una estrategia de daño psicosocial: “El miedo, unido a las humillaciones y vejaciones descritas de manera reiterada a esta comisión, parecen destinadas a querer quebrar de manera sistemática la identidad de las personas sometidas. La humillación, especialmente de carácter sexual es, en estas condiciones, tipificada como forma de tortura psicológica por la Corte Interamericana de Derechos Humanos”.

Conforme avanzamos, sentimos las miradas silenciosas de los pobladores sobre nosotros. Trato de ser amistosa con todos y dedicarles la más sincera sonrisa de apoyo, de conversar con unos muchachos que atienden una tortillería, con aquella señora de la recaudería, con el señor de una tienda de dulces, a quienes voy preguntando sobre su vivencia de los primeros días de mayo pasado. Pero el miedo se percibe en sus ojos, como una cubierta cristalina que cambia sus mira-

das. Ya pasó la euforia del terror, ahora pareciera que lo mejor sería olvidar.

El único que tenía la mirada resuelta —un señor maduro, que pasó al lado de nosotros sin ocuparse de nuestra presencia— fue un pastor, que guiaba una treintena de ovejas con algunas crías y tres burras, ayudado por dos perros que flanqueaban el grupo.

Recorremos tres cuadras, llegamos a los límites del poblado y un panorama verde nos sale al paso: hay sembradíos al fondo del pueblo y todo alrededor. La tierra es muy importante para el pueblo, aunque su economía no se basa en la agricultura, sí es actividad indispensable como sostén y complemento de la economía doméstica. El municipio está dividido en cinco pueblos y su gente se dedica principalmente a la maquila de cinturones y fajas industriales en los complejos cercanos.

La comunidad de Atenco —tan fracturada—, parece pedir ayuda, es importante el seguimiento que la sociedad civil dé a lo sucedido. “Los conflictos no han terminado, se ven venir más”, me dice una señora que trabaja cerca del centro del pueblo.

El Estado consiguió dividir, me cuenta Juan: “Hay graves fisuras al interior de las familias, porque algunos miembros apoyan al FPDT y otros estuvieron de acuerdo con la intervención de la policía, por ejemplo, José, su hermana y su cuñado apoyan al frente y él no. Ellos ya le dijeron que no lo quieren volver a ver. Y Susana, ella comprende al Frente en Defensa de la Tierra y su papá está en contra de ellos, aunque el señor ya esté muy viejito para pelear, discuten y se enoja”.

Son algunas de las heridas que dejó esos días de mayo que no se ven sino en la mirada de estas gentes.

## MUERTE QUERIDA DE MI CORAZÓN...

Evangelina Valencia Ceballos

*... no me desampares de tu protección, y no dejes a Javier un solo momento tranquilo, moléstalo a cada instante. Así comienza una de muchas oraciones destinadas a la práctica del culto a la “Santa Muerte”, quien concede deseos o resuelve problemas a sus fieles devotos.*

La imagen de la “muerte” otorga vida a una figura de dos metros de largo, mostrando un rostro cadavérico, sonriente, con una mirada profunda y sin fin y una abundante cabellera oscura. Iluminada con la vestimenta de una reina majestuosa, con los brazos extendidos impone miedo y respeto al primer instante. En forma de invitación, le cuelgan medallas de oro y plata con incrustaciones de piedras preciosas que sus fieles le han colocado por agradecimiento a los favores concedidos.

El altar de la Santa Muerte está ubicado en el número 12 de la calle de Alfarería, en el barrio de Tepito. Al pasar por primera vez por las calles del barrio *tepiteño* se siente inseguridad y, tal vez, un poco de miedo. Sin embargo, al llegar al altar, se percibe un ambiente seguro y tranquilo.

En el altar, la imagen de la muerte está rodeada de flores, veladoras y ofrendas. A su derecha se aprecia un globo terráqueo representando al mundo y, a su izquierda, como sosteniéndola con la mano, se presenta una balanza significativa de

la justicia. A sus pies, rodeando el mosaico blanco, se colocan diversas ofrendas: copas de vino, caballitos de tequila, cigarros prendidos, puros, chocolates, dulces, manzanas, flores, amuletos, cuadros e imágenes de la muerte en distintas presentaciones, tamaños y colores.

La señora Enriqueta Romero Romero, devota del culto desde hace más de cuarenta años y dueña del altar desde hace 6 años, ha inculcado el culto a sus siete hijos, 40 nietos y siete bisnietos. “Una tía me regaló la imagen de la Santa Muerte, pero como no teníamos espacio la sacamos a la calle, a la luz de toda la gente”, recuerda Enriqueta, quien cada día primero de mes, junto con su familia, cambian de vestimenta a la Santísima señora. El color significa la demanda de los devotos en sus peticiones: el rojo simboliza pasión; el verde esperanza; el blanco y el azul, pureza. Ese mismo día se celebra un rosario a las 20:00 horas dedicado a la “Niña”, como también le llaman. La celebración es motivo de reunión de cientos de fieles que, desde muy temprano, apartan un espacio para colocar los altares y ofrendas a la muerte. En medio de la congregación se coloca un círculo de arreglos florales donados por los feligreses a la celebración. Junto al altar principal se escuchan los mariachis cantando y tocando amenamente antes de comenzar los rezos.

### **El Rosario**

Calle de alfarería 12, Tepito. Son las 19:35. Está lloviendo a chorros y los cientos de personas ahí reunidas parecen no notarlos. Se perciben alegres y emotivas. Rozando los cuerpos mojados, con pasos lentos me acerco al altar. Apenas se puede pasar entre la gente que va cargando sus imágenes y las que ya están situadas en sillas y mesas.

Alrededor del altar, las personas van formando una fila, cargando imágenes de la “muerte” y caminando ordenada y lentamente para colocar su ofrenda. Apretaditos y mojados, pues no deja de llover, se dan regalos simbólicos como manzanas, amuletos, replicas de la muerte, flores, dulces o pulseras para ofrecer a la muerte.

Minutos antes de la celebración ya está llena toda la calle con imágenes de todos tamaños y colores, vestidas elegantemente y con una gran variedad de ofrendas que intercambian todo el tiempo unos con otros, acción emotiva que contagia y de la que quisieras participar para dar y recibir regalos, pues familias enteras, mostrando orgullosamente la imagen de la Santísima Muerte, disfrutan del momento. Niños, jóvenes, adultos, señoritas, señoras, todos reunidos interactuando con armonía, esperando el gran momento.

19:55. La lluvia llega a su apogeo, las personas en sus posiciones. De repente se guarda silencio. Sólo se escuchan unas voces: ¡ya va empezar!, ¡ya va empezar! El agua chorrea por los rostros, algunos fieles cubren su cuerpo con capas de hule, otros, los que llegan a buena hora, colocan pequeñas carpas sobre las mesas y sillas para cubrir a toda la familia y disfrutar el momento. Con gran devoción, al mismo tiempo, todos los ahí reunidos se concentran cuando comienzan a rezar:

*“Por la señal de la Santa Cruz,  
de nuestros enemigos líbranos Señor Dios nuestro.  
En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén.  
Señor, ante tu Divina presencia, Dios todo poderoso  
Padre, Hijo, y Espíritu Santo, te pedimos permiso para  
invocar a la Santísima Muerte, nuestra Niña Blanca.  
Queremos pedirte de todo corazón  
que destruyas o rompas todo hechizo encantamiento y*

*oscuridad que se presenteen nuestra persona,  
en nuestra casa, trabajo, y camino.*

*Santísima Muerte*

*cuídanos de la envidia, pobreza, desamor y desempleo.*

*Te pedimos de caridad nos concedas que tu bendita presencia  
alumbre nuestra casa y trabajo, y la de nuestros seres queridos  
dándonos el amor, la prosperidad, la salud, y el bienestar.*

*Bendita y alabada sea tu caridad...”*

Momentos antes de terminar el rosario los devotos guardan total silencio para invocar a la Santa Muerte. Todos, tomados de la mano, cierran los ojos y se concentran para pedir el favor que desean que se les conceda. Al terminar el rosario, nuevamente con gran amabilidad y hermandad, se reciben y se dan los obsequios para la Santa Muerte. La lluvia continúa. Poco a poco comienzan a retirarse del lugar. Algunas personas suben a sus autos, otras entran a sus casas y las demás caminan con paso firme hacia el metro Tepito.

Estas festividades son pequeñas en comparación a la celebración mayor que se realiza cada año el primero de noviembre, Día de Muertos. “La noche del 31 de octubre se reza un rosario para vestirla de blanco como a una novia. Este día, y los lunes de cada mes, hay rosarios nocturnos para bendecir las imágenes que llevan sus fieles en estatuillas, escapularios, medallas, cajitas o tatuajes. En torno a la ceremonia se agrupan vendedores de antojitos, refrescos, flores, veladoras, figuras de la Santísima, ropa, cigarros, hojas volantes con grabados y oraciones específicas para el rosario y puros, los que presuntamente son del mayor gusto de la Niña Blanca y que en la capilla se venden a 15 pesos”, describe Alfonso Hernández Hernández, director del Centro de Estudios Tepiteños desde 1984, quien

forma parte del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México y es el Cronista del barrio de Tepito.

Cada minuto llega un devoto al Santuario de la Santísima Muerte, solo o acompañado, a pie o en auto. Señoras, señores, jóvenes, policías, enfermos, estudiantes, comerciantes y un largo etcétera colocan una veladora u ofrenda para pedir o pagar algún favor. Rocío Castañeda, joven estudiante de derecho, que desde hace dos años práctica el culto a la Santa Muerte, comenta: “desde pequeña me han contado de ella, de diferentes personas y diferentes cultos como la santería y, aunque la iglesia católica no la acepta, es considerada como un Ángel”.

El altar es un monumento emotivo y significativo en donde los devotos lugareños y visitantes adoran a la figura de la Santa Muerte, llamándola “La Niña”, “La Señora de las Sombras”, “Señora Blanca”, “Señora Negra”, “Niña Santa”, “La Parca”, “Comadre”, “La Flaca”, “La Reina”, “La Santísima Señora”, que les acompaña durante la vida para que, llegado el día final, los acoja en sus brazos.

La “Parca” ha sido aliada de delincuentes, prostitutas, enfermos, judiciales, narcotraficantes, de quienes han estado en constante peligro de muerte ó han experimentado algún accidente o enfermedad que los ha llevado al borde de la muerte. Al respecto, Alfonso Hernández escribió: “en las celdas de las prisiones y en las casas de los familiares de los presos, se encomendaban a la Santa Muerte, como medida de protección ante el inminente peligro de morir a la mala. Y esa devoción soterrada fue haciéndose pública tan luego como la crisis acrecentó la marginalidad y la violencia, cuyo desborde ahora tiene santuarios de impunidad del crimen organizado y del narcotráfico”.

En un inicio se asociaba la fama criminal que tiene el barrio de Tepito con los actos delictivos y el narcotráfico. Actual-

mente se han integrado como devotos de este culto personas de todas las clases sociales y, significativamente, los jóvenes que no encuentran en otros lados líderes ni causas que llamen su atención.

Para todos aquellos que le rinden culto, la Santa Muerte representa soluciones para los problemas de la vida cotidiana. Estos fieles, que en su mayoría pertenecen a la religión católica, religión de donde emergió el culto a la Santa Muerte, adoran de igual manera a la Virgen de Guadalupe o a San Judas Tadeo y asisten regularmente a misa. Sin embargo, la Iglesia Católica no acepta el culto ni reconoce a la muerte como santa. Por el contrario, la relaciona con el pecado.

Entre los cultos, los conceptos difieren en referentes simbólicos importantes. Por ejemplo, a diferencia del tradicional “milagro” que predica la religión católica, los practicantes del culto a la Santa Muerte piden favores o paros. Por otro lado, mientras que la iglesia católica recibe dinero para la celebración de cualquier evento religioso, en el culto de la Santa Muerte sólo se reconoce como válido lo regalado.

Sin embargo, el obispo David Romo predica el culto a la Santa Muerte dentro de los eventos religiosos cotidianos y resguarda, desde 2001, el altar que está ubicado en la calle de Bravo y San Antonio Tomatlán, en la Colonia Mórelos, cerca de los barrios Mixcalco y La Merced. El lugar es una casa remodelada y adaptada como capilla para predicar y realizar eventos de religión católica. En la entrada, a mano derecha, un gran letrero informa de las fechas y horarios de las celebraciones religiosas: bautizos, confirmaciones, primera comunión, misas y oraciones a la Santa Muerte. El obispo Romo registró, ante las autoridades correspondientes, el culto a la Santa Muerte como asociación religiosa. No obstante, este año el registro fue cancelado porque, “al haber registrado un objeto de culto y dedi-

carse a otro, se afecta gravemente el objeto de la asociación religiosa y se les retira el registro en garantía de las personas que profesan esta confesión”, argumentó Armando Salinas Torre, subsecretario de Población, Migración y Asuntos Religiosos de la Secretaría de Gobernación. Ante esto, los fieles devotos demostraron desacuerdo y descontento con la decisión.

Existen muchas historias con relación al origen de este culto. Entre otras, se dice que este culto es producto de una aparición en Catemaco, Veracruz, en donde la figura de la Santa Muerte apareció dibujada en las tablas de una choza. Los lugareños solicitaron al cura local que verificara la imagen y la canonizara, pero éste se negó y de ahí que este culto se difunda de persona a persona.

“Los investigadores niegan que se trate de un culto ancestral: dentro del marco académico, el INAH tiene un área de estudio en torno a la muerte. Pero, sus antropólogas insisten en que esta devoción nada tiene que ver con el culto prehispánico a los muertos, ya que durante la Conquista de México, fueron masacrados todos los indígenas y sacerdotes, borrándose todo vestigio de algún rito ancestral en torno a la muerte. Pero, se fascinan ante tal sincretismo devocional”, señala Alfonso Hernández.

La Santa Muerte es una figura “santa”, mexicana, que durante los últimos seis años ha tenido gran auge como respuesta a las necesidades y problemas de las personas. Su presencia no es producto de la casualidad, es consecuencia de la crisis de la religión católica. El culto a la Santa Muerte pareciera ser otra opción para darle continuidad a la fe y devolver la credibilidad que el catolicismo ha perdido para algunos creyentes.

## LA DONACIÓN: GESTO DE VIDA

Pamela Montoya Chávez

La tranquilidad invade mi vida y aunque nada volverá a ser igual, me reconforta saber que hoy puedo imaginar mi futuro. Un trasplante de riñón renovó mi vida y trajo consigo una alegría que jamás pensé volver a sentir. Nunca terminaré de agradecer a la mujer que por segunda vez me dio la vida y de forma altruista me donó uno de sus riñones: gracias mamá.

Tenía 14 años cuando los médicos me diagnosticaron insuficiencia renal crónica avanzada. Entender lo que pasaba en ese momento no fue fácil. ¿Cómo es que de una gripe y calentura había llegado a eso? Recuerdo que ese día me sentía muy mal y no quise ir a la escuela. A mediodía la fiebre había subido demasiado y mis papás me llevaron al hospital. Se tardaron mucho en atenderme y cuando por fin lo hicieron el doctor dijo que tenía una simple gripe y calentura normal, nada que mis papás y yo no supiéramos.

Cuando regresé a mi casa, la fiebre seguía aumentando tanto que comencé a delirar. Me llevaron de nuevo al hospital y el doctor que me había atendido horas antes continuaba ahí.

—Tanto miedo por una calentura, en diez minutos se la voy a bajar— dijo el médico.

Pusieron una tina con hielos y me metieron ahí, la calentura sí bajó, pero empezó a variar mucho mi presión. Me pusieron en observación y vieron que la temperatura empezaba a subir nuevamente. Mi cuerpo estaba agotado y no podía mantenerme en pie solo, apoyándome en mi mamá fui al baño. En ese momento se presentaría el primer síntoma de mi enfermedad: oriné sangre.

De acuerdo con la doctora Gabriela Rodríguez Ábrego, especialista en Epidemiología, el primer síntoma de una persona con insuficiencia renal crónica suele ser la presencia de proteínas en la orina, junto con aumento de urea y creatinina en sangre.

Después de que confirmaron que tenía un problema en el riñón, me mantuvieron dos meses internado. Con suero y medicinas lograron estabilizarme; sin embargo, sólo lograban paliar los síntomas. La doctora que me atendía, siempre fue muy franca conmigo.

—Tu enfermedad es crónica, así es que seguirá avanzando. Tal vez se pueda tratar con quimioterapia. Si no pasa nada se tendrá que recurrir a la diálisis y después a una hemodiálisis para no llegar a perder el riñón— me informó.

Según la doctora Rodríguez Ábrego, los pacientes que padecen insuficiencia renal crónica enfrentan múltiples problemas médicos, psicológicos y sociales, que aumentan y se complican conforme avanzan las diferentes fases de la enfermedad y los procesos terapéuticos.

El largo andar en hospitales apenas comenzaba, pues la insuficiencia atacaría mi organismo continuamente. Todo lo que dijo la doctora se fue cumpliendo. Estuve primero en quimioterapia, pasé por la diálisis, y después, en una de mis peores recaídas, recurrí a hemodiálisis.

El objetivo de la hemodiálisis es sustituir la acción limpiadora y filtradora del riñón. Extrae del cuerpo la sal, exceso de

líquido y desechos tóxicos, y ayuda a mantener en la persona un control de la presión arterial y de la composición del organismo. La sangre pasa por un dializador, es decir, un filtro de características especiales capaz de limpiar la sangre.

La primera vez que me realizaron una hemodiálisis, mi cuerpo estaba tan decaído que parecía que había perdido su sensibilidad. No fue dolorosa. No obstante, mi estado de salud era grave y tenían que realizarme el tratamiento durante tres días consecutivos. El segundo día del tratamiento, cuando apenas habían pasado treinta minutos, me quedé dormido y empecé a tener pesadillas. Desperté varias veces, pero cuando el sueño me atrapaba las pesadillas continuaban. Me sentía muy agitado y nervioso. Un dolor muy fuerte estaba invadiendo mi cuerpo y al no aguantar más, comencé a manotear a las enfermeras, a aventar todo lo que estaba a mi alcance y a gritar desesperado que me desconectarán. Atrapado por el cúmulo de sensaciones que me rodeaban, lo único que deseaba era morir.

Nada me animaba a realizarme la tercera hemodiálisis, simplemente quería dejarme morir y les pedí a mis papás que me llevaran a mi casa. No soportaba la idea de que me volvieran a conectar a la máquina, pero mi familia, como siempre, estaba ahí apoyándome y echándome ánimos para que no me dejara abatir por la enfermedad. Tenía cinco años que no veía a mi hermano porque se había ido a trabajar a los Estados Unidos y ese día él estaba conmigo: había venido desde allá para apoyarme.

—Esta enfermedad no puede ganarte, dale la lucha— me animó mi hermano.

—Es que ya no puedo— contesté desesperado.

—No, nada de eso, tú te vas a poner bien.

Concepción Ibarra, trabajadora social del servicio en Neurología de la clínica Uno del Instituto Mexicano del Seguro

Social, explica que los pacientes con insuficiencia renal están obligados a realizar complejos cambios individuales, familiares, laborales y sociales en muchos aspectos de su vida. Ante esta enfermedad, la cooperación familiar es imprescindible.

Tengo tres hermanos, y aunque a veces nos peleamos, siempre hemos estado juntos en los momentos malos, pero también en los más lúcidos y buenos de mi vida. Desde pequeños, nuestros papás nos mantuvieron unidos con la firme convicción de que en cualquier momento nos apoyaríamos. Cuando mi hermano fue a verme, reanimó la esperanza en mí. En ese momento supe que no podía dar un paso atrás, tenía que seguir adelante, por ningún motivo defraudaría a todos lo que estaban apoyándome. La fuerza que me brindaban sus palabras me ayudó a soportar nueve meses en ese tratamiento.

En México la cuarta causa de muerte es la insuficiencia renal, el número de pacientes que se encuentran en diálisis y hemodiálisis en las instituciones del sistema público de salud de México, actualmente es de 74, 290. Esto significa una programación del tratamiento las 24 horas del día, que además de ser muy incómodo para los pacientes, tiene un costo muy elevado. El costo de hemodiálisis anual por paciente es de 20 mil dólares.

En hemodiálisis conocí mucha gente con enfermedades terminales. Algunos eran jóvenes de mi edad que, a pesar de su padecer, mantenían la cabeza en alto y le sonreían a la vida. De ellos, guardaré por siempre la imagen de Marco Antonio. Él es una de las personas más simpáticas con las que conviví. La sonrisa con la que se presentaba, lo hacía grato y de confianza aunque pocas veces llegamos a platicar seriamente. Entre sus chistes y el cotorreo que armaba con las enfermeras pareciera que nada lo afligía. Tiene 26 años y su cuerpo apenas responde a la voluntad de sus movimientos, pero la fortaleza con la que enfrenta la vida, es admirable.

Los ocho años que lleva en hemodiálisis y la experiencia, a pesar de su juventud, le hacen pensar que solo Dios sabe cuánto tiempo le queda. Para él, la espera ha sido demasiado larga, pues el riñón que necesita para dejar la hemodiálisis y continuar con vida, no ha llegado. Hace años su mamá se realizó la prueba de compatibilidad, pero desde el principio se le rechazó como donadora. La misma enfermedad que estaba venciendo a su hijo comenzaba a afectarle de ella. Su papá también se realizó la prueba, desafortunadamente no es compatible.

Cuando no existe compatibilidad dentro de la familia, el paciente tiene que inscribirse en la lista de espera para un riñón. En estos momentos el Centro Nacional de Transplantes tiene registrados a 4, 538 mexicanos en espera de un riñón.

En lista de espera Marco Antonio fue llamado tres veces como posible candidato a trasplante. En la tercera ocasión lo prepararon para la operación, pero su organismo lo traicionó y antes de entrar al quirófano los doctores descartaron la intervención, ya que las paratiroides se le habían subido y esto ponía en riesgo el éxito del trasplante. Desde ese momento, Marco Antonio decidió dejar la lista de espera y seguir en el tratamiento de hemodiálisis consciente de que en cualquier momento la muerte podrá alcanzarlo.

Sé, como Marco Antonio, que la vida no la tenemos comprada y que en algún momento moriremos. Sin embargo, mis esperanzas por dejar la máquina de hemodiálisis no decayeron y cuando por primera vez mi mamá me habló de la posibilidad de una donación, sin pensarlo le dije que sí, no quería seguir viviendo de esa manera.

Le pedí a dos de mis primos que se hicieran la prueba de compatibilidad, pero ninguno de los dos fue compatible. Mi mamá se hizo la prueba sin que yo lo supiera.

—Soy compatible y te voy a donar uno de mis riñones— me dijo un día mi mamá, contenta de poder hacerlo.

Cuando mis compañeros de hemodiálisis supieron que iba a pasar a protocolo para trasplante, todos me apoyaron. Uno de ellos había pasado por todos los estudios del protocolo y cuando estaba en quirófano le dijeron que no pasaba. Minutos antes de la operación, detectaron que su hermano tenía una piedra en el riñón y no podía ser su donador. Desilusionado por lo que había pasado, me platicó sobre todos los estudios que me iban a realizar.

—En estos exámenes te van a quitar la virginidad de todos lados me explicó Carlos con humor.

Y así fue: pasas al dentista, al dermatólogo, al psicólogo, con la trabajadora social, bueno te revisan hasta las uñas de los pies. Durante dos meses a mi mamá y a mí nos estuvieron realizando estos estudios y para finales de septiembre del 2006 programaron mi operación, pero debido al gran número de pacientes que había en ese tiempo, postergaron la fecha a octubre. En esa ocasión, por una gripa se canceló la operación. A los quince días volvieron a postergarla porque no había cuartos libres. Esto desalentaba tanto a mi mamá como a mí. La intervención fue programada finalmente para el 14 de noviembre. Llegó el día y esta vez nada impidió que se realizara el trasplante.

Minutos antes de entrar al quirófano hablé con mi mamá, Si algo pasaba en esa operación no quería irme sin agradecerle todos lo que había hecho por mí.

—*Ma*, esperemos que no pase nada, pero si llega a pasar quiero decirle que es la mejor madre— le dije emocionado.

No te preocupes, dejemos todo en manos de Dios y si yo me voy es porque así Dios lo decidió— me contestó tranquilizadora.

—Te quiero mucho, *ma*.

Cuando entramos a quirófano uno de los doctores me preguntó si sabía contar regresivamente. Con los nervios no entendí lo que me pedía. Me aclaró que era como cuando un cohete va despegar. Me dio la señal y empecé a contar: diez, nueve, ocho, siete, seis. Solo recuerdo haber contado hasta el seis. Desperté al otro día y en la primera que pensé fue en mi mamá. Ella entró un poco después, se sentó a mí lado y no pudo contener las lágrimas, sabía que la operación había funcionado, porque la bolsa de orina estaba llena.

A los tres días me dieron de alta. Las restricciones de los doctores fueron claras. Para evitar que mi cuerpo rechace el trasplante, tengo que tomar mis medicinas. Tomarlas debe ser parte de lo que hago todos los días, como dormir y comer, necesito beber agua y llevar siempre un reloj para saber a qué hora me toca la medicina, debo cuidar mi peso y lo que como; lo mejor es no fumar ni tomar. El trasplante me obsequió una mejor calidad de vida, pero no por eso puedo dar rienda a todos mis deseos.

Hace un año que recibí el trasplante y mi cuerpo ha respondido muy bien, mi vida dejó de depender de una máquina. Actualmente trabajo en una agencia de carros, disfruto de la compañía de mi familia e intento a hacer mi vida normal.

Cuando voy al hospital para revisión veo a algunos de mis amigos, Marco Antonio aún esta ahí, el personal del hospital y los demás pacientes se han convertido en una segunda familia para él. También es cierto que hay nuevos rostros como el de Mari Cruz, que apenas tiene un mes asistiendo al tratamiento, y con un bebé de nueve meses en sus brazos le realizan la hemodiálisis. Nadie que vea el rosado de sus mejillas y el lindo color de sus ojos verdes puede imaginar que tiene una enfermedad terminal. El rostro angustiado de sus familiares impotentes ante la situación, refleja el pesar que vivirán en los próximos meses.

Ver a Mari Cruz hace que vuelvan a mi mente los recuerdos de compañeros de hemodiálisis que esperan una segunda oportunidad de vida. Hombres y mujeres que viven atados a una máquina y a quienes la esperanza de una donación les anima a seguir adelante.

De acuerdo con cifras del Registro Nacional de Transplantes, hoy 10,712 mexicanos se encuentran en espera de un órgano o tejido. Entre el 2000 y 2006 se realizaron 38 mil 906, transplantes, lo que representa el 68 por ciento del total de ese tipo de cirugías desde 1963, año en que se realizó el primer implante de un órgano en México.

Más de una ocasión vi morir a mis compañeros en hemodiálisis. A pesar de todos los esfuerzos médicos, frente a mis ojos, la muerte les ganó la batalla. En el hospital se ve morir al hijo, al hermano, al padre, al ser querido en espera de una donación. Esas imágenes me producían gran angustia porque me hacían pensar que el próximo podía ser yo. Me pregunto si es necesario ver estas escenas o vivir en carne propia esta situación para darse cuenta de lo importante que es la donación de órganos. Fue muy triste verlos morir, pero más triste es pensar que hay quienes siguen esperando, mientras ven como su cuerpo se marchita día a día.

Cuando era niño decía que si algo me pasaba quería que incineraran mi cuerpo y todo lo que sirviera fuera donado a alguien que lo necesitara. Mi mamá me decía que no puedes estar dando tus órganos “porque esos son tuyos y de nadie más”, pero la vida se encargaría de decirle lo contrario: hoy gracias a la donación de uno de sus riñones estoy vivo.

## UN DÍA MÁS EN LUCHA CONTRA EL CÁNCER

Carolina Mitre Aceves

Un día más, el tic, tic, tic del aparato que mide las pulsaciones del corazón y el ruido de los pasillos, las rueditas de los soportes de suero me indican que un nuevo día ha llegado. La enfermera entra a la habitación y nos dice buenos días. De pronto se escucha un grito en el pasillo siguiente: “Enfermera, enfermera venga pronto”, aquel tic, tic, tic ha parado. Sólo se escucha el grito de una mujer que pide ayuda. Las enfermeras salen corriendo, se escuchan muchas rueditas y alguien dice por ahí: “Salgan, salgan, no pueden estar aquí”. El llanto de una mujer joven invade aquel piso del hospital. De pronto grita, “no, no puede ser, déjeme entrar”. El susurro de mis compañeras de habitación indica que la paciente de la cama 13 ha fallecido. Un fuerte sentimiento me invade y me pregunto cuánto tiempo podré seguir con esta enfermedad tan desgastante, con este cáncer que me invade y no me permite tener una vida normal.

María Elena es una mujer de 38 años de edad, de tez blanca, cabello corto, mide 1.63 de estatura, es delgada y muy simpática. Al mirarla te devuelve un gesto de amabilidad siempre acompañado de una sonrisa: son sus ojos los únicos que te demuestran que algo en el fondo le aflige, que algo le preocupa. Mari, como le llama su esposo, padece de cáncer de hueso. Y

quizás lo que le preocupa, es que aún tiene un pequeño de 10 años de edad que la necesita.

El jefe del departamento de oncología del hospital regional Ignacio Zaragoza, el doctor Francisco Galindo, explica que los huesos maduros están hechos de tres tipos de tejidos: Uno, tejido compacto que es la parte exterior y dura de la mayoría de los huesos; dos, tejido canceloso, un tejido esponjoso que está dentro de los huesos que contienen la médula ósea, la cual produce las células de la sangre; tres, tejido subcondrial, que es un tejido óseo liso de las articulaciones.

Y Mari tiene cáncer de hueso, este está inmerso en el segundo tejido, el tejido canceloso, por lo cual su tratamiento es muy complicado.

Mari tiene una familia de 4 integrantes: su esposo José Luis, su hija mayor Alondra, quien tiene 22 años a la que le sigue Heidi, de 19 años y, por último, su pequeño Luis Enrique de tan sólo 10 años. Él, con los ojos llenos de lágrimas dice: “la enfermedad que padece mi mamá es muy difícil pues en ocasiones es tan desesperante verla sufrir sin poderle ayudar, o verla en el hospital sin poder hacer nada más que encomendarse a Dios”. Luis Enrique, a pesar de su corta edad, ha demostrado ser un niño muy maduro, pues la enfermedad de su mamá lo ha obligado a apoyar a su familia y ayudarles en las labores domésticas y en su propio cuidado personal. Se ha vuelto un niño responsable y capaz de brindar ayuda y compañía a sus seres queridos.

El doctor Galindo destaca que los tumores de hueso pueden ser benignos o malignos. Los tumores benignos de los huesos son más comunes que los tumores malignos, y ambos tipos pueden crecer y comprimir el tejido óseo sano y absorberlo o reemplazarlo con tejido anormal.

Mari no se imagina la causa de su enfermedad, sin embargo la atribuye a una caída que tuvo de pequeña. Cuenta con una

voz muy triste que esta caída sucedió cuando ella tenía cuatro años de edad y fue con el juguete máspreciado y querido que tuvo: aquella bicicleta roja con franjas azules que le trajeron los reyes en el mes de enero. Con lágrimas en los ojos platica: “mi hermano mayor conducía la bicicleta, en la que nos encontrábamos jugando y sin darse cuenta chocó con unas piedras. Él voló y cayó un metro más adelante de donde estábamos, y yo me golpeé con el volante en el pecho y éste me provocó un dolor profundo, sentí que perdía el aire, me desvanecí y cuando recobré el sentido me encontraba en mi casa”.

Marzo de 1996. Mari salió de la tan anhelada ducha, se recostó sobre su cama y suspiró, su cansancio le pidió ansioso que preparara su cama y se dispusiera a dormir. El dolor de espalda no la dejó en todo el día, necesitaba descansar, sin embargo aún tenía que cepillar su cabello, poner crema a sus piernas, manos y cara. Pasaron unos cuantos segundos, se levantó y se vistió, se puso su pijama de osos que tanto le gusta, se colocó frente al espejo y se dio cuenta que tenía un pequeño abultamiento en el seno izquierdo. Se tocó pero no le proporcionó el más mínimo dolor por lo que no lo tomó muy en cuenta, se recostó y se quedó completamente rendida.

Unos días después Mari le comentó a su esposo Luis el pequeño abultamiento que encontró en su seno. Él le dijo que no se preocupara, pero que era necesario que visitara al médico para que le diera una respuesta y estuviera más tranquila. Ella no dejó pasar mucho tiempo y asistió con su médico de cabecera de la clínica Iztapalapa II, la doctora Teresa Mirón, quien la examinó y no encontró nada anormal. Creyó que sólo era un exceso de grasa y le recetó medicamento.

Pasaron tres meses y Mari no sintió mejoría alguna. Por el contrario, la molestia ahora era un dolor, tipo ardor, y sentía un gran cansancio y un fuerte dolor de espalda.

El dolor es el síntoma más común en el cáncer de hueso, los síntomas pueden variar dependiendo de la localización y del tamaño del tumor, informa el especialista en oncología. Los tumores que se presentan en las articulaciones o cerca de ellas pueden causar inflamación o sensibilidad en el área afectada.

Este tipo de cáncer también puede interferir con los movimientos normales, puede debilitar los huesos y conducir en ocasiones a que haya fracturas, además de tener síntomas como fatiga, pérdida de peso y anemia.

Días después acudió a realizarse nuevos estudios y, posteriormente, acudió a checar los resultados. La noticia fue devastadora y difícil para Mari, quien con voz aturdida y poco entendible recuerda: “Fue el 28 de noviembre de 1998, cuando me enteré de lo que realmente padecía en el pecho, un osteocondroma benigno”, en otras palabras, un tumor canceroso de hueso que avanza lentamente.

El osteocondroma es un crecimiento anormal de cartílago y hueso en el extremo de un hueso en las proximidades de la placa de crecimiento. Este tipo de crecimiento puede darse en cualquier hueso que sea producto de la transformación de cartílago. “No se conoce la causa exacta del osteocondroma, existe un vínculo genético, lo que indica que existe una variante hereditaria de este trastorno. No obstante, existe también una variante no hereditaria, por lo cual es necesario acudir siempre con su médico para un diagnóstico efectivo”, explica el especialista.

Mari acudió a varios hospitales de la Ciudad de México, sin embargo, todo era inútil pues en ningún lugar le ofrecían cura sin intervención quirúrgica, la cual tampoco le daba la certeza de curarla. Mari vivió los momentos más angustiantes, difíciles y tristes de su vida. Ya no quería vivir, su rostro se notaba muy pálido y sin vida, los dolores cada vez eran menos soportables y

desafortunadamente los medicamentos que utilizaba eran muy fuertes: la Nalfufina le calmaba el dolor sólo por unas horas y el Diazepan la mantenía dormida y con grandes alucinaciones. Se sentía inservible y muy deprimida, dejó de comer y no deseaba ver a nadie, ya no se bañaba y todos los días lloraba, parecía que estaba muerta en vida. Su familia, ante esta situación, recayó también en la depresión y la desesperación.

La psicóloga Fátima Ortiz, del Hospital Ignacio Zaragoza, señala que los pacientes con cáncer frecuentemente presentan problemas psicológicos considerables, razón por la cual algunos requieren tratamientos adicionales a los proporcionados por el equipo básico de salud.

Abril de 1996, 5:30 de la tarde. Mari se encuentra en un rincón de la habitación de su hijo menor, sus ojos no pueden ocultar el llanto desolado y angustiante que le produce su enfermedad.

Enrique, su hijo menor, juega en el patio trasero de su casa, ríe y demuestra su alegría cada vez que logra encestar el balón de básquetbol. Él no imagina que su madre en ese mismo momento se encuentra mirándole por la ventana de la habitación. Ella, desolada, le pide a Dios que le dé la oportunidad de ver a su pequeño madurar.

Pasan unos cuantos minutos, hasta que Heidi, su hija, le busca por la casa y se percata que su madre tiene de nueva cuenta una recaída. Se acerca a ella, la abraza y le pide que le cuente lo que le sucede. Mari se levanta del suelo, la estrecha fuertemente.

—Te quiero mucho — Quédate conmigo — le pide.

—Mami, yo también te quiero, me siento muy orgullosa de ti, pero ¿por qué lloras? —le pregunta Heidi.

Mari toma el papel higiénico que se encuentra en la mesa de recuerdos de aquella habitación, se limpia las lágrimas que

ruedan por su rostro y le dice: “Me siento muy impotente por no poder darle el tiempo necesario a tu hermano, es aún muy pequeño y me duele aceptar que el tiempo cada vez es más corto, que no se puede detener”.

La psicóloga indica que la incidencia de dolor, depresión y delirium se incrementa con el aumento en la debilidad física y la progresión de la enfermedad. Aproximadamente 25% de todos los pacientes con cáncer presentan síntomas depresivos severos, y alcanza hasta el 77% en aquellos con enfermedad avanzada.

Afortunadamente, Luis se dio cuenta de que su mujer se encontraba en un estado fuerte de depresión ya que ni el hecho de tener a sus hijos consigo le hacía cambiar la manera de ver la vida y la llevó con un psicólogo quien logró levantarle el ánimo e incitarla a vivir.

Luis recuerda que un día llegando del trabajo, encontró a sus hijas en la habitación de Mari, una se encontraba junto a su cama llorando y la otra le estaba dando un vaso con leche. Él les preguntó que sucedía. Heidi lloraba y no podía hablar. Alondra, quien la sujetaba fuertemente, le dijo que no sabía qué se había tomado su mamá, que sólo se percató de verla distinta y muy desganzada. Cuando le preguntó qué le ocurría, ella sólo le contestó que cuidara de sus hermanos y su padre. Ella se atormentó al escuchar esta respuesta y se acercó a tocarla. Estaba muy fría, y lo único que se le ocurrió fue que había ingerido algo nocivo.

El paciente con frecuencia considera el suicidio como una opción para conservar la sensación de control. Argumenta la psicóloga, que el temor al dolor intolerable es la razón para las solicitudes de muerte asistida hechas a los médicos.

Luis, con voz muy triste y lágrimas en los ojos, explica: “esta enfermedad ha sido muy difícil, tanto para mí como para

mis hijos. Yo sufro al ver como mis pequeños lloran al ver a su madre sufrir, y que no pueden hacer nada. Hay ocasiones que la verdad no sé como comportarme con ella, ha llegado a desesperarme pero también pienso y reflexiono que no deben de ser así las cosas pues mi mujer está enferma y no puede entender algunas cosas, ya que su trastorno mental cada vez es más difícil”.

Según la especialista, hay dos maneras de categorizar la depresión: Una de ellas es la depresión situacional y la otra la depresión clínica. La depresión situacional es una condición más común y usualmente de corta duración muchas veces causada por el duelo y un evento emocionalmente extremo, tal como el que experimenta una persona que recibe un diagnóstico de cáncer. El corazón y la mente están llenos de ansiedad sobre la muerte, y sobre un futuro imposible de imaginar. La depresión, muchas veces, va acompañada por una variedad de emociones, incluyendo rabia, miedo, ansiedad y síntomas como insomnio. Generalmente, esto es seguido por un periodo de ajuste a medida que la nueva realidad emerge y comienza a manejarla. Las personas con estos sentimientos responden bien al apoyo, consuelo, ánimo, ayuda, y usualmente no requiere una ayuda continua de parte de los profesionales del cuidado de la salud.

La depresión clínica o, como se conoce a veces, desorden depresivo mayor, va más allá de una respuesta básica a una mala noticia. Constituye un evento biológico que tiene un impacto en casi todas funciones vitales de la persona, incluso las tareas rutinarias. El interés de la vida desaparece y, en su lugar, queda un sentimiento de vacío. Cabe señalar que la depresión no sólo afecta a la paciente, también afecta a la familia del enfermo.

Alondra, por su parte, resalta que para ella ha sido muy triste vivir todos estos episodios, pues no puede ayudar a su

madre y le lastima demasiado verla sufrir, verla llorando con un dolor incontrolable, un dolor que se mete en lo más profundo de su ser.

Recuerda aquel día que su madre tuvo que ser intervenida quirúrgicamente para extraerle un pedazo de hueso, para realizarle el próximo estudio. “El hospital se encontraba lleno, en los pasillos la gente se recostaba y trataba de descansar del ruido de ambulancias que rodeaba el lugar. De pronto, un policía salió de una puerta preguntando por los familiares de la señora María Elena. Mi papá, mi hermana y yo nos levantamos rápidamente del asiento, corrimos hacia aquella puerta, pero desafortunadamente sólo uno pudo pasar a aquella sala”.

“Pasaron unos 40 minutos y mi papá salió de aquella sala, sus ojos no reflejaban más que angustia, no pudo controlar su llanto y nos dijo, que el veía muy mal a mi mamá, que acababa de salir del quirófano pero su estado era bastante difícil, que el médico le había indicado que estuviera al pendiente, pues aquella operación se había complicado, y el estado de mi madre era difícil de predecir”.

“Todo dependía de ella, de su deseo de vivir. Nosotros no sabíamos qué hacer, estábamos conscientes de que tal vez no la veríamos nuevamente con vida, y eso nos dolía, pero también sabíamos que ella estaba sufriendo mucho, que a veces ella pedía ya morir, ella se sentía muy cansada y tal vez ese día había llegado”.

Los psicólogos se refieren a esto como anhedonia, una falta de alegría, y es un síntoma diagnóstico clave. Todo se ve a través de la tristeza, y no se percibe ninguna esperanza, el enfermo se siente abrumado por el cansancio. Las personas que sufren de depresión clínica no responden al apoyo, consuelo o ánimo.

Por su parte, Heidi platica que ella está muy consciente de que la enfermedad que tiene su mamá es una enfermedad

terminal, que acabara poco a poco con su vida. Ella quisiera darle lo mejor de sí a su mamá, pero desafortunadamente en muchas ocasiones su estado de ánimo no se lo permite. Reconoce que ha tenido disgustos con su madre, pero también le agradece todo lo que ella ha hecho por ella.

De pronto, su voz comienza a cambiar y su rostro refleja dolor, unas cuantas gotas brotan de sus ojos y con voz muy triste y entrecortada dice: “Todo lo que soy se lo debo a ella. Es ella la que me ha sacado adelante, con sus consejos, sus regañones y sus limitaciones. Mi madre es todo para mí y es por ello que el tiempo que ella esté conmigo le haré saber lo mucho que la quiero y lo mucho que me importa, aunque quizás ella no lo vea así”.

El doctor Torres Silva, médico del hospital Regional Ignacio Zaragoza, indica que todos los pacientes que padecen esta enfermedad están condenados a vivir una vida con límites, una vida que no proporciona más que sufrimiento, y que no se puede hacer nada, más que esperar a que llegue su fin.

Mayo del 2006, 3:30 de la tarde. Mari se encuentra en la cocina preparando lo que será la fiesta sorpresa que realizó para su marido, está muy emocionada decorando un pastel que ella misma elaboró. Viste con un pantalón de mezclilla azul, una blusa blanca y unas zapatillas negras.

Se mira en el espejo y se queda muy pensativa, de pronto llega su hija mayor Alondra y le pregunta: “Mami ¿en qué piensas? Mari le sonríe y le contesta. “Mi amor no sé cuánto tiempo me quede de vida, tú sabes que la próxima visita al quirófano está muy cerca, he preparado este convivio para tu padre, para mi gordo, esperando que cuando ya no esté con ustedes, me recuerden de esta forma, siempre sonriendo, y olvidando todos mis tormentos. Nunca olviden que los amo, y que en donde quiera que me encuentre, yo los estaré cuidando”.

El médico particular de Mari indica que un paciente con enfermedad terminal debe estar muy consciente de su estado de salud, debe aceptar que su tiempo de vida está predeterminado. Para que ello sea posible, los familiares deben apoyar a su enfermo en todo y hacerle sentir lo mucho que lo aman.

Junio de 2006, 7:30 de la mañana. El ruido de los carritos de porta suero me han despertado. Me encuentro recostada en la cama 10 del piso 10. De pronto la enfermera entra y nos dice buenos días y nos pregunta cómo amanecemos, “Muy bien”, contesto. “Es hora, señora Mari”, dice la enfermera. “Su doctor la espera en sala de quirófano, está preparada ¿verdad? Yo le sonrío y muevo lentamente la cabeza hasta mirar el cuadro que tengo en mi cabecera.

Mis pensamientos rápidamente vuelan y recuerdo que mi familia me está esperando, que mis pequeños y mi gordo esperan que salga del quirófano. Un sentimiento me invade y no puedo evitar llorar, pero también pienso que pronto los veré de nuevo y los recibiré con una sonrisa. Les diré lo mucho que los amo, y les haré saber que lucharé por ellos hasta que Dios me lo permita.

## ROMPER EL SILENCIO

Nancy Caballero Mendoza

Un día me levanté, me miré al espejo y no me gustó lo que vi. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Esto no era lo que quería vivir ni tampoco lo que quería ser. Mis sueños ¿dónde estaban?, ¿dormidos en el país de las fantasías? Mi nombre es Adriana. Viví con mi pareja dos años, pero cansada de los malos tratos decidí romper el silencio, decidí dejarlo.

“Me pegó varias veces, pero yo estaba enamorada de él y le aguanté. Una vez lo denuncié, pero finalmente retiré la denuncia, ya que me dio miedo que se pudiera ir a la cárcel y no me quería separar de su compañía. Estaba enamorada y no me di cuenta de que en el fondo estaba sufriendo”, comenta Adriana, quien sufrió violencia en el hogar por parte de su pareja.

De acuerdo al Código Civil del Distrito Federal, la violencia familiar es considerada como “el uso de la fuerza física o moral, así como las omisiones graves, que de manera reiterada ejerza un miembro de la familia en contra de otro íntegramente de la misma, que atente contra su integridad física, psíquica o ambas, independientemente de que pueda producir o no lesiones, siempre y cuando el agresor y agredido habiten en el mismo domicilio y exista una relación de parentesco, matrimonio o concubinato”.

Muchas mujeres se culpan a sí mismas de ser las causantes del problema. Y se dicen: “Si no le hubiera servido la sopa caliente... si los niños hubieran estado listos para la escuela... si mantuviera la casa más limpia”, cualquiera de las razones que el abusador argumenta para iniciar la agresión y mantener el control; señala Silvia Ortiz, del Departamento de Psicología Médica Psiquiatría y Salud Mental de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Por otro lado, la violencia no sólo se refiere al maltrato físico, sino que hay otras formas de agresión como las verbales o psicológicas. Georgina Zárate, psicoanalista y académica de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, comenta: “Lo ofensivo en las palabras es la carga afectiva con que se dicen si te digo pendejo con mucho cariño, igual y no te ofende, pero si te lo digo con todo mi odio, entonces ya es algo que te lastima. El insulto depende más del contexto que de la expresión en sí”.

Andrea, quien lleva sufriendo un calvario desde hace 29 años en su matrimonio, recuerda una de las agresiones que ha sufrido por parte de su marido: “Un día asistimos a una cena con sus compañeros de trabajo. En esa ocasión yo trate de arreglarme lo mejor posible para que él se sintiera contento y orgulloso de llevarme, sin embargo, cuando me vio salir de la habitación se limitó a decir: ‘Estás loca si piensas que te voy a llevar así, pareces *piruja*, ponte algo más serio no seas ridícula.’ Después de aquello no quería ir, ya que me sentía mal por la actitud que tomó. Así que entre a la habitación y comencé a llorar. Enseguida luego él y me pidió una disculpa, me abrazó y dijo que no había sido su intención ofenderme, pero ya era tarde y se sentía cansado. Lo disculpé. Esa fue la primera vez que me ofendió y lo seguí permitiendo”.

En México 10 por ciento de las mujeres sufre violencia severa que pone en riesgo su integridad física, apunta Rocío García Gaytán, presidenta del Inmujeres. Explica que pese a que la violencia intrafamiliar es tipificada como delito desde hace seis años en el Distrito Federal, el flagelo persiste en la ciudad, casi invisible y sin castigo.

Sólo cuatro de cada diez mujeres agredidas presentan una denuncia y de éstas, no más de tres logran entablar un procedimiento penal, ya que usualmente no cuenta con todas las facilidades para denunciarlo. En primer lugar, el procedimiento penal que debe seguir atenta contra su integridad física, pues la notificación de la denuncia se le hace a su agresor, quien en los dos días que tiene para presentarse ante el Ministerio Público, puede tomar represalias contra la demandante.

Además, las mujeres decididas a enfrentar una denuncia tienen que demostrar que han padecido violencia familiar con lesiones “visibles”, ello aunado a los pagos extra que deben hacer para agilizar los trámites. A pesar de que la denuncia debiera seguirse de oficio, no hay garantía de que en la realidad esto suceda.

### **El terror que paraliza**

“No tuve el valor suficiente para admitir que mi matrimonio no era bueno, que no había amor, respeto, ni siquiera amistad entre mi esposo y yo; sino que era todo lo contrario, una relación muy enferma, dañina para mí y para mis hijas. Sin embargo siempre me decía: ‘no puedo separarme de mi esposo porque mis hijas no tendrán un padre, aunque éste no es bueno’. Pero en realidad era porque no me sentía segura de mí misma”, apunta Andrea, quien nunca comentó nada a su familia sobre la situación de maltrato que vivía, por lo que se sentía sola y sin apoyo.

Los expertos señalan que uno de los principales puntos de apoyo es la familia. Pero existe la posibilidad de que, por el contrario, den la espalda. La familia y los parientes, en general son uno de los pilares fundamentales para que las personas que enfrentan violencia en sus hogares puedan romper el silencio y salir adelante.

“Traté de buscar ayuda muchas veces, pero el miedo, el terror me detenía, además de que en repetidas ocasiones en que huí, me encontraba y me iba peor. Él me amenazaba constantemente con matarme y con quitarme a mis hijas si lo demandaba”, recuerda Andrea, de 49 años.

En los primeros ocho meses de 2002, la Dirección de Atención y Prevención a la Violencia Familiar reportó haber atendido a 14 mil 689 personas. En el mismo periodo de tiempo Inmujeres de la Ciudad de México, atendió un total de 3 mil 909 casos de violencia, de los cuales la mujer era la receptora en 3 mil 752. En cuanto el tipo de maltrato se detectó que mil 678 mujeres sufrían maltrato psicoemocional, mil 591 psicofísico, 171 psicosexual y 312 recibían los tres tipos de maltrato.

Si bien las mujeres no son las únicas víctimas de la violencia doméstica porque los menores representan otra parte importante de este problema, sí constituyen la mayoría de los casos.

Los expertos consideran que la violencia en el hogar deja más huella en los niños menores de cinco años, que no entienden qué sucede. Silvia Ortiz, del Departamento de Psicología Médica Psiquiatría y Salud Mental de la Universidad Nacional Autónoma de México, señala: “Los niños que son testigos de agresión, en muchos casos, se sienten responsables de la situación y también pretenden tener ‘súper—poderes’ para defender a la víctima, que casi siempre es su mamá, y sufren una gran frustración al no poder hacerlo”.

“Guillermo llegó borracho a altas horas de la madrugada, me insultó y no bastando con eso me golpeó hasta más no poder. Lo peor es que mis pequeñas estuvieron presentes. Ellas trataron de ayudarme, pero fue inútil, la fuerza de Guillermo superaba las de mis niñas. Me sentí terriblemente mal al ver cómo mis hijas sufrían viendo cómo era ultrajada una y otra vez por su padre”, señala Andrea, quien no ha tenido el valor suficiente para dejarlo y continúa con el círculo de la violencia.

### **Eliminar el ciclo de la violencia**

Las parejas que mantiene una relación de violencia repiten una y otra vez un ciclo que se compone de tres fases. En la primera denominada “fase de la acumulación de la tensión”, se produce una sucesión de pequeños episodios que lleva a roces permanentes entre los miembros de la pareja, con un incremento constante de la ansiedad y la hostilidad.

La segunda, denominada “episodio agudo”, se caracteriza porque la tensión que se había venido acumulando de lugar a una explosión de violencia, que puede variar en gravedad, desde un empujón hasta el homicidio; y en la tercera fase, llamada “luna de miel”, se produce el arrepentimiento, a veces instantáneo, por parte del hombre, sobreviviendo un periodo de disculpas y la promesa de que nunca más volverá a ocurrir. Al tiempo, vuelven los episodios de acumulación de tensión... y a cumplirse nuevamente el ciclo.

La psicóloga Ortiz reconoce que este círculo es difícil de frenar. “Conoces a alguien, te enamoras perdidamente, lo das todo por él, llegas a mirar por sus ojos en vez de mirar cada uno por los suyos hacia delante. Eso hace que se crezcan, que te humillen y dejen a los demás que también lo hagan, que te maltraten psicológicamente día tras día y físicamente en al-

guna ocasión o rompan cosas de la casa con furia. Y tú, cada vez, te rebajas más. Viene, te hace regalos, te mima dos días y vuelve a empezar. Dejas de pensar y de actuar por ti misma, te separas de tus amigos y de la familia, acabas sola en casa, cuidando a los hijos y de él. Te controla durante el día, te ordena lo que debes hacer y no respeta tus opiniones ni decisiones. ‘El que trae el dinero a casa soy yo’, te repite constantemente para que sepas que no tienes voz ni voto”.

### **El amor no es dolor**

Muchas veces la violencia se presenta desde el noviazgo en algunas ocasiones. “El maltrato a la pareja puede ocurrir en cualquier momento, desde la primera salida juntos o hasta transcurridos varios años de relación, añade la directora del Centro Nacional de Equidad de Género y Salud Reproductiva, Zúñiga.

“Al principio él era bueno, amable, respetuoso y muy amoroso. Nunca mostró alguna conducta agresiva conmigo. Me consideraba bonita, inteligente y digna de ser amada. El día de la boda caminamos hacia la iglesia: contamos con la bendición de Dios para nuestra unión”, recuerda Gabriela, quien se casó a los 19 años ilusionada como cualquier otra chica. Sin embargo su pareja comenzó a golpearla y humillarla constantemente. Después de tres largos años de matrimonio tomo la decisión de divorciarse.

La experiencia enseña que muchos de los abusadores familiares parecen “mosquitas muertas”; pasan por personas educadas y suaves, pero en el fondo son individuos celosos con una pobre imagen de sí mismos. Si a esas personas les da por tomar unos tragos de más, cosa frecuente, la explosión violenta será mucho mayor, explica Gaytán, presidenta de Inmujeres.

Según los especialistas, el alcohol y otras drogas no generan violencia, pero son factores de riesgo. “Por otro lado distinguimos que existen alcohólicos que no son violentos y muchos hombre que son violentos sin necesidad de haber ingerido una copa”, añade la psicoanalista, Zárate.

Gabriela de 28 años, apunta que su marido la agredía más cuando ingería bebidas alcohólicas, por lo que debía salir de la casa y pedir posada con alguna vecina si no quería amanecer muerta: “No es la primera vez. Aunque generalmente es un hombre tranquilo, cuando toma alcohol sus reacciones son mucho más violentas y agresivas. Les pegan a los niños por todo y a mí me insulta”, denuncia.

Patricia Uribe Zúñiga, directora general del Centro Nacional de Equidad de Género y Salud Reproductiva, explica que algunas persona confunden los celos, el control, el abuso, el maltrato, las exigencias excesivas y los gritos con el amor, pero el amor no es dolor, por el contrario, implica confianza, protección, respeto a los gustos del otro, comunicación, caricias, entre otras cosas. Consiste en compartir la vida con alegría, dialogar sobre las diferencias y preferencias, y respetar la integridad física, moral y espiritual de la persona amada.

Para la psicóloga Ortiz “saber hablar y saber escuchar, son dos herramientas básicas de la comunicación en el matrimonio que, por parecer obvias, se cultivan poco. ¡Lástima! Porque no se puede construir un buen matrimonio sin que estos dos elementos estén presentes cada día. Es por ello que se llega a la violencia”.

Adriana, de 28 años, que al hacer consciente la injusticia de las agresiones de las que era víctima, no soportó más y decidió dejar a su pareja. “Mi marido me humilló desde el comienzo de nuestro matrimonio. No me sentía respetada. Me decía que todo lo hacía mal, que era una tonta; esta situación me hacía

sentir como si estuviera hundida en un pozo. No tenía libertad, vivía coaccionada. Se enfadaba hasta cuando quería estar con mi familia. Acabó con mi dignidad y llegó un momento en que no me valoraba a mi misma como mujer, como persona. Creía que no valía nada; me abandoné, me daba igual mi aspecto. Si tomé la decisión de separarme, lo hice sólo por mi hija, porque decidí que no vería a su madre en una situación tan denigrante. Él nunca me quiso. Pensaba que se había casado con una sirvienta”.

Como podemos ver existen muchos casos sobre violencia intrafamiliar desgraciadamente no son presentados a la luz pública por diversas razones. Actualmente existen varias organizaciones feministas como el Frente Único Pro Derechos de la Mujer (FUPDN) que luchan por los derechos de la mujer y especialmente por la erradicación de la violencia.

El Instituto de las Mujeres del Distrito Federal (INMUJERES) recibe cada 30 minutos el llamado de auxilio de alguna mujer que es víctima de la violencia intrafamiliar. Tan sólo del Distrito Federal se atiende a 3 mil 900 llamadas telefónicas, mientras que en el Estado de México la cifra es de 2 mil 769 mujeres cada año.

### **Romper el silencio**

Si todas las mujeres que padecen violencia supieran que existen lugares donde las pueden ayudar y que hay leyes que las protegen, las cosas serían diferentes. Hay miles de mujeres que desconocen que existe otra vida además de la de los golpes.

“La violencia intrafamiliar destruye hogares, acaba con las relaciones familiares y la dignidad. Las mujeres no somos las únicas que sufrimos este mal sino también los niños y ancianos”, comenta, Gabriela quien sufrió violencia en su hogar por

parte de su marido y después de una larga lucha logro salir adelante, gracias a la ayuda que recibió en el Instituto de las Mujeres del Distrito Federal.

“Muchas veces romper el silencio y contarle a un extraño su vida es una decisión difícil de tomar, hay que hacer a un lado los prejuicios sociales, religiosos, culturales y hasta refranes populares, por ejemplo: ‘la ropa sucia se lava en casa’”, explica Patricia Uribe Zúñiga, directora general del Centro Nacional de Equidad de Género y Salud Reproductiva.

“Romper el silencio y poner un alto al maltrato es difícil, pero vale la pena tener una vida digna y tranquila”, define Adriana quien logro salir de ese círculo de violencia y ahora es muy feliz con sus dos hijos. No le tiene miedo a nada ni a nadie.

## EL ABORTO: UNA DECISIÓN DE MUJER

Guadalupe Ortiz Velázquez

La despenalización de la interrupción del embarazo antes de las 12 semanas de gestación en la Ciudad de México constituye un hecho histórico para las mujeres de la capital y un referente a seguir para el resto de México. La aprobación de estas reformas coloca, una vez más, a la capital a la vanguardia de la región latinoamericana en lo que se refiere al ejercicio pleno de la democracia y de las libertades fundamentales, y compromete al Gobierno de la Ciudad de México a garantizar a las mujeres el ejercicio pleno de estos derechos.

El 26 de abril del 2007 se modificó el código penal para el Distrito Federal y se adiciona la ley de Salud para el Distrito Federal en donde las instituciones públicas de salud del gobierno del Distrito Federal atenderán las solicitudes de interrupción del embarazo a las mujeres que lo soliciten.

Este servicio se brinda únicamente en 15 clínicas del Distrito Federal. La atención es gratuita para las mujeres que residentes del Distrito Federal, para lo que deben identificarse con credencial oficial del IFE. Si son extranjeras o no viven en el DF deben pagar una cuota que se establece a partir de un estudio socioeconómico. Es indispensable tener menos de 12 semanas de embarazo, por lo cual el hospital realizará un ultrasonido para determinar el tiempo de gestación, y sólo

se aceptan ultrasonidos que puedan ser avalados por la Secretaría de Salud del Distrito Federal o que sean realizados por el hospital donde se realizará la interrupción legal del embarazo.

La despenalización y la legalización del aborto a través de políticas públicas de salud es imprescindible para garantizar el acceso a un procedimiento seguro, practicado por personal calificado y en condiciones sanitarias adecuadas. La legalización de esta práctica en el Distrito Federal reducirá el riesgo de sufrir daños físicos y psicológicos, al que se expone un gran número de mujeres en nuestro país por abortar de manera insegura, o hasta la muerte.

Estimaciones conservadoras indican que en México se realizan 110 mil abortos al año, sin embargo, estudios realizados por el Consejo Nacional de Población (Conapo) señalan que la proporción de abortos clandestinos asciende a 21 por cada 100 criaturas nacidas vivas, esto representa 533 mil abortos anuales, aunque mencionar cifras en un país donde dicha práctica está prohibida por la ley, es hablar de limitadas estimaciones.

En México por lo menos 100 mujeres mueren al año por abortos mal practicados, lo que representa la quinta causa de muerte materna. En el Distrito Federal constituye la tercera causa de muerte materna; mueren siete mujeres al año, esto es, una mujer cada 52 días.

A diferencia de otros países como Cuba, Canadá o Irak (país islámico donde es legal) e Israel, entre otros 50 países que despenalizan o legalizan el aborto sin ninguna restricción, excepto en el Distrito Federal que la interrupción del embarazo es completamente legal, en los 32 estados que componen el territorio mexicano se puede practicar un aborto por violación. En 29 estados se acepta por acción

imprudencial de la mujer y por peligro de muerte; en 13 estados, por malformaciones genéticas del producto. Por inseminación artificial no consentida en 10 estados, y en 9 por riesgo grave para la salud de la mujer. Sólo en Yucatán es consentido por causas económicas, cuando la mujer tiene al menos 3 hijos.

En México no se ha podido establecer las características de las mujeres que abortan, pero los datos con los que se cuentan muestran que las mujeres pertenecen a todo el espectro social: rurales y pobres, urbanas y con ingresos suficientes, profesionistas y analfabetas, amas de casa y jóvenes estudiantes. Tienen en común que han decidido poner fin a un embarazo.

Esta diversidad se explica por el hecho de que ninguna mujer en edad reproductiva está libre del riesgo de un embarazo no deseado. Aún usando anticonceptivos modernos y seguros, el riesgo de embarazarse persiste hasta que pierdan su fertilidad.

El doctor Armando Valle Gay, jefe de la Unidad de Ginecología del Hospital General de México, realizó en 1990 una encuesta a 100 mujeres que habían llegado a ese hospital por complicaciones de aborto inducido. El resultado fue que el 88 por ciento de las encuestadas eran católicas. Esto indica que muchas mujeres católicas deciden voluntariamente interrumpir un embarazo, a pesar de ir en contra de lo que ordena la jerarquía de su iglesia.

Un 69 por ciento tenían un hijo o más, lo que contradice la idea de que sólo las jóvenes irresponsables practican el aborto. Pero este dato no es nuevo. Distintas evidencias indican que el aborto en México es más frecuente entre mujeres casadas y con hijos. Investigadoras mexicanas aseguran que “por lo general la mujer que aborta, no es ni la joven soltera, ni la “mu-

jer de mala fama”, sino la casada, madre de varios hijos, cuya situación económica o familiar no le permite asumir mayores responsabilidades”.

La encuesta de Valle Gay dejó ver que el 72 por ciento de las mujeres estaban entre los 21 a los 45 años y sólo el 28 por ciento eran adolescentes al momento de interrumpir su embarazo. Los datos más sorprendentes de esta encuesta son los motivos que las llevaron a tomar la decisión de interrumpir su embarazo: el 34 por ciento de las mujeres tenían problemas económicos, asimismo el 16 por ciento lo hicieron porque deseaban una mejor educación para sus hijos y en ese momento no tenían la estabilidad ni emocional ni económica para dárselas, el otro 50 por ciento está dividido entre problemas conyugales y familiares.

Además de las diferencias de edad, religión, escolaridad y razones para abortar, las distingue las opciones que tiene para hacerlo. En este sentido, las diferencias socioeconómicas cobran mucha importancia debido a que las mujeres con mayores ingresos pueden obtener abortos seguros y las mujeres pobres acuden a personas no capacitadas o se lo inducen ella mismas, poniendo en riesgo la salud y la vida. El costo de un aborto oscila entre los 7 mil pesos y los 13 mil pesos, entre consultas, medicamentos y la cirugía.

“Me costó 7 mil pesos la cirugía, cada consulta me costaba 400 pesos, el estudio del papanicolaou 300 pesos y las medicinas fueron las más baratas. Tengo calculado que me gasté alrededor de 13 mil pesos”, calcula Fernanda.

Los argumentos por la legalización del aborto sostienen que sólo las mujeres deben tener la decisión de realizarse un aborto, pues son las únicas que pueden decidir sobre su cuerpo, nadie más. Además de que ellas vivirán el duelo para superar la pérdida.

Fernanda comenta: “Estoy a favor del aborto. Yo aprendí a escucharme y sobre todo a escuchar mi cuerpo. Aprendí que

sólo nosotras somos quienes tenemos derecho a decidir sobre si queremos o no ser madres. Porque al final de cuentas las únicas que pasamos por ese proceso tan duro somos nosotras, nadie más. Aunque tengas el apoyo de tu pareja, nunca van a sentir lo que es estar en la sala de cirugía. El dolor más fuerte es emocional, no tanto el físico”.

### Aspecto psicológico

Fernanda se practicó un aborto hace siete meses. “Tenía dos meses y medio de embarazo –recuerda-, estaba a dos semanas de no poder practicar el aborto, la verdad fue un descuido muy tonto, yo siempre traigo mi condón. Me lo practiqué en una clínica muy limpia en el centro de la ciudad. No me hicieron ningún estudio previo, después me enteré que sí te tienen que realizar estudios, pero cuando estás en eso te bloqueas. Cuando salí de la cirugía la doctora me dijo que había tenido un desgarramiento en el útero y me habían inyectado hormonas.

“Mi pareja me apoyó en lo material y estuvo conmigo en las dos semanas de recuperación. Aunque después se alejó y no estuvo en el proceso de superación psicológica. Claro, cómo él no lo vivió, no sintió y él no fue el que se embarazó, no entendió muchas cosas. Pues lo más difícil es el proceso de sanación tanto física como psicológica, aunque lo más duro es la psicológica”, recuerda.

Las secuelas psicológicas que pueden llegar a dejar la interrupción de un embarazo, van desde la culpa, angustia, ansiedad, depresión, baja autoestima, insomnio, diversos tipos de neurosis y de enfermedades psicopáticas, pesadillas y recuerdos dolorosos, y en casos graves puede llegar hasta tendencia al suicidio. Estos síntomas no se presentan en to-

dos los casos, esto depende de la situación personal de cada mujer, pues si cuenta con el apoyo de su gente querida, el proceso de superación es más fácil. Así lo confirman testimonios de muchas mujeres e investigaciones sobre el tema, como la realizada en 1995, por el Hospital Universitario de la ciudad sueca de Umea, donde se entrevistó a 58 mujeres que habían abortado. Un año después sólo una de ellas declaró haberse arrepentido de su decisión y dos de ellas (3.4 por ciento de la muestra) manifestaron haber tenido perturbaciones mentales de importancia.

El aborto es en sí mismo nunca es deseable, pues es muy probable que deje a las mujeres consecuencias físicas y psicológicas difíciles de superar. Una de ellas es el arrepentimiento, como es el caso de Laura, quien interrumpió un embarazo hace ocho meses: “Esto que pasó me ha dejado marcada para toda la vida, a veces trato de salir del hoyo, pero caigo de nuevo. Yo aborté por “amor” a mi novio, porque él sabía cómo chantajearme y me hizo creer que lo estaba condenando por querer al bebé. Me dio unas pastillas con las que aborté pero me tuvieron que internar. Me hicieron un legrado, pude perder la vida porque tenía una fuerte infección. Desde ese día todo cambió”.

Un caso distinto es el de Sandra, quien se practicó un aborto hace nueve años. Ella contó con el apoyo de su madre, quien la llevo a una clínica privada cerca de Taxqueña. “Era un edificio ladrillado de color naranja, la clínica estaba situada en un departamento no muy espacioso. En la habitación no había gran cosa, sólo una cama y utensilios quirúrgicos, lo necesario para realizar el aborto. Mi madre siempre estuvo conmigo y yo estaba convencida de lo que iba hacer. No tuve grandes consecuencias psicológicas, tan sólo el dolor de que mi pareja no me hubiera apoyado”, recuerda.

Las mujeres reaccionan de formas distintas dependiendo también de diversos factores, como el tiempo de gestación, si tiene hijos, sus creencias religiosas o morales, el respaldo de la familia o pareja, la aceptación o el rechazo al aborto en el entorno sociocultural de la mujer y el carácter legal o ilegal del aborto.

Hay quienes sienten alivio por haber resuelto una situación inesperada y no deseada, otras pueden sentirse deprimidas o tener sentimientos ambivalentes. Aunque estén convencidas de que interrumpir su embarazo fue la mejor alternativa, pueden experimentar una sensación de pérdida o inclusive culpa.

La psicoanalista María Teresa Pi-Sunyer señala que es muy posible que las mujeres reestablezcan su equilibrio emocional al interrumpir un embarazo que en realidad no deseaban proseguir. Sandra lo reafirma con su testimonio: “Me sentí a salvo, porque iba a poder lograr lo que me había propuesto desde un principio, terminar una carrera, lograr todas mis expectativas. Para mí fue un gran alivio pues ya no tenía una responsabilidad. Yo lo volvería a hacer”.

El derecho a elegir voluntaria y libremente la maternidad —el derecho a tener hijas e hijos o no tenerlos y por lo tanto, a decidir la interrupción del un embarazo— se fundamenta en una serie de derechos humanos ya reconocidos: el derecho a la igualdad y la no discriminación, a la vida, a no ser sometida a torturas, a la libertad y seguridad personales, a no ser objeto de injerencias arbitrarias en la vida y la familia, a la libertad de pensamiento, conciencia y religión, derechos que forman parte de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos.

## INVÍTAME A TU CAMA

Omar Delgado Vázquez

Elena<sup>1</sup>, una elegante señora de 52 años, viste de minifalda de cuero y blusa de seda. Su cuerpo aún tiene rastros de una belleza que en su juventud debió ser arrebatadora. Sin embargo, sigue linda. Lo más atractivo de ella, además de su sonrisa, es su cabello, largo y tan oscuro que se pierde entre las tonalidades negrizules de su blusa. Luego de algunos tequilas, toma la mano de dos jóvenes y los lleva a la habitación conjunta en tanto que varios hombres más la siguen como si fuera la abeja reina. Unos minutos después, la blusa y la falda yacen sobre la alfombra mientras ella, de rodillas, chupa los miembros de tres caballeros, alternando las caricias de su boca con las de sus manos. Se le ve dueña de la situación, experta.

Uno de sus acompañantes, de cabeza rapada, vestido aún con un elegante *Ermenegildo Zegna*, la pone en pié y la empina. Cuando la penetra, ella suelta un gemido discreto y vuelve a atender con su lengua el pene del otro *partner*. A pocos metros del trío —que en pocos minutos se volverá sexteto—, un hombre canoso, de camisa a cuadros, observa complacido mientras se masturba. Se vuelve a mí, me sonrío y con un movimiento

---

<sup>1</sup>Todos los nombres propios que se mencionan en este artículo han sido cambiados para proteger la privacidad de quienes son mencionados en él.

de cabeza me invita a participar con el grupo. “¿A poco no es tremenda mi esposa, joven?”, me comenta sin que yo perciba en sus palabras algún rastro de ironía. “¡Éntrele también, ándele!”.

Nos encontramos en *Swingeros*, nombre de un club informal en donde se todas las semanas se realizan fiestas sexuales. En realidad, es una casa habitación que se ubica sobre una de las principales avenidas del sur de la ciudad. En el frente de la casa se tiene un local que los administradores han habilitado como expendio de tacos, en parte para disimular el giro verdadero de la casa y en parte para diversificar sus ingresos.

Swingeros lo atiende un matrimonio que se conforma por Laura, una espigada y discreta morena, y Mauricio, al que ni siquiera su permanente sonrisa le borra la ferocidad de la mirada. A quien llega al lugar sólo le basta cruzar unas palabras con él para intuir los problemas en los que se meterá si no se comporta según las *normas de urbanidad*. El es el que me recibe a la entrada. “¡Qué bueno que llegaste! Pásale. Todavía estamos esperando a tres parejas”. Luego de que me revisa que no traiga ni armas ni cámaras fotográficas, le pago los trescientos pesos de la entrada.

Me invita a tomar asiento en la estancia, en dónde veo a una pareja y a siete hombres solos más. Mentalmente hago cuentas acerca de los ingresos de esa noche: dos mil cuatrocientos de los *singles*, seiscientos de las cuatro parejas (la que está y las tres que llegan en el transcurso de la noche), hace una nada despreciable cantidad de tres mil pesos para una sola noche. Cada semana, *Swingeros* hace entre tres y cuatro fiestas, lo cual hace suponer que, con una mínima inversión (algunas botellas de tequila, vasos de plástico, refrescos), Laura y Mauricio tienen una ganancia neta de más de cuarenta mil pesos al mes.

La parte baja de la casa en donde se hospeda Swingeros está dividida en tres habitaciones: la estancia, que es donde los invitados conviven y participan en juegos y bailes, y dos privados en donde las personas que quieren *interactuar* con otras pueden gozar de un espacio más íntimo.

Las fiestas tienen la misma rutina: los convocados llegan entre las ocho y ocho y media de la noche, conviven, platican entre sí, se desinhiben. A las 9:00 de la noche llega un show de *topless* y *chipendale* que prende los ánimos de los invitados. Luego del espectáculo, Mauricio organiza juegos —principalmente de cartas especialmente impresas para la ocasión—, en dónde los invitados tienen que someterse a diversos tipos de castigo: los hombres pronto son desnudados y las mujeres son inducidas a cachondearlos. Hay una regla de oro: nadie está obligado a hacer lo que no quiere hacer; sin embargo, muy pocos de los invitados se resisten a interactuar.

Pronto, escenas como la protagonizada por Elena se multiplican por toda la casa, en los rincones se acumula la ropa y en los botes de basura, los preservativos usados. Mauricio y Laura vigilan todo con discreción sin participar en la fiesta. Se mantienen al margen, cuidando a sus invitados. Cuando regreso por mi ropa, encuentro que todo está en su lugar: la cartera, los celulares, el reloj. La seguridad —me comenta Mauricio—, es algo que para ellos es indispensable: nadie se ha quejado de haber sido robado en el club.

La política funciona: el grupo Swingeros es uno de los de mejor fama en el circuito de fiestas sexuales de la ciudad.

### **Las llaves del paraíso**

Las fiestas sexuales de este tipo son un producto de las que se realizan, desde hace años, en el ambiente swinger en el país. A

diferencia de éste, en donde lo usual es el intercambio sexual entre parejas, en las fiestas sexuales es más frecuente el sexo grupal. Tríos, cuartetos y sexo multitudinario, especialmente en su variante *gangbang*, que es definida por Wikipedia como un tipo de orgía en la que un individuo mantiene relaciones sexuales con varias personas por turnos, son prácticas frecuentes en este tipo de reuniones.

Sin embargo, esta clasificación no es tan rígida, pues dentro del ambiente de parejas liberales, que llegó a México aproximadamente en los años setenta y se consolidó en las décadas posteriores, también se consideran *swinger* los tríos, tanto de dos hombres con una mujer como los de dos mujeres con un hombre. La enorme diferencia que existe entre las prácticas *swinger* clásicas y las reuniones actuales es que en las primeras el factor económico no estaba presente.

En la página web [www.swingers.com.mx](http://www.swingers.com.mx), se hace referencia a un párrafo que explica a profundidad la esencia del concepto *swinger*: “A diferencia de “las relaciones abiertas” de los años 70 que promovieron la tolerancia a la infidelidad de los cónyuges (ÓNeill y ÓNeill, 1972), o el “poliamorío” (Wesp, 1992) - el amor entre mucha gente -, ser *swinger* es la actividad sexual no-monogámica, tratada como cualquier otra actividad social, que se puede experimentar en pareja. La monogamia afectiva, o el compromiso amoroso con el cónyuge o pareja, sigue siendo el punto focal. El practicar “*swinging*” se hace en la presencia de el (*sic*) esposo o compañero amoroso y requiere generalmente el consentimiento de ambos previo a la experiencia”

En general, hasta hace unos años, los contactos entre parejas *swinger* se daban en clubes privados, cines xxx, bares especializado y a través de publicaciones especializadas. Dichas mecánicas de contacto no eran muy distintas a las que

utilizaban —y utilizan—, otras minorías sexuales tales como los grupos lesbico-gays, travestis, bisexuales y afectos a prácticas sadomasoquistas.

Afortunadamente, para ellos, llegó la Internet, por lo que todos estos grupos pudieron contar con una herramienta invaluable para vivir su sexualidad de una manera más libre. Pronto se generaron páginas web especializadas, grupos de mensajes exclusivos, páginas de charla y demás instrumentos de difusión y contacto.

Las fiestas sexuales se han llevado a cabo en México desde hace décadas —e incluso desde hace siglos. Sin embargo, debido a la necesidad de discreción y, sobre todo, salubridad, hicieron que estas reuniones fueran de acceso restringido. Muy pocas personas que no estuvieran ya dentro del ambiente swinger —o tuviera un conocido en él—, podía entrar a aquellos paraísos de piel y sudor. Fue hasta hace pocos años —cuando mucho cinco—, cuando gracias a la red, algunas parejas tuvieron la posibilidad de organizar reuniones de acceso menos encorsetado. Nombres como Gus y Mary, Marcela y Alex o Diosa Greca aún suenan dentro del ambiente aunque algunos de ellos ya se retiraron.

Actualmente hay múltiples grupos que organizan fiestas de carácter sexual. La oferta de prácticas también es extensa, pues existen desde fiestas de intercambio y tríos heterosexuales hasta reuniones bisexuales, homosexuales y de travestismo; también se organizan reuniones sadomasoquistas o prácticas de sexo grupal en donde una mujer interactúa con tres o más caballeros.

Sin embargo, las opiniones acerca de estos grupos son muy divergentes. La conocida sexóloga Anabel Ochoa opina que estos grupos “No son más que un padroteo y un putero”, pues sostiene que dichas reuniones, y algunos clubes que se asumen

como swinger, han desvirtuado totalmente la ideología de tal movimiento.

Aparentemente, los organizadores de dichas fiestas se percataron en algún momento de la oportunidad de negocio que representaban los miles de *singles* ansiosos de participar en una fiesta de índole sexual. En dichas reuniones, donde es obligatorio el pago por derecho de participación, priva la modalidad conocida como *gangbang*, ya mencionada en líneas anteriores.

Para cualquiera que desee ir a alguna de estas reuniones, el camino es sencillo. Sólo tiene que tener una cuenta de correo electrónico pública (ya sea en los servidores Yahoo!, Google o Hotmail), y con ella inscribirse en algunas de las páginas de grupos especializados de dichos servidores. Una vez hecho esto, pronto le llegará un mensaje como el siguiente:

Paty primorosa y parejas mexico

[http://mx.groups.yahoo.com/group/club\\_amigos\\_de\\_paty\\_primorosa](http://mx.groups.yahoo.com/group/club_amigos_de_paty_primorosa)

Te invitamos a ser parte importante de nuestras ya tan gustadas tardadas de martes en donde todos, lo menos que se llevan es una cara satisfaccion que es imposible de disimular.

Nos cambiamos de domicilio debido a que ya no cabemos en el departamento y quienes han ido no me dejen mentir, así que por comodidad y también más seguridad cambiamos la sede.

Confirmadas 5 chicas para este día y por supuesto yo.

Y una sorpresa para todos !!!!!!!!!!!

Te esperamos ven y conocemos

La cita es en: xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

A las: 5:00 pm

Cooperacion: \$250.00

Parejas y chicas solas

Gratis reserva tu lugar al número

Paty: xxx xx xx

Armando: xxx xx xx xx xxxx

Odett: xxx xx xx xx xxxx

Cualquier duda, aclaracion, comentario, o lo que quieras,  
Llamame!!!!

<<<<<<<no contestamos mensajes de texto >>>>>>>

Por favor lleva tus condones son articulo de primerisima necesidad

Tu amiga de siempre

Paty primorosa<sup>2</sup>

El mensaje contiene todos los datos que el asistente necesita para asistir a la reunión. Puede presentarse en el lugar o, si tiene alguna duda, llamar a los teléfonos que se indican en él.

Una vez que llega al lugar, algún grandulón malencarado le abrirá la puerta y le pedirá la “cooperación”, la cual está bien indicada en el mensaje de correo que previamente le llegó. El interesado, entonces, esperará un rato hasta que lleguen los demás convocados. Para aligerar el tiempo, bien puede ir a darse una ducha al baño, o bien puede servirse un trago en la improvisada cantina que está en alguna de las mesas del lugar. A un tiempo, llegarán las anfitrionas vestidas para la ocasión: negligés, lencería con encaje, *baby dolls*. Luego de algunos juegos, el invitado tendrá relaciones tantas veces como lo permita su anatomía y su constitución.

---

<sup>2</sup>El mensaje ha sido editado con el fin de proteger la confidencialidad de las personas implicadas en él. También se ha manipulado el tamaño de la fuente de los caracteres. Todo los demás elementos se han copiado de manera literal.

En el ambiente de las fiestas sexuales en ocasiones no es tan sencillo diferenciar la línea entre lo puramente recreativo y lo ilegal. En muchos casos, el interés pecuniario de algunas parejas o grupos coincide con la necesidad de explorar su sexualidad de manera libre y diversa. Este fenómeno se muestra en los dos casos que se muestran a continuación.

### **La capital del sexo**

El hotel Senador, que se encuentra en la colonia Doctores, a una cuadra del monumento al lacónico general Cárdenas, es un inmueble construido en los años cincuentas. En sus instalaciones, ya mordisqueadas por la humedad y el descuido, se le notan pretensiones de hostel de gran turismo: alfombras que en su tiempo fueron rojas, paneles de madera, elevadores, barandales de caoba en las escaleras. Está ubicado en una de las zonas con más índice de criminalidad en la ciudad de México. Sin embargo, casi todos los días de la semana —y especialmente los viernes y sábados—, su estacionamiento está repleto de automóviles que van desde el taxi ecológico hasta la SUV Mercedes Benz. La causa de tan variopinta afluencia radica en que el Senador se ha convertido en la sede de por lo menos media docena de grupos que organizan fiestas sexuales.

Esa tarde de diciembre llego a la recepción y por “el cuarto de Grecia”. El empleado me cobra ochenta pesos y me indica un número de habitación. Me recibe un tipo rechoncho con camisa hawaiana y cuyas anchas esclavas hacen juego con el oro de sus molares. Me palmea la espalda mientras me cobra los consabidos doscientos cincuenta. “¡Quiúbo, cabrón! ¿Eres nuevo? Pásale, que ya mero salen las muchachas”.

A sus espaldas, en la otra pieza de la habitación, hay dos mujeres acostadas en la cama. Me ven con desgano. Pienso que la expresión de sus rostros y su actitud es idéntica a la de las sexoservidoras que atienden en las múltiples casas de masajes de los alrededores. Dentro de la otra pieza hay dos hombres más: un joven *yuppie* de traje gris y un cuarentón de camisa raída y brillantina en el cabello. También se encuentra otro de los anfitriones, vestido casi igual que el que me recibió, sólo que más viejo. Cuando salen las “muchachas”, tengo que reconocer que son mucho más guapas que el promedio de las asistentes a otras fiestas. A cada una le asignan a dos de nosotros; a mi me toca estar con una norteña alta y de senos generosos que gime cuando le beso el cuello. “Pero suavcito, que soy sensible”, me dice cuando le acaricio un pezón y comienza la alegría. Mientras *interactúo* con ella, tengo que reconocer que *Afrodita* y *Alma* —nombres de guerra— son más apasionadas y amigables que las mujeres con las que me he topado en otras reuniones. “Mira... es que una es secretaria de acá de una oficina y la otra creo que trabaja en estudios de mercado, o algo así”, me aclara luego Christian, el hombre que me recibió. “Neta que nomás lo hacen por gusto. Además se ganan una lanita entretanto”.

Charlo un rato con el anfitrión mientras nos recuperamos para el *recalentado*. Me comenta que colaboraba con otra pareja conocida en el medio, Mayela y Manuel, pero que decidió independizarse. “Es que el pinche Manuel es bien clavado con la lana. Nomás me daba bien poquito, y a las chicas, también. Cien baros nomás”.

Me comenta que su esposa quería asistir, sólo que motivos mensuales se lo impidieron. “Ayer que me enseña la bandera roja, May. Así mejor ni moverle. Si vienes la próxima semana te la presento para que estés con ella”

“Interactuar”, “servicio”, “privado”, “chicas”. Es notable lo parecidos que son los códigos de las fiestas y los de la prostitución establecida. Sin embargo, cuando se lo hago ver, Christian me replica con énfasis. “¡No! ¿Cómo crees? Si nuestra tirada es nomás crear un grupo de amigos, así íntimo, y hacer reuniones. Esto lo hago por mi esposa, [pues] a ella le gusta mucho este desmadre”.

Veo a Cristian y finjo estar de acuerdo con él. No sabe que he hablado anteriormente con Manuel, su ex socio, y que he tomado nota de lo similares que son las justificaciones de ambos “A ella le gusta. Sólo somos un grupo de amigos”. Me pregunto si cualquiera de los dos consideraría amigos a quienes se nieguen a pagar la tarifa establecida *para gastos de recuperación*.

En ese momento, desvió la mirada y me topo con Alma. Su cuerpo, de 1.50 de estatura, parece moldeado por algún dios alfarero; su piel brilla por el sudor y sus labios vaginales tienen la apariencia de dátiles recién cosechados. Me sonrío.

Doy por concluida la entrevista con Cristian.

### **Mi esposa es mi negocio**

Mayela decide darse un baño frente a mí. Deja la puerta de la regadera abierta para que pueda admirarle el menudo cuerpo, aún firme y sin marcas de maternidad a pesar de sus dos partos. El vapor comienza a llenar la habitación. Le pregunto si no le molesta que el agua esté tan caliente y ella lo niega con un movimiento de cabeza. Se lava con un estropajo de guaje, tallándose la epidermis hasta enrojecérsela. Se enjuaga la espalda y queda de frente a mí. Puedo verle las dos serpientes que le nacen en el ombligo para enroscársele en las piernas y que están dibujadas con esos trazos verdosos e irregulares que son tan característicos de los tatuajes de prisión.

“Manuel y yo tenemos dos hijos”, me comenta al tiempo que sale de la ducha. Lleva una toalla del hotel en la cabeza y el cuerpo desnudo a pesar de que su marido se encuentra a pocos pasos. “El mayor ya tiene casi quince ¡Ya me pasó de estatura!”. Se coloca frente al espejo para secarse los pies, haciendo que sus bonitas nalgas queden a pocos centímetros de mi nariz. Me dan ganas de acariciarlas otra vez, bajarme el cierre y penetrarla y así, darle otra excusa para ducharse nuevamente, pero me contengo. “Llevamos quince años de casados”, continúa. “Jamás hemos tenido ningún problema serio como pareja”. Mayela me ve desde el espejo y sonrío, pícara. Sabe que me ha puesto en un predicamento. A pesar de que acabo de hacerle el amor, su desenfado me sigue excitando. Se ríe. “Si no tuviéramos que irnos ya, me echaba un privado contigo”.

“Privado” Ese vocablo sólo lo he escuchado en las bocas de *teiboleras* y *masajistas*. Es raro escucharlo en una mujer que afirma organizar fiestas sexuales por gusto. Sin embargo, al platicarme la rutina de sus últimos dos días, comienzo a dudar seriamente que ella y Manuel lo hagan *sólo por gusto*. Mayela y Manuel llegaron al Senador aproximadamente a las cuatro de la tarde del día anterior. En la habitación ya los esperaban cinco caballeros que habían contactado previamente vía correo electrónico. Luego llegarían cuatro más. Una vez que estuvieron todos reunidos, Mayela y otra chica (cuya identidad me reservo), tuvieron sexo con los nueve invitados hasta la hora de la cena.

Una vez que acabó este primer evento, Mayela, Manuel y Ulises, amigo de la pareja, comienzan a ordenar la habitación: tienden la cama, esparcen aromatizante y habilitan el lavabo con botellas de tequila, refrescos y vasos desechables. Se apresuran, pues a las diez de la noche inicia el segundo evento del día: una fiesta *swinger*. Comienzan a llegar parejas de todas

las edades, hombres solos y una o dos mujeres sin compañía. Luego de un rato, cuando ya se juntó una buena concurrencia, Manuel organiza una actividad que no es sino una variante del juego de las sillas en versión de adultos. Los hombres, desnudos, se sientan en diversos puntos de la habitación mientras las mujeres asistentes, en ropa interior, hacen una ronda al ritmo de la música. Cuando esta se interrumpe, cada una de ellas se sentará encima de uno de los asientos humanos. Pronto, los ánimos se caldean, inician las caricias, los besos furtivos, las manos por debajo de la tanga.

El juego llega a su fin y aparece un *stripper* que se comienza a contonear frente a las damas. Ellas, ya excitadas, lo acarician mientras él se mueve al ritmo de *regeatón*. Finalmente una cincuentona, de cabello recogido, le baja la tanga y le pesca el miembro con la boca.

Todas las demás siguen su ejemplo con el primer hombre que tienen a mano. En pocos minutos, las dos camas de la habitación son un hervidero de manos, nalgas, senos, penes, pies y pelambres. Mayela, quien ha participado en los juegos bajo la mirada complaciente de su marido, es atendida por tres individuos en un sillón. Manuel se recrea un poco la mirada, luego se desnuda y se une a un trío cercano.

“Me da gusto que hayas venido hoy”, me dice Mayela mientras se viste. Al lado se encuentran las ropas que utilizó en la reunión de la noche anterior: un disfraz de *catwoman* hecho de plástico y un *baby doll* de encaje. Ve el reloj y se apresura.

El segundo evento de Mayela y Manuel terminó ya entrada la madrugada. Una vez que el último invitado se fue, se dispusieron a dormir unas cuantas horas. Debían descansar, en especial ella, pues a las diez de la mañana habían citado a otro grupo de amigos. Luego me explicaría Manuel que “A *Maye* se le antojó un *ganbang* mañanero”.

Esa mañana de sábado estuvimos cuatro hombres con *Maye*: Manuel, Ulises, un invitado vía Internet, y yo. Ella nos atendió sin quitarse el *baby doll*, recibiendo nuestros miembros alternadamente. Mientras uno la penetraba por atrás, otro le colocaba el pene entre las manos al tiempo que Manuel le dejaba el suyo al alcance de la boca. En tanto, el cuarto —impaciente por participar—, se masturbaba al lado para no perder la erección. Para ese momento, Mayela había recibido un promedio de entre quince y veinte miembros en menos de veinticuatro horas, la mayoría de perfectos desconocidos. Aún así, la amable mujer seguía moviendo sus afanosas caderas sin mostrar cansancio.

“¿Vas a venir la semana que entra?”, me pregunta Mayela, ya perfectamente vestida con una blusa de algodón y unos jeans que la hacen ver como cualquier ama de casa clasemediera. Al verla, nadie se podría imaginar lo agitado de sus horas anteriores. “Nosotros ya nos vamos: tenemos que llevar a los niños a pasear”, me comenta con algo de fastidio. “¿No te has cansado?”, le pregunto. “Sí, pero... ¿Qué le podemos hacer? Hay que atenderlos también”. Me da un beso en la mejilla que siento sincero y va a encontrarse con su marido al estacionamiento.

### **El lenocinio light**

Ciertos grupos que organizan fiestas de carácter sexual navegan por el filo de la ilegalidad. A pesar de que, en los casos expuestos, la participación de las mujeres se da sin coerción aparente y con pleno consentimiento, el Código Penal del Distrito Federal estipula, en su artículo 189, que cae en el lenocinio quien: I. Habitual u ocasionalmente explote el cuerpo de una persona u obtenga de ella un beneficio por medio del comercio sexual; II. Induzca a una persona para que comer-

cie sexualmente con su cuerpo con otra o le facilite los medio para que se prostituya; o III. Regentee, sostenga o administre prostíbulos, casas de cita o lugares de concurrencia dedicados a explotar la prostitución, u obtenga cualquier beneficio con sus productos”.

Si tomamos de manera literal la letra de la ley, llegamos a la conclusión de que los organizadores de dichas fiestas incurren en este delito, arriesgándose a una pena de entre dos y cinco años de cárcel. Sin embargo, debido a las características de los grupos que organizan dichas reuniones, es difícil aplicar las sanciones correspondientes. La frontera entre las prácticas sexuales libres y la abierta comisión del delito sigue siendo muy difusa. Será necesario, entonces, una revisión del marco legal y una escrupulosa vigilancia hacia quienes generan los edenes sexuales en la Ciudad de México, esto con el fin de que no se caiga en delitos más dañinos tales como la prostitución de menores o el lenocinio abiertamente forzado.

Solo así, el paraíso seguirá siéndolo.

## LA VEJEZ: UNA NUEVA OPORTUNIDAD

Juana Reyes

*Lo importante no es si uno es viejo  
sino cómo es uno viejo.*

Proverbio chino

Ella tiene 60 años, se llama Toña. Él, es Memo. El pasado mes de junio cumplió 77. Se conocieron hace seis meses en el Club de la senectud de Chapultepec. El día que Memo la vio llegar por primera vez se dijo: “Qué mujer más linda e interesante”. Memo comenzó el cortejo enseñándole los pasos básicos del danzón. Toña, con coquetería, simplemente se dejaba llevar. Entre ellos se dio una relación de camaradería, confianza, respeto y admiración mutua. Hoy en día, Memo y Toña forman una pareja en la cual la experiencia de los años es el principal lazo de unión.

La historia de la cinta cinematográfica *Elsa y Fred* ocurre todos los días. Elsa y Fred son personajes con un nombre y un rostro diferente que circulan entre los pasillos de los centros culturales de la tercera edad. Ellas son como Elsa, vivificante, pícara, optimista. Ellos a veces se parecen a Fred, dispuesto a dejarse llevar por Elsa, aún a pesar de sí mismo. “Después del amor, la amistad es lo más valioso que nos ofrece al vida”, aseguraba con sabiduría el escritor Henry Miller.

La senectud representa para muchos ancianos y ancianas, la oportunidad de considerar su edad como el momento adecuado para realizar planes que habían estado postergando, como estudiar, divorciarse o conocer un nuevo amor. Hoy se

sabe que la capacidad para estudiar no disminuye con la edad, si acaso sólo la rapidez para hacerlo. En estos tiempos, donde la batalla contra los tabúes es abierta, un sector importante de la sociedad vive consciente de su necesidad de ternura y afecto, y de que ésta no sólo pertenece a los jóvenes; los años no adormecen los sentimientos.

Los avances en ciencias como la Medicina y la Psiquiatría nos permiten conocer que la erección del miembro viril tarda un poco más en llevarse a cabo, pero se mantiene por más tiempo; que el deseo sexual femenino, acompañado de ternura, permanece hasta más allá de los ochenta años; que la capacidad de amar no se pierde; que es posible modificar conductas con información adecuada para eliminar culpas, miedos, angustias o ansiedades, producto de una educación deformada, que quizá afectó gran parte de una vida, señala la psicóloga Leticia Chávez Zamudio, directora del Centro Cultural de la Tercera Edad San Francisco, dependiente del Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam).

“Es cierto”, agrega, “en torno a este tema se hace necesario romper con muchas ideas distorsionadas. Cuando aquí —en el centro de convivencia— se habla sobre la sexualidad en adultos mayores, ellos preguntan sorprendidos: ‘¿sexo a nuestra edad?’ Y la realidad es que las sensaciones están allí, dentro de ellos, pero nuestros viejos y viejas no se permiten sentir sus necesidades, por culpa, por tabú o por vergüenza, dicen que de eso no se hablaba en sus tiempos. Es necesario trabajar mucho para modificar estas conductas con una información adecuada que coadyuve en la eliminación de culpas, miedos, ansiedades y angustias”.

En el despacho cuyo piso, literalmente, está tapizado con los libros escritos por sus autores predilectos —Juan Carlos Onetti, Vicente Leñero, Jorge Luis Borges, Bioy Casares, Pa-

blo Coelho, Charles Dickens, entre muchos otros— Memo comenta con sonrisa rejuvenecida cómo el enamoramiento ha cambiado su vida:

—Antes, mi existencia era pálida, anodina, grisácea. El cambio es radical, mi vida está saturada de emociones, puedo realizar todas mis actividades pensando en ella.

Memo estudió Letras Hispánicas en la UNAM, practicó el periodismo cultural e impartió talleres de lectura. En la actualidad trabaja como defensor de contribuyentes particulares ante la administración pública. Sus ingresos son medianos, “no percibo si no trabajo”, dice como al descuido; pero gana su dinero sin dificultad, sin una excesiva carga de responsabilidades. “Sería agotador para mí volver a las clases de Filosofía en la universidad, a las de Redacción en el CCH, o a las de Creación Literaria en casas de cultura”. Hoy, Memo tiene un objetivo: conservar la salud para estar con Toña el mayor tiempo posible, pues a pesar de poseer la presión arterial de un hombre de treinta y la agilidad de uno de cincuenta, si le llegara una enfermedad, no aceptaría ser el causante del sufrimiento de Toña. Me mira con fijeza, calla, y unos segundos después su voz se torna tan inaudible que se pierde entre las paredes del pequeño despacho: “Qué tremendo, ¿verdad?; pero muchos de mis compañeros han muerto ya”. Sus ojos brillan con un destello distinto al de las lágrimas. No es tristeza lo que comunica su semblante, detrás de los vidrios de los lentes una chispa relampaguea:

—Mi único deseo es vivir lo que me resta de vida con mi amor, siempre y cuando a ella esto no le constituya un sacrificio.

Para vivirlo con el amor recién encontrado, Memo desea un futuro digno. Para él, un sinónimo de dignidad es tener acceso a dos rubros fundamentales para el completo desarro-

llo de cualquier ser humano: los bienes de la cultura, como conciertos, teatros, música grabada original, que es muy cara, dice, así como servicios médicos eficientes y económicos para la tercera edad.

Pareciera que la vida no le pesa a este hombre de casi ochenta años, su cuerpo esbelto, flexible, no los acusa: practica –con ella– la caminata, el frontón y el baile de salón. “A mi edad, siento como si tuviera 20 o 25 años menos”, revela entre divertido y orgulloso. Memo cumple a cabalidad las sentencias del ensayista William Hazlitt en su obra *Sobre el sentimiento de inmortalidad en la juventud*: “La sinceridad, el amor, la amistad, los libros son también prueba contra el cáncer del tiempo y mientras vivamos sólo para ellos no podremos hacernos viejos”.

### “Detesto las palabras viejo y abuelo”

La vejez es el momento en que una persona adquiere plena conciencia de que el camino no sólo no se ha recorrido, sino también de que ya no hay más tiempo para recorrerlo. Así pues, mientras los jóvenes derrochan la vida, los viejos y las viejas la explotan, la exprimen, para extraerle hasta la última gota. Como dice el escritor Henry Millar: “el mañana no existe, ya viví todos mis ayeres y todas mis mañanas; por el momento sólo me mantengo a flote”.

“La vejez es un camino que todos vamos a agarrar algún día”, dice la septuagenaria María de Jesús López, y para darle contundencia a sus palabras señala con el índice cada rincón de su cocina en donde, evidentemente, se siente a gusto y, enseguida, con una sonrisa de complacencia agrega: “Por eso, lo mejor es acordarnos, cuando somos jóvenes, que no todo el tiempo vamos a tener juventud, para después no andar causando lástimas por no tener un rincón en dónde meternos. Por

eso trabajé muy duro toda mi vida, para que cuando llegara a esta edad tuviera una casa para hacer en ella lo que yo quisiera. No me gustaría terminar en un asilo”. En gran parte de los casos, el ser humano planea su vida como si nunca fuera a envejecer, a pesar de ser la vejez un fenómeno biológico, histórico y social.

El Instituto Nacional de Geografía e Informática (INEGI) alerta que dentro de veinte años uno de cada diez habitantes será de la tercera edad. El destino nos alcanzará muy pronto, por ello es prioritario erradicar mitos, estereotipos y falsedades con respecto a esta fase evolutiva del ser humano. Vejez no es –no debería ser– equivalente a enfermedad, pérdida de las facultades físicas y mentales, aislamiento de la sociedad, incapacidad sexual o imposibilidades para razonar o recordar. Es verdad que estas características suelen presentarse pasados los sesenta años, pero no son inevitables, y tampoco irreversibles. Está comprobado que los deseos y los sentimientos no cambian, siempre son los mismos, tanto entre los jóvenes como entre los ancianos.

Luis Borja, cuyo nombre de batalla entre el gremio de la caricatura es Borja, tiene como lema: “La vejez no es un pretexto para limitarse”. “Detesto las palabras viejo y abuelo. Una persona no tiene por qué sentirse acabada o vieja, ni deprimirse, pues a más edad, considero que existen más motivos de alegría que de tristeza.”

Borja coincide en cierta manera con la Henry Miller, quien a los 80 años confesaba ser una persona mucho más alegre que cuando tenía 20 o 30. La juventud, decía, puede parecer gloriosa, pero también duele sobrellevarla.

La similitud entre la vida de Borja y la de Miller es notoria. Ambos iniciaron su carrera literaria tardíamente. El autor de *Trópico de Capricornio* lo hizo a los 40 años, cuando decidió

ir a vivir a París, donde se dedicó a escribir; Borja, a los 65, al descubrir que existen otras formas de comunicar emociones, además de las gráficas.

El caricaturista recibió el llamado de la literatura mientras se encontraba en Cancún, lugar donde trabaja durante la temporada alta haciendo caricaturas a los comensales de un restaurante de lujo. “El huracán había dejado desierta la playa y eso me entristeció”, narra con voz pausada. Al observar que una familia recién llegada se colocaba junto a él teniendo toda la orilla del mar a su disposición, se dijo que escribiría su sentimiento de regocijo por parecer confiable para otros seres humanos. Y ocurrió el milagro: descubrió que podía narrar, describir. Nació entonces su primer poema, al que le seguirían otros más, pues sentía “como si alguien me dijera ‘siéntate: yo dicto’. Así lo hago, y en efecto, comienzan a fluir cosas locas, es una necesidad de escribir lo que tengo en el cerebro.”

Para Borja, el descubrimiento de que puede comunicarse a través de la palabra escrita es, además de una sorpresa, una bendición: escribiendo es como llena las horas que pasa lejos de su esposa, quien vive en el DF, mientras él se gana la vida en aquella ciudad del Caribe. Señala que aun cuando está acompañado de 2 de sus 3 hijos, es a ella a quien extraña y a quien dedica casi todo lo que escribe.

“Soy curioso y observador aunque a veces me dé vergüenza”, dice el caricaturista Borja, quien como Henry Miller, al hablar de su afición literaria la justifica como una inagotable curiosidad que siempre tuvo. “Tal vez fue esa curiosidad lo que me convirtió en el escritor que soy”, analiza el escritor más controvertido de los Estados Unidos en su ensayo *Al cumplir ochenta*.

Para Borja, el análisis de la vida también es imprescindible. Cuando se juzga a sí mismo, a veces se lamenta “por ha-

ber estado tan cerrado”, y se pregunta cómo hubiera sido su existencia de haber tenido la oportunidad de estudiar, no sólo una carrera literaria, sino también la instrucción preparatoria, pues confiesa: “no fui a la universidad por falta de dinero.”

Con la parsimonia que sólo se logra con los años, Borja externa su filosofía: “El ser humano tiene que llegar a cierta edad para valorarse, para reconciliarse con su universo, para renovarse”. En efecto, para sentirse libre, sano e intenso, para frotar la lámpara y esperar al genio con paciencia, para equivocarse y no lacerarse con la culpa basta creer, como dice el filósofo italiano Norberto Bobbio, que “hay innumerables formas de vivir la vejez: la aceptación pasiva, la resignación, la indiferencia, el disimulo de quien se obstina en no ver las propias arrugas y el propio debilitamiento y se impone la máscara de la eterna juventud.” Borja no parece ser ni resignado ni indiferente, luce sus arrugas y sus canas con aceptación, pero con el convencimiento de que sólo de él depende seguir sintiéndose joven. Y se esfuerza día con día para lograrlo.

### **La tercera edad en el tercer milenio**

A la mitad del siglo XXI, habrá 300 millones de ancianos y ancianas en el mundo. La disminución de jóvenes y niños está causando alarma entre los estudiosos del tema. Por esta razón en los últimos años, se han llevado a cabo diferentes estudios sobre ancianidad en varios continentes. En algunos países de América Latina, como Perú y Chile, se lucha por acrecentar el respeto hacia las personas mayores. José Luis Ysern de Arce, de la Universidad del Bio-Bio en Chillán, Chile, sostiene en su investigación para el *Seminario sobre la inteligencia emocional en el adulto mayor*, que es necesario crear planes en programas universitarios para enseñar al estudiante joven a manejar sus

emociones. Si se enseña como materia desde la juventud, sostiene el especialista, daría una mayor predisposición para el éxito durante la vejez; esta preparación brindaría a los senectos la oportunidad de vivir esta etapa de su vida como un periodo más de crecimiento.

En México, según el INEGI, hay casi un millón de personas mayores de sesenta años, de las cuales un sesenta por ciento vive en condiciones de pobreza; el setenta sin pensión y, el restante treinta por ciento sin nadie que las acompañe. Aún no somos un país de viejos, pero dadas las predicciones bien vale la pena prepararse.

Ante este panorama, los talleres que imparte el Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam) pueden ser una excelente manera de reincorporar y revalorar a los hombres y mujeres mayores que se acercan a estos lugares en busca de compañía y un deseo de obtener habilidades, que nunca antes pensaron que podrían desarrollar.

Se dice que la mayoría de las personas nos comportamos de acuerdo con lo que se espera de nosotros y, en ese sentido, en el Inapam, se da al adulto mayor el respeto y el valor que éste se merece, de acuerdo con declaraciones de algunos usuarios. Por otra parte, en estos espacios muchos ancianos y ancianas se reencuentran, hacen amigos y, muy frecuentemente, se celebran bodas.

Angélica María Razo, directora de Recreación y Actividades Culturales del Inapam afirma que hay alrededor de 5 mil usuarios diseminados en los 118 centros comunitarios de la ciudad, donde reciben, en diferentes horarios, capacitación y distracción en materias como lenguas extranjeras, computación, yoga, gimnasia, danza regional, bailes de salón, coros, elaboración de vitral y pirograbado, entre otras actividades.

Asimismo, en algunos clubes de la senectud se ha abierto para ellos el taller de lectura *Historias de vida*, donde el adulto mayor adquiere la comprensión necesaria para convivir de manera armoniosa con los demás. Los ancianos y ancianas, a veces, necesitan que alguien les muestre que existen otras formas de convivencia para hacer más llevadera su vida, asegura la psicóloga Razo.

Cada sociedad determina cómo tratar a sus viejos y viejas y se compromete o no para darles las condiciones a que tienen derecho, de acuerdo con sus antecedentes sociales, económicos y de educación. En algunos países, en busca de cambiar de manera radical ciertas conductas en detrimento de estas personas, los clubes del adulto mayor ayudan a que el anciano adopte el sentido de la pertenencia para seguir desarrollándose como individuo, aseguran los psicólogos de la Universidad Nacional de San Agustín Arequipa, Perú, Freddy Enrique Cutipa y Érika Scheneider, en su trabajo *Tipo, calidad y frecuencia de las relaciones sexuales en el adulto mayor*.

La puesta en marcha de la Universidad de la Tercera Edad responde a la demanda de muchos ancianos y ancianas por un lugar de formación de sistema no escolarizado. En este recinto, según el delegado en Benito Juárez, Germán de la Garza, se impartirán materias como Finanzas, Contabilidad, Historia del Arte, Computación y Geriatría, aunque no tendrán un reconocimiento oficial. sin necesidad de reconocimiento oficial.

La Universidad del Adulto Mayor, que estará terminada entre los meses de septiembre u octubre del año en curso, inició sus actividades el pasado enero impartiendo la materia de Geriatría. Sin embargo, un anciano requiere no sólo que le recuerden en todo momento que es viejo, sino también que le respeten y le reconozcan sus aportaciones a la sociedad.

En México, la lucha por dar a los viejos —aunque la palabra duela —una mejor calidad de vida, está en sus inicios. Sólo basta recordar que allá por el mes de agosto de 1979, cuando se creó el Instituto Nacional de la Senectud —hoy Inapam— se tenía entre sus objetivos el fortalecimiento de los servicios en todo el país, así como la fundación de la Universidad de la Tercera Edad. Durante los primeros ocho años, se logró consolidar apenas seis albergues, 38 clubes y cuatro residencias diurnas en el DF y área metropolitana. A casi treinta años de aquel proyecto resulta imprescindible la creación de muchos más servicios para el adulto mayor, la formación de miles de geriatras y un presupuesto que permita cristalizar tales proyectos.

## HIJOS DEL ASFALTO

Miguel Ángel Vega Trujillo

Esa noche ahí estábamos todos, al pendiente de lo que sucedía. El dolor de la joven cada vez era mayor y sus contracciones más frecuentes. Mientras unos trataban de tranquilizarla, otros corrían al Oxxo más cercano a comprar un garrafón de agua. Los demás, por su parte, conseguían cobijas y ropa lo más limpia posible, por si la ambulancia que habíamos ido a buscar el “Gordo” y yo, no quisiera recoger a Rosa, alias la “Chata”, una de las casi 5 mil jóvenes que viven en las calles del Distrito Federal.

“Rosa está muy hinchada y le duele mucho”, explicó el “Gordo” a uno de los paramédicos de la ambulancia que llamamos. Éste no prestó atención, sólo volteó a ver a su compañero y sonrió disimuladamente. “Váyanse a la verga”, dijo el “Gordo” enfurecido al mismo tiempo que me hacía una seña indicándome que lo siguiera. Así lo hice, caminé media cuadra atrás de él, pensando en qué era lo correcto.

Ahí, le pedí que me esperara, di la vuelta y regresé a donde los paramédicos. La ira había hecho que me olvidara de mi condición de infiltrado. Les expliqué que la chava embarazada al parecer sufría preclamsia y que si no la atendían su vida estaría en riesgo y ellos serían los responsables.

Haciendo gala de prepotencia y patanería, se echaron a reír y uno de ellos, el más viejo, me contestó: “esta ciudad hay

muchas ambulancias”, y que cómo pretendía responsabilizarlos a ellos si ni siquiera sabía leer. “Además, quién le va a creer a un pinche drogadicto mugroso y callejero”.

Esas palabras me recordaron mi apariencia. Efectivamente, parecía “un pinche drogadicto mugroso y callejero”, lo que significaba que mi caracterización había sido efectiva y podría seguir con mi trabajo de observación encubierta a los chavos de la calle.

Ya enardecido y a riesgo de echar abajo la investigación, les dije que sí sabía leer, que ya había copiado la matrícula de la ambulancia y que si no atendían a la muchacha los denunciaría. Luego, les advertí de la investigación que realizaba mientras les extendía mi credencial de la escuela.

En ese momento, sin chistar encendieron su sirena y me pidieron que los guiara hasta donde estaba la paciente. Recogimos al “Gordo” y fuimos a toda prisa hasta el lugar, donde Rosa estaba a punto de dar a luz.

Sin decir ni una palabra fuera de las preguntas rutinarias, los paramédicos revisaron el estado de la chica de 16 años, le pusieron un suero intravenoso y la subieron a la ambulancia. La llevaron a un hospital de salubridad. El “Gordo”, papá del bebé a punto de nacer, los acompañó.

Cuando se dejó de oír la sirena de la ambulancia, quienes nos quedamos en la guarida comenzamos a platicar cómo es que conocimos al “Gordo”. Llegó mi turno.

### **La infiltración**

Yo soy Miguel, pero todos me dicen “Bofe” desde que un día me aplastó un hígado de res que me dejó impregnado de su fuerte olor. Vengo del Estado de México, ahí nací y viví hasta los 8 años. Vivo en la calle porque un día, cuando salí de la

escuela temprano, llegué a mi casa y encontré a mi mamá —“cogiendo” con el señor de la tienda. Cuando don Pepe me vio, se subió los pantalones, dejó un billete en la mesa y se fue. Mi mamá me miró y enfurecida me golpeó hasta que se cansó. Me golpeó por última vez.

Ese día salí de casa y ya no regresé, viví en las calles de Ecatepec hasta los 18, luego me vine para la ciudad porque quería trabajar. Un día, caminaba por el Eje Central, a la altura del metro Salto del Agua y me estaba muriendo de hambre, entonces compré una torta gigante. Al principio el tortero no me la quería vender, pero cuando le di el dinero me la preparó en seguida.

Ya con mi torta me fui a sentar a un lado de la iglesia de San Judas Tadeo, pero de ahí me corrieron los limpiaparabrisas que se juntan en ese lugar y me dijeron que me fuera de ahí si no quería una madriza. Decidí ir a la fuente que está frente a la iglesia, cruzando el eje; me senté y comencé con la torta cuando sentí una palmada en mi hombro. Era un chavo de aproximadamente 19 años que me pidió una mordida, le ofrecí la mitad, la tomó, se sentó junto a mí y comimos juntos.

—¿Cómo te llamas?— me preguntó.

—Miguel, pero me dicen “Bofé”. ¿Y tú?

— A mí todos me dicen “Gordo”.

—Ah.

—¿De dónde eres?

— De allá, por Ciudad Azteca.

— Ah cabrón, y ¿qué haces acá?

— Vine a buscar trabajo.

—No mames, encontrar trabajo va’star cabrón, nadie quiere dar trabajo, ya ni de cargador.

—Pues sí, de eso ya me di cuenta, por eso estoy como tú, güey, viviendo en la calle.

—Y ¿dónde te estás quedando? o bueno, ¿con quién?

—La he rolando solo.

—Se ve que eres banda, por qué no te vienes conmigo, yo y mis cuates tenemos un lugar donde puedes acomodarte. Además, ya vienen las aguas y ahí no te vas a mojar. Vente, yo te presento a la banda, si no nadie te va a dar chance de vivir con ellos o te van a querer madrear. En ese momento, al oír la posibilidad de una madriza, la cabeza me dio vueltas y decidí mejor seguir mi camino.

Ya estaba cayendo la noche y comprendí el significado de “ya vienen las aguas”. Cayó tremendo aguacero que me dejó totalmente empapado. Primero busqué refugio bajo la marquesina de un negocio, de la que me corrieron literalmente a patadas, luego lo intenté en la famosísima Plaza del Sexo, pero ahí ni me dejaron pasar. Así fui buscando hasta que llegué a un edificio de gobierno, donde a pesar de que había muchas personas, nadie me dijo nada.

Esa noche fue la peor, tras haber quedado mojado hasta los calzones, poco a poco sentí cómo la garganta se me iba irritando y se me congestionaba la nariz. Ya por ahí de la una de la mañana, cuando las ratas y las cucarachas gigantes son las dueñas de las calles del centro, caminé hasta la estación del metro Pino Suárez y en una reja de escape de aire, —me quedé solo en ropa interior, puse a secar mi pantalón, mi playera y mi suéter con el aire caliente que salía del subsuelo.

—¡Bofe... Bofe... eh!—. —Era El Gordo quien me hablaba. Yo volteé y con cierta alegría le saludé asintiendo con la cabeza. Con ironía me recordó la invitación a irme con él y sus cuates.

El “Gordo” es un chavo moreno, quemado por el sol y oscurecido por la mugre de varios días. Es alto, como de 1.80 metros. No es del todo gordo, más bien es robusto y muy fuer-

te, pues desde los 10 años había trabajado de cargador en la Central de Abasto. Era el líder de un grupo de nueve chavos, cinco hombres y cuatro mujeres, todos entre los 13 y 17 años que viven en un edificio abandonado en una calle del centro.

Al “Gordo” le gusta la fruta. Aquella noche venía cargando un costal lleno de frutas y algunas verduras, lo acompañaban un par de chavos, el “Gorras” y el “Gato”, quienes me miraron con suspicacia de arriba a abajo y luego se rieron diciendo entre carcajada y carcajada que parecía pollo mojado. Luego de un rato de risas, El “Gordo” reiteró la invitación. Esta vez aunque todavía con un poco de inseguridad, acepté y me fui con ellos.

Al llegar a la guarida la escena era desoladora. La familia vive entre basura, ropa vieja y cinco perros. Al fondo había un colchón matrimonial en el que estaba acostada una muchacha embarazada quien recibía calor de un perro flaco y lanudo, al que llamaban “Negro”. Del otro lado, estaba un sillón en el que se acomodaban el “Conejo”, un chavo dientón, abrazado a una niña como de catorce años, la “Flaca”, quien hacía honor a su apodo. Estaban inhalando “monas” mojadas con solvente.

Acostadas en una esquina estaban la “Toña” y la “Frida”. Ellas son gemelas. La “Toña” es chaparrita de cabello corto, delgada, un poco empanzonada quizá por causa de parásitos en el estómago. La “Frida” es un poco más gordita, quizá está embarazada, pero ella aún no lo sabe.

En ese orden, el “Gordo” me los fue señalando, lo que resultaba una presentación, luego les dijo que yo era el “Bofe” y les contó a todos mi historia. Ellos me vieron, todos excepto Rosa que ya estaba dormida. Por un instante, al saberme el centro de sus miradas me sentí fuera de lugar, como si mi pantalón de mezclilla que dejé de lavar con un mes de anticipación, la playera vieja con la que solía hacer ejercicio, el par de tenis rotos,

sucios y viejos, mi suéter talla 45, mi barba, pelo y uñas crecidas y llenas de mugre artificial no fueran suficientes para sentirme y para que me sintieran parte de ellos.

Después de repartir la fruta nos fuimos a dormir, todos en el lugar donde estaban cuando llegamos: El “Gordo” se acostó junto a Rosa, el “Gorras” y el “Gato” se amontonaron con la “Toña” y la “Frida” respectivamente. A mí me tocó a un lado de la puerta sobre unos cartones.

Intenté mantenerme despierto pero al final el sueño me venció y me quedé dormido.

### **La organización**

A la mañana siguiente, fui el primero en despertar, no soportaba la comezón en el cuerpo, las pulgas del perro que se acurrucó junto a mí, me picaron, —dejándome ronchas en los brazos y piernas. Salí al sol, me quité la ropa y la sacudí para que se cayeran las pulgas—. No resultó del todo pues durante toda la semana seguí sintiendo los piquetes. Para colmo, la gripe ya me había empezado.

Poco a poco fueron despertándose todos y parecían, a fuerza de costumbre estar más adaptados a la convivencia con esos insectos que, según el doctor Ricardo Solórzano, médico pediatra del hospital de Tacuba, son transmisores de difteria y pueden ser de alto riesgo para los niños.

Cada uno tenía una actividad con la que satisfacían sus necesidades y cooperaban para las del grupo. El “Gorras” y el “Conejo” se fueron a un crucero a limpiar parabrisas. El “Gato” agarró su bote de activo, un bulto de vidrios rotos y se fue al metro a hacerla de faquir. Con la “Flaca” casi ni se podía contar, ella la mayor parte del tiempo estaba drogada o mejor dicho “apendejada por el activo”, como dice el “Gordo”.

—No es que nosotros no lo hagamos— explicó el “Gordo”— lo que pasa es que a la pinche Flaca ya no le funciona el coco. Antes era bien chida y le echaba ganas, solo que pus no ‘más no la supo hacer y así se quedó. Yo le digo al “Conejo” que no mame, que si no deja esa chingadera se va a quedar igual. De aquí, la única que ya no le hace tanto a eso es la Rosita, pero a veces no se aguanta.

El “Cheto”, a quien yo no conocía, llegó en ese momento “a despedirse de la banda”. Llegó bañado y con ropa limpia, dijo que había encontrado trabajo y casa al mismo tiempo, con un señor que conoció en la esquina donde se ponía de traga fuego. Dejó un billete de doscientos pesos y dijo que eran para el bebé. El “Gordo” le tendió la mano y se dieron un fuerte abrazo. Cuando salimos a despedirlo, las chavas no pudieron evitar echarse a llorar. Era una mezcla de sentimientos, por un lado estaba la alegría de que el “Cheto” —paradójicamente— saliera de la calle y por el otro la tristeza de que nos dejara. Todos le deseamos suerte y él a nosotros también. Subió a un camión que decía “Circo de los hermanos Roldán” y desde la ventanilla agitó la mano hasta que lo perdimos de vista.

La “Toña” y la “Frida” se fueron a buscar comida, cada una por su lado, entre los puesteros, pues a cambio de tirar la basura algunos les regalan hamburguesas, *hot dogs* o hasta un pan corrioso. En ocasiones, cuando las cosas no andan bien, se prostituyen a cambio de unas monedas que apenas les alcanza para su bote de solvente. Ellas forman parte de las cifras de la Casa Alianza, que atiende en promedio a mil 800 niños de la calle anualmente. Esta casa hogar revela que entre el 50 por ciento y 60 por ciento de los niños y niñas de la calle se prostituyen tienen problemas de adicciones

—Tú haz lo que siempre haces, pero recuerda que tienes que traer algo para los demás— me dijo el “Gordo” al tiempo

que ayudaba a la “Chata” a sentarse. –Yo me voy a quedar aquí, no quiero dejar sola a Rosa. Hasta la noche voy por más fruta.

Salí a la calle y no se me ocurrió hacer otra cosa más que juntar latas de aluminio, cartones y todos los desperdicios que pudiera vender después. Luego regresé por el costal de la fruta y comencé mi labor.

Durante el día, algunos chavos se me acercaron a preguntar que con quién andaba, cuando les decía que con el “Gordo”, algunos me dejaban en paz, pero otros me decían que me fuera a la verga de ahí o que si no me madrearían y, por supuesto, yo les hacía caso.

La ley de la calle es sobrevivir a como dé lugar, para ello hay que comer lo que uno pueda y cuando se pueda, pero en el grupo hay otras normas, como la de cooperar con algo para los demás, ya sea comida, un cartón o un poco de solvente.

Por la noche, cuando llegué a la guarida ya todos estaban ahí, mostrando a los demás lo que habían traído. Me senté junto a a “Flaca”, quien en seguida me ofreció de su mona. Todos me veían y yo les expliqué que estaba jurado y que no quería ofender a la virgencita. Ellos comprendieron.

A pesar de que ya estábamos muy cansados, el “Gordo” nos pidió al “Conejo” y a mí que lo acompañáramos por fruta y no nos quedó de otra. El “Gorras” y el “Gato” habían ido la noche anterior. Caminamos hasta la Central de Abastos. El Gordo la conocía a la perfección, sabía qué y dónde buscar. Mejor dicho sabía dónde encontrar lo que buscaba, pues entre tantos kilos y kilos de desperdicio, siempre se encuentra fruta y verdura en buen estado. Además, conocía también a los pepenadores quienes le daban permiso de llevarse la fruta que quisiera sólo porque era “hijo de la Central”. Yo aproveché para recoger algunos costales para las latas, el cartón y todo eso.

Si la ida fue pesada, el regreso fue peor. Cargando un costal repleto de fruta, el camino se me hizo inacabable, y digo inacabable porque a ellos se les hizo menos pesado por andar inhalando aquel solvente de una botella metálica color amarillo.

Esa noche pude dormir bien, el cansancio impidió que las pulgas, el perro o el frío me despertaran. Caí en un sueño tan profundo que hasta la gripe se me olvidó. Claro, hasta el día siguiente, cuando todo volvió a ser igual, cada uno a nuestras ocupaciones: el “Gorras” y el “Conejo” a limpiar parabrisas, la “Toña” y la “Frida” a buscar comida, la “Chata” en la guarida por su embarazo, el “Gordo” a cuidarla y la “Flaca”, bueno, ella mejor que se quedara a ayudar al “Gordo”.

Así pasaban los días y las noches, casi como una rutina en la que lo único que variaba era la cantidad de comida o la ausencia de ella.

En una ocasión, cuando logré vender un par de kilos de latas de aluminio, llegué de noche a la guarida con tortas para todos. La alegría que sintieron se reflejó en sus ojos. Me observaban con la misma mirada que tiene un niño cuando abre sus obsequios en Navidad y las devoraron con toda la ansiedad que su apetito les exigía.

Por la noche, cuando ya todos estaban dormidos, sentí una mano que recorría mi entrepierna. Abrí los ojos y no pude evitar el sobresalto al ver que era la “Toña”. Me dijo que quería pagarme la torta, se acostó junto a mí, se subió la falda y abrió las piernas.

En ese momento pensé en cuántas veces había tenido que venderse para poder comer, cuántos hombres a cambio de unas monedas habían vaciado sus instintos en su cuerpo de niña de 15 años. Sus adormilados ojos azules me miraban con resignación, como esperando que yo accediera al pago sugeri-

do. En ese momento no podía ponerme romántico ni cortés, la miré y...

—No estés chingando, pinche Toña, deja de estar de caliente —le dije al momento en que me acostaba y me envolvía con la cobija de pies a cabeza deseando que no insistiera más. El olor del sudor y otros fluidos secos y vueltos a mojar quién sabe cuántas veces—, daban cuenta de su realidad. La “Toña” se levantó y se fue a acostar a su lugar. Enseguida se oyeron murmullos que al cabo de unos minutos se convirtieron en gemidos y luego en ronquidos.

Una tarde, Rosa comenzó a sentir dolores en el vientre. Cuando llegamos de la pepena el “Gordo” y yo, los dolores no habían parado. Entonces fuimos a buscar la ambulancia que la llevaría al hospital donde más tarde daría a luz a un varón de 2 kilos con 345 gramos que bautizarían con el nombre de su papá, Rafael.

El niño tuvo mucha suerte, pues según María Luisa Bretones, especialista en perinatología del hospital Primero de Octubre, la pobre alimentación que tuvo Rosa durante su embarazo, más las condiciones insalubres en las que vivió, y las inhalaciones de solventes, pudieron haber provocado un aborto o el nacimiento de un bebé con malformaciones físicas o retraso mental.

Al ver a su hijo, el “Gordo” supo que no quería que él también viviera en la calle, así que decidió ir en busca de la mamá de Rosa, a la que le explicó todo. Doña Bety contó que Rosa se fue de la casa cuando se enteró de que había reprobado el primer año de secundaria. Después la misma Rosa confesó que era cierto y que lo había hecho por miedo a los maltratos de su madre y de su padrastro.

Según datos del Instituto Nacional de la Juventud, casi el 45 por ciento de los jóvenes y niños sufren algún tipo de vio-

lencia familiar y el 25 por ciento busca como solución huir de su casa. Doña Bety, conmovida y arrepentida por lo que pasó con su hija, fue inmediatamente a verla al hospital y le llevó ropa limpia a ella y al bebé.

Actualmente, Rafael el “Gordo” y su ahora esposa Rosa la “Chata” acuden a terapias de readaptación, que les ayuda a dejar la adicción, viven con su pequeño hijo en casa de doña Bety, quien les ayudó a poner una tiendita con la condición de que se esfuercen y saquen adelante a su bebé.

Los otros chavos y chavas siguen viviendo de la misma manera, cada uno cumpliendo con sus deberes. Ahora el “Gorras” a pesar de su inconstancia, es el que va a la pepena y por eso es el líder de las otras dos chavas que se fueron a vivir con ellos, la “Chiva” y la “Coneja”, además de un niño de 10 años al que todos le llaman “Piti”.

## Epílogo

Al finalizar esta investigación periodística, tuve que acudir al médico de emergencia, pues la gripe que había adquirido durante la primer semana se me complicó, al grado que la infección de la garganta, ya había avanzado a los oídos y a los ojos. Además, el estómago no paraba de dolerme.

Después de analizar los estudios de laboratorio el doctor Juan Pedro Vega, especialista en medicina familiar del hospital La Raza, me explicó que además de la faringitis y otitis, tenía parasitosis, provocada por la falta de higiene en los alimentos. La dermatitis que también adquirí fue causada por el escaso aseo personal.

Los chavos y chavas que viven en la calle —a manera de selección natural— han desarrollado defensas contra la mayoría de los virus que a una persona común dejaría en la cama

durante algunos días. Es por ello que resisten tanto las enfermedades provocadas por estos virus. Esto no quiere decir que no se enfermen, porque sí lo hacen, lo que sucede es que son más resistentes a los síntomas.

Lamentablemente, los lazos y compromisos del grupo no son suficientes para protegerse del VIH ni para evitar ser víctima de los abusos físicos, psicológicos o sexuales y menos los chavos de la calle quienes día con día se exponen al contagio de múltiples maltratos e infecciones. Según cifras del Instituto Nacional de la Juventud cerca del 60 por ciento de estos jóvenes y niños son víctimas de abuso sexual.

Así, los chavos de la calle viven, o mejor dicho sobreviven, en un medio tan hostil como lo es esa “jungla de acero”. Es ahí donde impera la impunidad y la falta de oportunidades, donde los niños, que después se convierten en jóvenes, son objeto permanente de toda una cadena de atropellos e injusticias sociales.

## LA OTRA CARA DEL SECUESTRO

Gabriel Vázquez Martínez

Los secuestros siguen siendo noticia en México. Muchos días escuchamos un nuevo caso de secuestro, y son conocidas las consecuencias que conlleva a la familia y a la víctima. El interés informativo termina cuando el secuestrador ya está en la cárcel o cuando ya ha sido liberada la víctima. Lo que no es tan conocido es lo que sucede al interior de la familia de un secuestrador.

El día comenzó con la rutina de siempre: desayunar con las amigas, acudir al salón de belleza para un retoque de uñas, recoger en la tintorería la ropa de mi esposo e ir de compras al súper por la despensa, en compañía de mi hija Sonia<sup>3</sup>. Sonó el teléfono y pensé que era una de mis amigas, quizás llamaba para saber donde comeríamos, pero lo que escuché fue algo muy diferente.

—¿Bueno?— contesté.

—¡Bety, secuestraron a tu hijo!— era la voz de una vecina de mis padres y amiga de la familia.

Me desplacé inmediatamente a casa de mis padres, histérica, llena de rabia, odio y coraje, pero a la vez me sentía sorprendida, angustiada y con el corazón a punto de estallar por la incertidum-

---

3 Para no afectar a los involucrados, los nombres y lugares fueron cambiados.

bre de no saber dónde estaba Omar, el mayor de mis tres hijos. La única información que tenía es la que me dijeron las vecinas.

—Venía corriendo, huyendo de cuatro tipos con aspecto de judiciales —me explicaron—. Pretendía saltar una de las mallas que protegían una gran brecha que realizaron las autoridades para construir un paso a desnivel, ubicada frente a la casa de sus abuelos. Al tomar impulso en un montón de tierra se hundió, ahí le dieron alcance y lo encañonaron, golpearon y arrastraron hasta subirlo a una camioneta tipo Van de color negro.

—¿Qué hacemos?— pregunté a mi padre—. Tú fuiste policía muchos años, y aunque estés jubilado, debes saber qué hacer en estos casos.

Sin embargo, no escuché una respuesta, él seguía sentado en su viejo sofá donde acostumbraba a leer el periódico, pero en esta ocasión, lo movió cerca de la mesita donde estaba el teléfono. Su mirada fija y perdida en el aire parecía buscar una señal divina que nos dijera qué hacer.

—Tenemos que esperar— dijo Carlos, el segundo de mis hijos.

—¿Esperar qué?— grité iracunda.

—A que llamen para pedir el rescate.

De acuerdo Moisés Moreno Hernández, presidente del Centro de Estudios de Política Criminal y Ciencias Penales, el secuestro se puede considerar como uno de los delitos más graves que afectan la libertad de las personas. De acuerdo con lo que establecen las leyes, se trata de la privación de la libertad de una persona, en donde se persigue un propósito, que puede el de obtener un rescate.

Pasaron cuatro días. No recibimos la supuesta llamada pidiendo rescate. Visitamos hospitales, delegaciones, Cruz Roja y cualquier otro lugar donde, pensábamos, podríamos encontrarlo.

Mi padre realizó decenas de llamadas. En la última llamada noté que su semblante, que hasta ese momento era de angustia, se transformó en asombro.

—¿Cómo es posible? Inmediatamente voy para allá, te lo agradezco infinitamente.

—Hija, la situación cambió— me dijo con voz pausada. Omar no ha sido secuestrado, está detenido por asesinato y secuestro. No podemos verlo porque está siendo sometido a interrogatorio. Tenemos que esperar hasta que lo transfieran al Reclusorio. Voy a las oficinas de la PGR (Procuraduría General de la República) para que me den más información.

El padre de mis dos primeros hijos, nos abandonó cuando Omar y Carlos tenían 3 y 1 año respectivamente. Volví a casarme con Rodolfo, nueve años después. Omar no aceptó mi nueva relación, incluso me dijo que jamás me lo perdonaría y me exigió irse a vivir con mis padres. Carlos, más pequeño, decidió quedarse a mi lado. Sabía que Omar era el consentido de sus abuelos. Su hermana estaba en camino..

Mis padres se adueñaron de mi hijo, jamás aceptaron ni permitieron que tomara decisiones sobre la vida de mi hijo. De ese día en adelante, ellos se hicieron cargo de su educación y formación. Como su abuelo era policía, en su casa su palabra era ley y mi madre, al igual que yo, siempre sería un cero a la izquierda. Ahora mi padre tenía en casa al hijo que no tuvo con mi madre. Se dedicó a mimarlo, consentirlo, a permitir que hiciera lo que se le viniera en gana. Le enseñaba a ser rudo y agresivo, a ordenar y a que le obedecieran, a no pedir sino a exigir, a imponer su voluntad sobre quien fuera y sobre lo que fuera. Fue expulsado de tres secundarias y a causa de su rebeldía sólo llegó al segundo grado.

Para ese entonces empezó a tener amistades que críaban y apostaban en peleas de gallos. Ganaba dinero en apuestas, com-

praba y vendía ropa de marca, tenis y aparatos electrónicos. A los 15 años ya medía un metro con 78 centímetros, era muy fornido, le gustaba vestir botas vaqueras, pantalón de mezclilla y andar sin camisa mostrando su cuerpo atlético. Tenía la apariencia de un joven de 18 o 20 años de aspecto muy rudo. Llegó a ser la persona más temida de la colonia, no sólo por ser busca broncas, también porque tenía primos que vivían en Tepito y cada fin de semana se juntaban para beber y retarse a golpes con bandas rivales. Varias ocasiones la policía intervino, pero su abuelo haciendo uso de su cargo público, como miembro del escuadrón de motociclistas, lograba que saliera bien librado.

Se casó con la hermana de un asaltabancos muy conocido del Barrio Bravo y a partir de entonces se acostumbró a llevar en la cintura un revólver.

—Esa pistola no sirve, cámbiala por una 38 o por una escuadra y mañana te paras temprano para que me acompañes a practicar tiro al blanco— escuché a mi papá decirle a Omar.

Cuando quise reprenderlo por andar armado, bastó la mirada fulminante de mi padre para hacerme callar. Así había sido siempre y no tenía por qué interferir en sus decisiones. Pasé de ser su madre a parecer su hermana mayor. Aunque le llevo 15 años, no parecía que hubiera más de cinco años de diferencia entre nosotros. Además, a sus amigos, él les decía que éramos hermanos.

Tres días después mi padre regresó del Reclusorio con lágrimas en los ojos. Su figura firme, recta y con la mirada siempre por encima de los demás se había transformado por la de una persona encorvada y cabizbaja, daba la apariencia de alguien débil y frágil. Por fin había podido ver a mi hijo; para él, su propio hijo.

Mi padre fue al Reclusorio Oriente. Después de varios minutos de mirar en la celda a varios tipos, escuchó un leve ruido

que parecía una voz. Al acercarse, en un rincón estaba alguien pidiendo agua. Tenía la cara a punto de explotar, completamente hinchada, no se le notaba la nariz ni la oquedad de los ojos, era de un color morado casi negro. Estaba descalzo y con harapos, tenía manchas de sangre en todo el cuerpo y se quejaba sin parar.

Fue torturado durante tres días. Las películas sobre el tema no son muy lejanas de la realidad. Iniciaron con golpes, insultos y amenazas. Pasaron al conocido “pocito”, que consiste en hundirle la cabeza en agua hasta que esté a punto de ahogarse. Le dieron toques en los genitales, perdió un testículo. Le arrancaron uñas de los pies con pinzas de mecánico. Su cuerpo quedó con marcas causadas por otros métodos que por estar casi inconcient no recuerda. Ese ser golpeado y mutilado era mi hijo.

No se trata de un caso aislado. El padre Miguel Concha, director del Centro de Derechos Humanos Fray Francisco de Vitoria, sostiene que en México se siguen registrando detenciones ilegales, torturas, tratos crueles o degradantes, desapariciones y dilaciones en la procuración de justicia, y a diario se violan los derechos económicos, sociales y culturales de millones de mexicanos.

Para el Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad, A.C., la tortura, como abuso policial, implica el uso de distintas formas de coacción física que causan gran dolor y daños con las finalidades de extraer una confesión o autoinculpación, información acerca de un delito o de otras personas, o “simplemente” castigar al detenido. Anteriormente la confesión ante la policía tenía mayor valor probatorio que las declaraciones ante otras instancias posteriores, se consideraba y todavía, aunque en menor número, que la mayor parte de los casos en México, eran “resueltos” mediante la confesión vía tortura.

Tres días del 21 de julio, día de su detención, una vecina fue a casa de mis padres, a preguntarle a Omar si había visto a

su hijo, ya que no había llegado a su casa a dormir. La señora sabía que los últimos días había estado platicando con mi hijo en varias ocasiones sobre asuntos relacionados con el cruce de sus perros. Al pasar varios días, la señora fue a pedirle un consejo a Don Arturo, mi padre.

—Señor, por favor, dígame qué hago. Mi hijo no aparece ni tenemos noticias de él— le rogó a mi padre..

—¡Qué está esperando, visite hospitales o llame a la policía, pudo haberle pasado algo!— contestó mi padre.

Omar había secuestrado a ese chico. Lo planeó con su amigo Carlos y el padre de éste, quienes habían pertenecido a la Policía Judicial. Desafortunadamente habían decidido matarlo antes de cobrar el rescate. Realizaron varias llamadas a la familia pidiendo cierta cantidad. Seguro de que no lo inculparían ni de ser sospechoso, mi hijo visitaba a la familia del secuestrado para simular preocupación, a la vez que se percataba si pagarían o no. El día del pago del rescate, la policía detuvo a sus cómplices. Y cuando él acudía a visitar a la familia fue sorprendido y emprendió la huida corriendo entre las calles de San Juan de Aragón. Le estaban dando alcance. Sacó su arma y disparó en varias ocasiones. Sumó al asesinato del secuestrado, la muerte de un policía que estaba a punto de atraparlo.

Después de capturarlo, a unos metros de la casa del secuestrado, encontraron el cadáver de su víctima en la cajuela del coche.

Ante los hechos no pudimos hacer nada, mi hijo fue condenado a 32 años de prisión. El abogado de las víctimas en la apelación, después de haber dado dinero al juez, logró que aumentaran nueve años su condena. Ese fue el comienzo de una larga lista de abusos.

A los pocos días de salir del hospital del reclusorio, donde estuvo ingresado por las secuelas de la tortura, fue trasladado

con el resto de la población penitenciaria y fui a visitarlo. Estaba en la cárcel, cuando sonó mi celular.

—¿Bueno?

—¿Bety?— preguntó una voz de hombre.

—¿Quién habla?— contesté.

—Sabemos dónde vive y tenemos todos los datos sobre su familia. Si quiere volver a ver a su hijo vivo tiene que llevar 10 mil pesos a las 4 de la tarde a la salida del metro Velódromo. Si llama a la policía o hace alguna estupidez, además de matarlo, secuestraremos a su hija.

Después de pensarlo decenas de veces, nos dimos cuenta que no teníamos otra opción. Entregamos el dinero y esperé al día siguiente para poderlo visitar. Llegué rogando a Dios poder verlo y encontrarlo vivo. Había sido golpeado y *picado* en un par de ocasiones para que diera los datos personales de su familia. Inmediatamente salí con la intención de pedir una cita con el director del Reclusorio. Una punta metálica, acompañada de seis tipos, se interpuso en mi camino.

—Si usted pone un pie en las oficinas matamos a su hijo, y a su hija la mandamos secuestrar y violar saliendo de la visita —me dijo tomándome de los cabellos uno de ellos.

Pasaron tres años de constantes extorsiones. Empezaron pidiendo dinero, luego joyas, siguieron con aparatos electrónicos y finalmente pedían ropa. Llegaban al descaro de pedirme tenis marca Nike y *pants* de tal o cual modelo.

Adicionalmente en cada visita familiar, que es cada tercer día, tenía que dar uno o dos pesos por aquí y por allá. Eso era hace diez años, ahora son diez o veinte pesos. Que si llevó alguna prenda de cierto color, que si el peinado, que si los zapatos, que si la comida, cualquier pretexto es bueno para que tenga que darle dinero a los custodios, a los internos por cargarme las bolsas de comida que llevaba, a los llamados técnicos que

ponen o quitan puntos por buen comportamiento y finalmente a mi hijo por si tenía que pagar por otra *cosita*. Descubrí por experiencia propia que la frase “con dinero baila el perro” era cierta, pero agregué, y “sin dinero bailamos como perros”. Omar tenía que dar dinero hasta por el pase de lista diario.

Mi esposo no soportó la situación y ante mi negativa de dejar a mi hijo solo y que él pagara por sus actos, nos divorciamos. Regresé a vivir a casa de mis padres, acompañada de Carlos y Sonia. La situación se tornó insostenible, ya no teníamos nada que vender o empeñar para seguir pagando para que mi hijo viviera unos cuantos días más. Un día de visita enfrenté a los tipos que siempre estaban al tanto de nuestras visitas al reclusorio.

—¡Si van a matarlo háganlo ya! ya no tenemos nada para darles— les grité.

—¡Claro que tiene! Aceptamos que cuando vengan a la visita, usted y su hija, *cojan* con nosotros— me contestó uno de ellos.

En ese momento me retiré. Me sentía humillada y frustrada ante las injusticias de las que estaba siendo objeto.

Mi hijo, ante esta situación agredió hasta casi privar de la vida a uno de los padrinos —se les llama así a los internos que controlan las mafias que hay al interior de los penales—. Fue catalogado como sujeto de alta peligrosidad, tanto para la sociedad como para la institución. Inmediatamente lo trasladaron al Reclusorio Sur a una sección aislada e incomunicada del resto de la población penitenciaria. Dos años después fue trasladado al penal de Santa Martha Acatitla. Se encuentra sin compañeros de celda. Parte de sus gastos, como el calzado y la ropa, los pago yo. A fin de cuentas él hace sus *business* y obtiene dinero de una u otra forma, y prefiero no enterarme de qué se trata.

Ante mis cuestionamientos sobre sus acciones no expresa arrepentimiento alguno. Lleva diez años preso y acaba de cumplir 33 años. Ha sido *picado* y golpeado en varias ocasiones, y también ha sido castigado por agredir a otros internos. Tengo dos semanas sin verlo, y no podré verlo hasta que pasen tres meses, porque está castigado por un supuesto intento de fuga.

La psicóloga Michelle Barreto, terapeuta en reclusorios, indica que los secuestradores son sujetos con personalidad sociopática. Estos sujetos no consiguen incorporarse a la sociedad y llevan a cabo actos antisociales, como destrucción de la propiedad, agresividad y conductas ilegales. No respetan ninguna norma social. Una característica importante es que carecen de remordimiento sobre los efectos de su conducta e incluso llegan a justificarla. Tienen problemas y son irresponsables en las relaciones afectivas, no hay lealtad, son incapaces de amar y engañan fácilmente.

En contraste con mi estilo de vida anterior, trabajo 12 horas diarias en una tienda de vinos y licores. Mis manos se encuentran totalmente maltratadas, tengo solamente tres mudas de ropa, viajo en microbús y lo que gano apenas me alcanza para cubrir lo necesario para sobrevivir. Mi madre murió hace un año, mi padre lleno de *achagues* por la edad y el enfisema pulmonar que padece a duras penas puede salir a la esquina. Mis hijos Sonia y Carlos se han casado y desde hace años no los veo. Se casaron de *cargar* con los problemas ocasionados por su hermano. Me siento una víctima más del secuestro.

## UNA MALA EDUCACIÓN

Saúl Peña Rosas

La historia de Pedro es la de un chico perseverante, aferrado, aunque su esfuerzo no estaba necesariamente encaminado a hacer algo positivo. Por el contrario, toda su energía e inteligencia estaban enfocadas a cometer delitos que a veces ejecutaba con lujo de violencia. Ahora, Pedro se encuentra en el panteón San Lorenzo. Un balazo en la cara terminó con su carrera delictiva.

De gafas oscuras, con la barba de candado y la cara erguida, piloteando una camioneta último modelo, Pedro se paseaba por toda la colonia haciendo retumbar las bocinas de su estéreo a todo volumen. Acompañado, por lo regular, de mujeres bellas y despampanantes, parecía hijo de empresarios o comerciantes adinerados. Cualquiera podía confundirlo con un *junior*. Claro, mientras no hablara, porque finalmente eso lo delataba. El dicho “el dinero no da los modales” representaba el caso de Pedro, que podría aparentar ser “chico bien” pero su manera de hablar era como el típico comerciante de Tepito: “chaaaleee ñerooo”.

Néstor, vecino de Pedro y compañero de colegio, vivió gran parte de su infancia junto a él y recuerda parte de su niñez: “Él solía jugar a las canicas, al fútbol y muchos otros juegos que se practican en cualquier barrio de esta ciudad”. Su vida parecía

como la de cualquier niño, que espera ansioso la salida de la escuela para ir a jugar. Estudió hasta el primer año de secundaria y sus calificaciones fueron muy bajas.

En su calle se podía escuchar el golpeteo de los hojalateros que reparan los carros casi sin descanso. El aspecto sucio y las heces fecales de los perros callejeros, que parecieran ser más numerosos que las personas que habitan el lugar, caracterizan el lugar. Allí se puede ver todavía al hojalatero fumando, regularmente con una anforita en la bolsa derecha de su pantalón, siempre dirigiéndose a sus hijos con un lenguaje soez, al cual éstos ya se han acostumbrado: “¡Órale hijos de la chingada, pónganse a trabajar!”. Las personas que pasan por el lugar sólo se detienen rápidamente a persignarse en una virgen que está en la esquina de la calle, afuera de la casa de Pedro.

Sus padres nunca le permitieron desobedecer. Sin embargo, éstos nunca le dieron un buen ejemplo. Si no hacía sus tareas diarias era sujeto de increíbles golpizas e insultos, que sin duda fueron un factor que determinó su conducta de mayor. Manuel, uno de sus vecinos, todavía recuerda alguno de estos castigos: “En una ocasión su padre lo metió debajo de un carro a punta de latigazos, que le propinó con el cable de la plancha, todo porque se había robado un estéreo y lo habían agarrado”. Así que el castigo fue por dejarse agarrar, no por haber robado.

El padre de Pedro, Don Everasto, la mayor parte de su vida la ha dedicado al robo de carteras en camiones, en el metro o donde se le presente la oportunidad. De esta manera mantuvo a Pedro y sus 5 hermanos, aunado al ingreso que aportaba Doña Carla, quien se dedicaba a la venta de marihuana, delito por el cual estuvo presa por más de 10 años.

Por las mañanas, muy temprano, partía Don Everasto hacia distintos puntos de la ciudad, no sin antes persignarse y

siempre despedido por su esposa quien le daba la bendición: “Que Dios te bendiga, viejo, nos vemos al rato, Dios mediante, a ver qué tantos cueros caen”. Cueros es como coloquialmente se le llama a las carteras o billeteras.

El ser humano tiende a repetir patrones que le han sido enseñados o bajo los cuales ha sido educado. Por lo regular, la conducta del hombre está influida por su entorno inmediato, aunque esto no quiera decir que se tenga que actuar necesariamente de tal o cual forma. Leonel Muñoz Lara, director de Desarrollo Integral para la Familia (DIF) perteneciente a la delegación Iztacalco, precisa: “El hombre tiende a repetir el mismo patrón de comportamiento de sus padres en un 85% de los casos”. Matiza que esto no es una regla que deba cumplirse, pero la mayoría de las veces, en donde se presentan casos de violencia familiar y abuso del menor, es muy probable que estos niños cuando sean adultos repitan estos esquemas.

De alguna manera, la actitud de los delincuentes tiene que ver con la forma en como fueron educados, pero esto no justifica sus actos. Existen miles de familias que carecen de un ingreso económico que les permita llevar una vida digna. Sin embargo, no se dedican a la delincuencia. Esto demuestra que la carestía no es el origen del problema y si éste radica en el ejemplo, hay algunos que logran ser la antitesis de sus padres. Siempre hay una excepción que rompe la regla, tal es el caso de Rafael, hermano de Pedro, quien tuvo prácticamente la misma educación que él y sus hermanos y no siguió los mismos pasos que éstos. Rafael es chofer de taxi y padre de dos niños. No quiso dedicarse al negocio de la familia y tuvo que trabajar de obrero desde muy temprana de edad. Esto lo hizo acreedor de diferentes burlas por parte de sus hermanos, que en su momento le decían “puto o maricón”. Insultos y rechazos tuvo que soportar para poder llevar una vida dentro de las normas

sociales. Sin embargo, dicho por el propio Rafael, “bien vale la pena dormir tranquilo”.

Rafael accedió a platicar parte de la infancia de Pedro y mencionó que su educación fue la misma que la de todos sus hermanos, con excepción de uno, el mayor, quien tuvo el encargo de vigilarlos cuando sus padres se ausentaban: “a él si se lo chingaban casi diario”. “Pedro padeció lo mismo que todos nosotros, madrizas, insultos y, de vez en cuando, buenas ondas de mis jefes. Pero a veces siento que fue el que más extrañó a mi mamá cuando estuvo en cana (cárcel)”. “Casi siempre estaba llorando y no nos decía porqué, pero yo me imagino que era por la ausencia de mi mamá. Desde chico siempre fue un desmadre, le gustaba esconderle la mota a mi papá y nos chingaba a todos. Pero, fuera de eso, no recuerdo que su vida haya sido muy diferente a la de nosotros”.

La familia es un punto importante pero no determinante, subraya la Licenciada en Psicología Elizabeth Peña Rosas, egresada de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales E.N.E.P. Zaragoza de la UNAM, especialista en adolescentes y jóvenes en del Centro de Orientación y Readaptación para Adolescentes (CORA), quien afirma que “la familia es la formadora del comportamiento del individuo sobre todo en sus primeros años de vida, ya que es en este periodo donde el sujeto aprende los valores necesarios para poder enfrentar una adolescencia y una vida adulta capaz de seguir las normas sociales. Por otro lado, la familia tiene un limite cuando se trata del temperamento de las personas, pues éste es característico de cada quien”. Así, continúa, “el único recurso de la familia para prevenir que el individuo se vuelva delincuente es el poner límites aunque esto no garantiza el comportamiento de las personas”.

Manuel hace una remembranza de cómo Pedro dio sus primeros pinitos cuando apenas tenía diez años de edad.

Guiado por la tutela de sus hermanos, quienes se encargaban de verificar que todo saliera bien, éste incursionó primero en el robo de tapones de carros, luego con los autoestereos y posteriormente llantas y todo lo que se le pudiera quitar al vehículo. La técnica consistía en vigilar a los dueños de los carros que por lo regular los sábados y domingos asistían a jugar fútbol o béisbol a un deportivo que está al oriente de la Ciudad de México. Éstos dejaban estacionados sus vehículos en la avenida contigua a dicho deportivo. “Mira, pinche Peter, tú te vas a encargar de tirarnos 18, nos vas a decir cuando el ruco le toque batear y desde adentro nos haces una señal pateando el balón hacia la reja, entonces nosotros nos chingamos lo que se pueda”. Tirar 18 quiere decir echar aguas o poner alerta. Había ocasiones en que les alcanzaba el tiempo para robarse hasta las cuatro llantas, pero otras tantas no podían ni con un tapón, todo era cuestión de que tan pendiente estuviera el dueño del vehículo.

La Licenciada Peña puntualiza: “sería muy arriesgado hablar de un perfil del delincuente, sin embargo hay algunas generalidades que lo determinan; como por ejemplo, a este tipo de individuos no les gusta regirse bajo las reglas de su hogar, regularmente desertan de la escuela, les agrada en gran medida estar en la calle, y es probable que allí generen este tipo de conducta”. Peña señala que un punto clave para entender el comportamiento de un delincuente radica en su baja autoestima: “esto empieza desde que abandonan la escuela, ya que hace que sean subestimados tanto por la sociedad como por ellos mismos. Muchas veces encuentran en la calle la aceptación, el apego y la identificación en personas de sus mismas características que no hayan en su propia casa”.

En la opinión del sociólogo Juan Sánchez Ramírez, egresado de la unam, “la pobreza, la educación y el ambiente cultural,

son determinantes en la formación del delincuente”. Y puntualiza: “las condiciones en que el sujeto se desarrolla son contundentes para el modo de actuar del mismo”. Sin embargo, aclara que también hay personas de la clase alta que delinquen. Esto lo atañe a intereses en su mayoría económicos, a diferencia de un delincuente que surge de una clase social baja, el cual siente que las leyes no están a su favor y justifica sus actos con una franca rebeldía. El sociólogo deja en claro que “no existen casualidades sino causalidades que persuaden al sujeto a tomar diferentes rumbos y mientras no exista un ambiente social que le permita vivir sanamente, éste correrá el riesgo de convertirse en un delincuente”. También agrega que la familia es una de las instituciones más importantes que pueden ayudar a la prevención de delincuentes. “Esto se puede obtener a través de valores éticos y morales que formen bases sólidas para resistir la embestida del monstruo capital”, refiriéndose al sistema globalizado que en la actualidad impera.

Pedro inició su propio negocio, ya que sus hermanos poco a poco fueron cayendo en las manos de la justicia, algunos protagonizando portadas de periódicos sensacionalistas. Así, ya casi con treinta años de edad, le entró al jugoso negocio del robo a cuentahabientes. A su gremio se unieron el Bolas y el Peterson. Todo le iba bien hasta que el año pasado, en uno de tantos robos, las cosas no salieron como lo planearon.

El Bolas, íntimo amigo y compañero de fechorías de Pedro, narra los sucesos de aquel día: “el Peterson y Pedro estaban afuera del punto, un pinche banco que está por el rumbo de la Central de Abasto. Permanecían del otro lado de la acera. Eran como las 10 de la mañana, esperaban mi señal, yo estaba adentro del banco. Vestía un traje negro que me hacía parecer como un ejecutivo de cualquier empresa. Después de estar formado un rato me percaté de un retiro chingón y les avisé por

celular de las señas del güey ese. El ruco de la camisa azul y pantalón negro, sacó trescientos mil, cabrones. En chinga Pedro y El Peterson empezaron a seguir el carro en la Explorer que habíamos comprado una semana antes. Esos güeyes estaban calientes (ansiosos) porque ya conocían el monto. Yo los iba siguiendo en el Córdoba. Después de cazar al cabrón, por el eje 6 sur, allá por el rumbo de la Santa María Astahuacán, me dijeron por el celular que en el semáforo íbamos a ejecutar (asaltar), pero en ese momento otro carro les cerró el paso y sólo oí que dijeron. “Policía Federal, las manos sobre la cabeza”. Para esto ya los habían rodeado y encañonado los pinches puercos (policías) que venían en otros autos. Yo me hice pen-dejo, como que no venía con ellos, y se la tragaron. Pero esos güeyes se agarraron a plomazos con la tira y nada más vi como El Peterson se tendió de corredor (echo a correr). Cuando llegué al cantón me entucé (escondarse) y como a la hora llegó el Peterson. Me dijo que le habían dado un plomazo al Pedro en la cara pero que estaba vivo. Él se entuzó en un cantón de por ahí. Al otro día el pinche chismoso (periódico) sacó la foto de el Pedro con un plomazo en la cabeza, todavía adentro de la camioneta, pero decía que era secuestrador y nosotros todavía no le pegamos a eso (dedicarse a esa actividad), por eso nos dimos cuenta que la lana que sacó el pinche cuentahabiente iba a ser utilizada para pagar un secuestro y la tira vigilaba al ruco de cerca. Y así valió madres todo. Me acuerdo que luego fuimos a buscar a su carnal y empezaron a averiguar en donde lo tenían”.

Preocupado y pensativo, Rafael pasa un trago de saliva y su mirada se cristaliza. A pesar de que ya no vive con sus hermanos y que la mayoría de éstos están en prisión, le preocupa la herencia que han dejado. Ahora son sus sobrinos quienes siguen con esta práctica delictiva y aunque conocen los riesgos

a los que se enfrentan, continúan delinquiendo superando por mucho a sus propios progenitores. A Pedro lo encontraron en una clínica del Seguro Social que está sobre la calzada Ignacio Zaragoza, ya muerto. Rafael hace una mueca de disgusto y luego dice “bueno, cada quien, su pedo”.

## MI PASO POR EL TUTELAR DE MENORES

Erika Arreola Bueno

Realmente me da vergüenza, nunca quise que se supiera, sin embargo, no por nada se escribieron los refranes y en mí se cumplió uno: “Todo cae por su propio peso”. Sí, me descubrieron. No era la primera vez que lo hacía. Mi primer robo fue asaltando una joyería, fue idea de un compañero de la escuela. En verdad se derrama adrenalina, sólo piensas en ti y nada más, obtienes mucho dinero, si las cosas salen bien.

Pensé, por un momento, que ese sería el único robo y, efectivamente, fue el único con ese compañero. Digo el único porque me atreví a cometer otros. Pero esta vez por mi cuenta, fue mi idea, basándome en películas de robo, asesinatos, fraudes, etc.

No sé en qué momento me empezó a llamar la atención. En mi casa nunca me enseñaron eso. Recuerdo que por medio de un amigo, Javier, empecé a conocer gente dedicada a los mismos *bisnes*. Empecé por ganarme su confianza, vendiendo lo que ellos robaban, y así me ganaba una lana y sin tanto riesgo.

Javier y yo éramos cómplices en todo esto. Nuestro último robo fue a una accesoria de autopartes. Mientras simulábamos comprar, observamos que en ese lugar había mucha mercancía.

Recuerdo que con una simple mirada Javier y yo sabíamos lo que el otro pretendía. Al salir confirmamos las miradas. Sí, robaríamos esa mercancía, la cual constaba de rines cromados, estéreos, espejos y dinero. Planeamos todo en dos días. Seríamos cuatro los que llevaríamos a cabo el plan. Entraríamos tres mientras el otro nos esperaría afuera con una camioneta para llevarnos la mercancía. No dudamos en comprar un arma, un aparato que descargaba toques de bastantes volts. Fue fácil conseguirla. En esos dos días estudiamos el lugar, la hora en que el dueño abría y cerraba el negocio, si alguien más lo acompañaba, a qué hora se iba, cuántos trabajadores habían, etc., todo esto para no dar paso en falso, decíamos.

Nunca me puse a pensar qué pasaría si algo salía mal. Por fin llegó el momento. Era ya de noche, hacía frío. Nos cubrimos la cabeza con una gorra y llevábamos ropa cómoda. Recuerdo que toqué la puerta con golpes suaves, el dueño abrió, lo empujé, cayó y le dije: ¡Ya valiste madre hijo de la chingada! Le tenía que hablar así para meterle miedo y lo volteamos con la cara hacia el suelo para que no nos identificara. Javier cuidaba que no se moviera y cada que éste lo hacía, como castigo, era una descarga de 500 Volts en el cuello y en la espalda. Nuestra víctima se quejaba muy poco, demostraba su miedo y ponía su cuerpo tenso, duro, con cada descarga. No entiendo cómo es que no se desmayó. De hecho ese era nuestro objetivo, así todo sería más fácil.

Debo confesar que lo que pasó por mi mente en ese momento es que si me hubiera reconocido hubiera sido capaz de matarlo. Sólo piensas en ti, en salvar el pellejo.

Como ya sabíamos en qué lugar estaban exactamente las cosas, fue muy fácil y rápido sacar lo que nos interesaba. El otro cuate era muy hábil también, nos fue de gran ayuda en ese momento. Al salir con la mercancía, la camioneta estaba lista,

no fue difícil subir todo lo que considerábamos nuestro. Metimos la mercancía en donde después sería nuestro escondite. Siempre dijimos que si algo salía mal nadie conocía a nadie, como si algo presintiéramos, o tal vez, porque en estas cosas se arriesga demasiado.

Al día siguiente nos enteramos que teníamos una demanda. No lo podíamos creer, ¿qué chingados falló?, me pregunté, pero la respuesta pronto la supimos, nos delataron, fueron de soplones. Sólo recuerdo que la última vez que fui a mi casa fue para despedirme de mi mamá. Ella estaba lavando la ropa como casi siempre. Aunque no lo hice directamente, con una mirada triste me despedí con un poco de culpa por lo que había hecho.

Javier y yo decidimos huir juntos. De los otros dos no supimos nada. Aún con lo que habíamos hecho nos atrevimos a burlar a la justicia, nos paseábamos por las calles como si nada hubiera pasado. Estuvimos escondidos aproximadamente una semana. En ese lapso yo me sentía libre, no tenía a mi mamá al lado para que me estuviera regañando por haber llegado tarde o por no haber limpiado mi cuarto, o no levantar la ropa, pero ese sentir me duró muy poco. Extrañaba a mi familia, pero, como siempre, trataba de hacerme el fuerte.

Durante esa semana tuve tiempo de ir a la escuela. Iba a presentar exámenes. Aún con todo lo que había hecho creí que mi vida seguiría igual. También tuvimos tiempo para vender algo de mercancía en Tepito, de hecho fue unas horas antes de que nos agarraran. Ya teníamos clientes, nos sentíamos expertos. Me compré unos tenis de marca *Jordan*, tenía muchas ganas de unos tenis así, me encantaban y ese mismo día los estrené.

Al escondite, de regreso, nos fuimos en mi carro. Al lado de nosotros notamos que pasaron dos patrullas. Inmediata-

mente pensamos que nos estaban buscando, sin embargo, al ver que se alejaban nos tranquilizamos. Al llegar, Javier decidió quedarse abajo. Yo subí. De repente escuché que gritaban: ¡Jorge, Jorge! Otras veces, antes de salir, me asomaba por la ventana, pero esa vez no lo hice y me encontré con un agente judicial “¡Con que tú eres el famoso Jorge, eh, pues ya valiste madre!”, dime dónde tienes la mercancía, dónde están las escaleras de concreto. Me quedé en shock y solté una risa ligera, de nervios, que desapareció inmediatamente al sentir los golpes en la cara. En ese momento sentí mucho miedo y no quise imaginar lo que seguiría. Me subieron a un carro y me llevaron para que les dijera dónde vivían los otros dos. Obviamente, yo, respetando el pacto, no dije nada.

Después me llevaron a la Delegación con las manos esposadas por la espalda. Sólo recuerdo que antes de entrar mi hermana corrió tras de mí. Dice ella que fue muy triste presenciar esa escena y que sintió rabia y quiso defenderme aunque sabía que yo era culpable. Quise voltear a verla pero el judicial me prohibió hacerlo. Me metieron a los separos y ahí vi a Javier.

En la Delegación estuve aproximadamente 48 horas, tiempo suficiente para iniciar la averiguación previa. Fueron horas agotadoras. Me preguntaban una y otra vez mis datos personales: nombre, edad, fecha de nacimiento; cuánto tiempo llevaba robando, si estudiaba, quién era propietario del carro, cómo lo conseguí, si consumía drogas, alcohol o fumaba, el nombre de mis padres, ocupación de ellos, si tenía hermanos, si ellos estaban enterados de esto, en fin, mil cosas.

Recuerdo que, por ser menor de edad, los únicos que podían entrar a dejarme alimento eran el abogado y mi mamá. Recuerdo que sólo comí una torta con un refresco. Después de un buen rato me volvieron a llamar. Pude notar que era ya

de noche, no sé que hora exactamente, pero tuve que entregar mi celular, mi cartera, mis agujetas. Las agujetas, según, porque muchos se han suicidado, incluso no le permitieron a mi mamá darme una chamarra porque tenía jaretas.

Los separos son muy fríos sentía que me estaba cargando la chingada. Tenía miedo, pero en el fondo sabía que mi familia me iba a ayudar. Mi hermana, por medio del abogado, sabía que sería imposible sacarme bajo fianza porque nos habían encontrado la mercancía, es decir, había evidencias y que, por lo tanto, me trasladarían al Consejo Tutelar de Menores.

Antes de eso tuve que pasar con el Ministerio Público a rendir mi declaración. Me tomaron fotos como a un verdadero delincuente, de perfil, de frente, con un número que me identificaba. No olvidaré el momento en que ví a mi madre, del otro lado, llorando por como me llevaban. Se veía muy angustiada. Yo, sin embargo, traté de no ponerme nervioso, ya que antes había hablado con el abogado y me dijo lo que tenía que decir. Confiaba en él. Pasé aproximadamente dos o tres veces, no lo recuerdo. Me decía el abogado que era para hacernos caer en contradicción. Me preguntaban una y otra vez lo mismo, que qué estaba haciendo a cierta hora, con quién estaba, cómo iba vestido, etc.

Todo eso ocurrió durante 48 horas. Después me trasladaron al Consejo. Cuando salí de la delegación era ya de madrugada. Observé el panorama. No sabía cuánto tiempo tardaría en volver a estar en la calle. También busqué a mi mamá. Ella no estaba. Según me dijo después, se fue porque no pensó que me trasladarían tan rápido y que quería descansar ya que llevaba dos días sin dormir ni comer bien.

Es triste ver como todos te observan con una mirada no sé si de compasión, impresión o de lástima. Recuerdo que me llevaban esposado nuevamente, dizque para que no me fuera

a escapar, como si fuera tan fácil, si te cuidan peor que a un narcotraficante. En la patrulla iban cuatro agentes judiciales, dos adelante y dos atrás. Yo iba sentado en medio de los dos en la parte de atrás. Obviamente, a cada uno lo acompañaba una pistola que amenazaba con dispararme en cualquier intento de fuga. Quiero confesar que en ese momento la pregunta que me surgió fue ¿a poco si soy tan cabrón? Ni yo me la creía.

Me llevaron a la Agencia del Menor No. 57, donde solamente pasé a revisión con el doctor. Me hizo varias preguntas, difícilmente las puedo olvidar: ¿Qué ilícito cometiste?, ¿Cuándo te detuvieron?, ¿Cuánto tiempo estuviste en la agencia?, ¿Te golpearon durante el traslado?, ¿Ya comiste?, ¿Qué comiste?, ¿Te has drogado?, ¿Fumas?, etc., etc.

Minutos después nos bajaron al patio. Digo nos bajaron porque éramos varios los que íbamos por distintos delitos. Una vez que llegamos al patio nos dieron la indicación que nos formáramos por estaturas y que posteriormente nos desnudáramos, esto con el fin de cerciorarse que no lleváramos armas o alguna otra cosa no permitida. Me dio un poco de pena. Afortunadamente, como estábamos formados en fila, no nos veíamos de frente. En ese momento, un chico, al escuchar la indicación de “¡quítense la ropa!” su respuesta fue un “¡No manches!”. Inmediatamente, el custodio le contestó con voz enérgica “que sea la última vez que hablas de esa manera, por hoy te la paso, pero allá adentro no te la van a perdonar”. Poco a poco me fue cayendo el veinte, cruzó por mi cabeza de que esto iba en serio y que lo que había hecho era grave y me dije “ni pedo güey, a pagar las consecuencias”.

Después de revisarnos nos dieron una playera de color gris, pants azul marino y me cortaron el cabello casi pelón. Nos llevaron a Recepción, donde estuve dos días. Ahí leyeron nuevamente mi expediente y el de todos los que estaban allí.

A uno por uno nos indicaron si podríamos salir bajo fianza, con tratamiento externo o tratamiento interno. El tratamiento externo se cumple asistiendo a pláticas psicológicas grupales durante el tiempo que indiquen; y el tratamiento interno, pues se cumple dentro del Consejo mientras se llevan a cabo las audiencias. Esto último me indicaron a mí, así que yo y aproximadamente siete chavos más fuimos trasladados al Consejo Tutelar de Menores. Cada uno iba por delitos distintos uno por robo a transeúnte que es el más común en los chavos, otro por robo de autopartes y yo por robo a negocio con violencia.

Nos trasladaron en una camioneta blanca, que le llaman “la perrera”. Durante el trayecto el silencio invadía el ambiente. Una vez que llegamos al Consejo nos llevaron a un pequeño cuarto, donde nos indicaron el dormitorio que nos correspondía. Los dormitorios están clasificados desde la letra “A” hasta la “G”. Aprendí que el dormitorio “A” corresponde a los que van por primera vez; el “B” para los chavitos de 12 o 13 años a los que también llamábamos Bomberitos; el “C” para los reincidentes, es decir, para los que ya habían estado ahí más de una vez. Los demás ya no recuerdo, pero a mí me asignaron el dormitorio “F” y ahí estuve casi dos meses. Me dieron otro uniforme, mi playera gris y pantalón de mezclilla azul claro. Así andamos todos allá adentro, también nos dan tenis de color negro, que por cierto son los que dejan los chavos cuando salen. Algunos tenis ya están muy viejos y otros incluso están rotos. No importa que te queden grandes o que huelan mal. Obviamente no tienen agujetas.

Ya una vez estando bien instalado en el Consejo, al siguiente día fue la primera cita para confirmar mi declaración, la de mis testigos y la del que me acusaba. Todos asistieron, yo estaba un poco nervioso, pero como siempre me hice el fuerte. Cuando tocó el turno a la víctima, no dudó ni un segundo y me señaló

diciendo: “Sí, es él”, pero yo, con una mirada penetrante y hasta amenazante le dije: “Estás mal, yo a ti no te conozco”. Al finalizar sólo pude ver a mi mamá: lloraba y me abrazaba a la vez y pude intuir que me ayudaría. Ese día esperaba ver a mi novia, ya que fungió como testigo, pero no se pudo y tampoco podía ponerme exigente.

A mi mamá le dieron un folleto donde se indicaba que tenía que llevarme tines completamente blancos, truzas, papel higiénico, sandalias e hilos vela de varios colores para hacer los famosos tapetes, el distintivo de que alguien estuvo en el Tutelar. La mayoría hacía imágenes religiosas, otros corazones o nombres de sus novias o hasta de sus mamás. Los utilizamos como collares y es una de las cosas que se aprende a hacer allá adentro.

El día domingo es cuando podemos ver a nuestros familiares. La hora de visita es de 9:00 a 13:00 y solamente pueden asistir familiares, principalmente mamá, papá o hermanos y a falta de éstos los colaterales, tales como primos o tíos.

Para poder entrar a la visita piden muchos requisitos. Son demasiado estrictos, ya que los familiares, en primer lugar, no deben vestir igual que nosotros. Es decir, con pantalón de mezclilla y tenis, no deben portar cosas de valor, como por ejemplo anillos o aretes de oro, relojes, ni mucho menos carteras. También, tienen que formarse para entregar la credencial de elector y así les puedan otorgar el gafete que portarán durante la visita. Posteriormente, pasan la bolsa de comida en una máquina que contiene una cámara que deja ver el contenido. Aún así, tienen que pasar con las custodias que les vale madre y destapan toda la comida, si se llevan las tortillas envueltas en papel de estraza eran descubiertas y a la chingada; abren los envases de refrescos, los cuales no tienen que ser de color oscuro, la coca cola está prohibida y si se les ocurre llevar naranjas tienen que estar sin cáscas-

ras. Las cucharas, vasos o platos tienen que ser desechables y, por supuesto, está prohibidísimo llevar cuchillos. Después de todo este pinche relajo, los familiares todavía tienen que pasar a revisión, se tienen que quitar zapatos y calcetas, suéter o chamarra y las mujeres no pueden entrar con las uñas pintadas ni largas, ni con pulseras de hilo. Luego tienen que caminar por un pasillo largo, cruzar una gran reja donde hay personal para verificar que efectivamente coincida el familiar con la foto de la credencial y merezcan un sello en la mano derecha. Finalmente, cruzan otra puerta para poder entrar al patio donde cada uno de los individuos espera a sus hijos o hermanos con ansias.

Nos llaman por medio de un radio. Decían: “Jorge ‘x’, dormitorio F, puede salir”. Para los días de visita nos asignaban el uniforme de gala, según ellos, porque lo único que cambiaba era la playera gris por una camisa de mezclilla. Nunca nos dieron suéter. Podíamos elegir salir con sandalias o tenis, aunque era más cómodo salir con sandalias. Pero eso sí, siempre con los tines.

Las madres siempre reciben a sus hijos con muchos abrazos y besos. Yo me dirigía hacia mi mamá de una manera sumisa y siempre le preguntaba ¿qué me trajiste?, y mi mamá, recuerdo, aún con sus ojitos inundados, me contestaba “te traje tus bombones con chocolate, y las gomitas con salsa valentina”, ella siempre trataba de llevarme la comida que a mí me gusta.

En el patio, podíamos sentarnos en el suelo, en las bancas o en las jardineras. Parecía un domingo en familia, como si estuviéramos en el parque. Aprovechábamos para caminar y platicar de algún chisme que se haya rumorado por la colonia o de mi novia, para hacer ameno el tiempo y hasta divertido. Me la pasaba muy bien, pero era sólo un momento, porque de repente el sonido de un silbato y la voz ordenaba: “Todos los

menores a sus lugares”. Se rompía el encanto del domingo en familia. Tengo que aclarar que allá adentro no somos delincuentes, sino menores infractores según se señala en el Código Penal para el Distrito Federal. En cuanto escuchábamos la orden, teníamos que obedecer. Los padres de familia, todos, se despedían rápidamente. Los besos y los abrazos abundaban, las madres no se van sin persignar a sus hijos y recordándoles que deberían portarse bien, para que no los castigaran. Mi madre era una de ellas y, al igual que muchas otras, lloraban nuevamente en la despedida, aunque ya después de tantas visitas parecían estar acostumbradas. Ya una vez retirados todos los familiares nos ponían a hacer un poco de ejercicio y nos dirigíamos a nuestros dormitorios.

El baño era alrededor de las 7:00 pm, todos los días con agua fría. Yo resentí el cambio y me enfermé. A las 8:00 pm teníamos que estar acostados ya que al siguiente día hay que levantarse a las 6:30 am. Yo me iba de cacique, ayudaba en la cocina y las señoras que guisaban eran buena onda y cotorreaban conmigo. Yo ayudaba a lavar unas pinches cazuelotas que me costaba mucho trabajo limpiar y más si se les pegaba el arroz. También limpiaba los nopales y frijoles.

Nuestro desayuno era atole y huevo con pan bimbo blanco. No nos daban tortilla. Para la comida casi siempre nos daban pollo con bolillos y la cena era nuevamente atole, pero esta vez acompañado de alguna fruta o 4 o 5 galletas marías.

Dentro del tutelar tuve buenos y malos compañeros. Solamente me peleé con dos chavos. Uno me quería quitar mi almohada y el otro mi bolsa de hilos y dulces. A mí me interesaba conservar mis hilos, si no, qué iba a hacer durante toda la semana. Cuando nos queríamos pelear sin pegarnos en la cara decíamos “pues vamos a sacarnos un cuadro” y casi siempre era así. Allá adentro debes tener mucho cuidado, porque en

cualquier descuido te roban hasta los tenis. La mayoría de nosotros nos dormíamos con ellos, era más seguro.

En una ocasión un chavo comenzó a jugar almohadonazos en el dormitorio y a todos nos castigaron con un palazo en las nalgas. Esas eran las reglas, lo que hace uno en el dormitorio lo hacen todos, les vale madre si todos participamos o no. Otro de los castigos era el llamado “bombitas”, el cual consistía en inflar los cachetes y te los desinflan de un madrazo. Otro más se llama “bolitas”, pones duro el brazo y te pegan y se forman bolitas. También está el “pensador”, que es como hacer lagartijas pero con la cara pegada al suelo; y la “motito” y los “patitos”, que era caminar como pato; y las “palomitas”, que consiste en agacharnos y alzar los brazos hacia atrás; o la “cebollita”, que era como hacer trenecito, teníamos que hacerlo sentados y así avanzar hasta que los custodios dijeran que era suficiente. Había un custodio, el más mamado, que tenía un castigo especial que hacía honor a su sobrenombre, el “bambanazo”. A este ni como olvidarlo, me castigó una vez haciendo la “palomita”, en el pinche rayo de sol, y en otra ocasión nos castigó a todo el dormitorio haciendo la “cebollita”: tuvimos que recorrer todo el dormitorio por un buen tiempo.

En el Tutelar aprendes un poco de todo. Es posible drogarse con la cáscara de plátano: las metíamos de contrabando al dormitorio, la poníamos a secar aproximadamente tres días y ya que estaban bien secas la hacíamos churro. Obviamente no teníamos cerillos para encenderlo, pero ahí adentro te vuelves mañoso y con los cables de una televisión hacíamos corto y con las chispas que salían fácilmente se encendía el churro y lo fumábamos rápidamente junto a la ventana para que no nos cacharan. Otros chavos hacían sus monas (bolitas de estopa o cualquier trapo), mojadas con pino, ese era más fácil de conseguir ya que nos lo daban para hacer el aseo del dormitorio.

En el tutelar también aprendí a rezar y a tener un poco de fe. Todos los domingos había misa y el Padre nos regalaba chocolates e imágenes religiosas muy pequeñas. También solían pasarnos películas. Siempre estuve preocupado por la sentencia que me dictaría mi consejera (juez), ya que decían que era bien desgraciada y yo me enteré que a un chavo por robar un celular lo sentenció a tres años en la Correccional. Porque se está en el tutelar mientras se llevan a cabo las audiencias y te dictan sentencia.

A la Correccional van los chavos que requieren de tratamiento interno. Es como un Reclusorio pero para chavos, ya que hay de todo, desde asesinos, violadores, homosexuales, drogadictos, todos revueltos. Sinceramente pensé que no la iba a librar, pensé que estaría en la corre un buen rato y ya sabía la que me esperaba, porque si en el tutelar está cabrón, en la corre es peor.

Pese a esto, quiero decir que nunca me arrepentí, aunque no por eso volvería a hacerlo. Como olvidar lo que dijo la consejera, después de haber leído nuevamente todo mi expediente: “Jorge ‘x’ saldrás de este Consejo Tutelar de Menores bajo tratamiento externo”. En ese momento, tal vez les parezca de película, pero su voz parecía haberme ensordecido, no podía creerlo, me senté de golpe y respiré profundamente como si se me hubiera quitado una gran carga. Después de asistir todo un año a pláticas psicológicas grupales al igual que mi mamá, me declararon absoluta libertad en diciembre, días antes de navidad, qué mejor regalo.

## PAPÁ SE FUE AL NORTE SIN DECIR ADIÓS

Ximena Jiménez

Ese día salí de la casa como a las 6 de la mañana. Me acerqué a despedirme de mis papás. Mi padre, al darle un beso en la mejilla, me abrazó y me dijo: “Cuidate mucho y échale ganas a la escuela”. Sus bigotes cosquilleaban mis mejillas, yo sólo lo abracé y me marché, ya se me hacía tarde. En ese momento no sabía que mi padre se iba a marchar al Norte y que no lo volvería a ver hasta después de siete años.

Al regresar de la secundaria, noté a mi madre un poco distante. Horas antes había recibido una llamada del aeropuerto de la ciudad de México. Era mi padre que llamó para despedirse, pues se sumaría a los 29 millones de mexicanos migrantes que en la actualidad trabajan en Estados Unidos. De ahí en adelante, la vida de mi familia no sería la misma, daría un giro completo de ciento ochenta grados.

Soy Guadalupe, la hija menor de tres hermanos Ángel y Luis. Mi mamá se llama Isabel y mi papá se llama Fermín. Yo estoy cursando el tercer año de secundaria y en unos meses cumpliré quince años.

—Hija, tú dime dónde quieres que sea tu fiesta, escoge el salón y ya hay que comenzar a planear todo para que no nos agarren las carreras— me dijo mi papá cuando faltaban unos meses para mi fiesta de xv años.

—No, papá, no te preocupes yo quiero algo muy sencillo, sólo la familia más cercana y unos cuantos amigos— le respondí.

—Cómo crees, tú no te veas limitada, eres mi única hija y quiero que todo se haga muy elegante— insistió.

—Papi, yo solamente quiero que tú estés conmigo y que toda mi familia me acompañe a dar gracias a Dios.

Recuerdo que después de esta plática, la mirada triste de papá, sus manos cruzadas, su mente perdida en el espacio y sus ojos cristalinos, reflejaban la triste pero cruda realidad, que no tenían el dinero para una fiesta como él y mi madre la deseaban.

Con el paso de los días, la presión se hacía más presente y las discusiones de mis padres se oían por toda la casa. Más de una vez escuché a mi padre decir: “Yo quiero irme al Norte para poder ganar unos cuantos dólares y hacerle sus xv años a mi hija, pues el sueldo que tengo no alcanza para nada.”

Mi padre, que ya era un señor de 47 años, trabajó de repartidor en un camión de Pascual por más de dieciséis años. Hace un par de años fue despedido a causa de una lesión en su rodilla derecha que no le permitía desempeñarse al máximo y que lentamente lo dañaba más. Tras estar desempleado durante varios meses, decidió aceptar el trabajo que le ofreció un arquitecto y que no le exigía mucho esfuerzo físico. Pero papá cayó en una depresión que lo orillaba a descuidar mucho su persona y que le aniquilaba sus esperanzas y deseos de seguir viviendo.

Me imagino que estas cosas fueron las que lo llevaron a tomar la decisión de separarse de nosotros para ir a trabajar a Estados Unidos.

—Yo sólo sabía que en sus planes estaba el irse a Estados Unidos. Manteníamos largas charlas sobre la poca entrada de dinero que teníamos, ya que económicamente atravesábamos momentos difíciles— recuerda mi madre al preguntarle si ella sabía que mi padre se quería ir al Norte.

Sí, él se marchó sin despedirse de nosotros, no permitió que compartiéramos ese momento con él. Se fue sin que nosotros nos enteráramos, no sé por qué, no me extraña, él siempre fue así, me decía que no le lloráramos que esperáramos a que se muriera para hacer eso. Siempre se ha caracterizado por ser una persona fuerte, sonriente y muy sociable.

### **Hora de partir**

Estaba sentada en la sala de mi casa con un llanto que no lograba detenerse por nada del mundo. Mi tía Ana me abrazaba muy fuerte y me decía que no podía creerlo. Yo me aferraba a ella y deseaba que eso no estuviera ocurriendo, sonaba el teléfono y yo esperaba levantar la bocina y escuchar la voz de mi papito diciéndome que en cualquier momento llegaría y que dejara de llorar. En ese momento yo sólo pensaba en poder verlo y abrazarlo muy, muy fuerte.

El solo hecho de pensar que él podía llegar a ser uno “más de los 2, 200 mexicanos que han muerto en la zona fronteriza en los últimos ocho años” me aterrorizaba. Lo que más me dolía era saber que él se marchaba solo, que no estaba muy bien de sus rodillas. Por mi mente navegaban miles de cosas que le podían suceder en el camino. Florencia Addiechi en su libro *Fronteras reales de la globalización* señala que existen: “muertos por deshidratación e insolación, por hipotermia, por inanición o asfixia, ahogados en el río Bravo/río Grande o en el canal *All Americano*, accidentados mientras eran perseguidos a altas velocidades; e incluso no faltan los cadáveres abandonados que algunos migrantes relatan haber visto durante su travesía y la misma Patrulla Fronteriza asegura que existen”.

Esto, que vemos cualquier día en televisión, era lo que atacaba a mi mente en toda esa semana que, por cierto, se me hizo eterna.

Uno de esos días, mi madre recibió una llamada de larga distancia, era mi primo Pablo. Él ya tenía dos años viviendo en Estados Unidos, se comunicó con nosotros para decirnos que mi papá se encontraba bien, que había tenido algunos problemas con el pollero que quedó en llevárselo y que él arreglaría las cosas para que mi papá llegara sin ningún problema, pero que necesitaba 10 mil pesos para que la persona que lo tenía lo pudiera entregar con él. Mi madre le dijo que le prestara el dinero y que luego se lo pagarían.

Mamá no pudo contener el llanto y sólo dijo: “Cuídalo, Dios Mío, guíalo en su camino y protégelo donde quiera que ande”. Mis hermanos y yo la abrazamos tratando de darnos ánimos los unos a los otros, diciéndonos que ya todo estaba bien y que lo difícil ya había pasado, sin darnos cuenta que para nosotros lo difícil apenas comenzaba.

Sonó el teléfono —¿bueno?— dijo mi madre al tomar el auricular.—Bueno, con la señora de la casa— se escuchó al otro lado de la línea telefónica.

—Sí, ¿de parte de quién? Gordo, gordo eres tú, ¿dónde estas?, ¿con quién estas?, ¿te encuentras bien?— oí a mi madre emocionada.

—Sí, tranquila, ya todo está bien, ya estoy con tu sobriño— le dijo mi papá.

Esa llamada fue muy corta, solamente habló con mi madre unos minutos y se despidió dejando saludos para todos.

Al cabo de unos meses, pude hablar con mi papá por teléfono. Ya más tranquilo me contó por todo lo que pasó para cruzar al otro lado. Los días en los que no tenía que comer, las noches en las que él no podía dormir, yo los sufrí con él. Mis ojos cansados de desahogarse sentían un gran alivio al escuchar su voz y mi corazón latía más rápido que de costumbre.

“Yo sólo quería que esos momentos pasaran rapidísimo, te juro que si yo hubiera visto a alguien de mi familia en el aeropuerto en ese momento me regresaba, y no me pude despedirme de nadie porque me iba a doler mucho. Cuando nos llevaron de Hidalgo a la Ciudad de México nos dieron el número de vuelo, nos mandaron por parejas y nos describieron a la persona que nos daría el boleto. El avión nos llevó a Tijuana y cuando llegamos nos identificamos con un sobrenombre. Nos recogió un *pollero* que nos llevó a un lugar conocido como el cuervo”, me contó papá por teléfono.

—Oye *pa`*, ¿tenías que comer?

—Sólo nos dieron unos sándwiches, pero en el camino se echaron a perder con el calor, pero cada que llegábamos a un hotel nos daban golosinas, gansitos y coca. En un Jeep nos recogieron, pero a mitad de desierto se le pinchó una llanta y de ahí tuvimos que caminar hasta llegar al río, niños, mujeres y hombres, incluso una señora con un bebé en brazos.

—Papá, ¿Entonces te tocó atravesar por el río?— le pregunté.

—Así es, nos dijeron que nos desvistiéramos, que no lleváramos botas y que pusiéramos toda la ropa en una bolsa, solamente una llanta fue la que nos ayudó a pasar del otro lado. El agua estaba helada, sentía que me clavaban pequeñas espinitas en todo mi cuerpo. Al salir nos vestimos lo más rápido posible, de repente que llegan tres camionetas de migración, más de sesenta fueron regresados.

### **La ausencia**

Mi padre, al irse al país del Norte, dejó vacante el puesto de “jefe de familia”. Mi madre asumió la responsabilidad de nuestra crianza, apoyada económicamente por mis hermanos Ángel y Fermín.

La psicóloga Elizabeth Pineda Gutiérrez, de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, afirma que “más del 60 % de las familias mexicanas llegan a crecer y a salir adelante sin la ayuda de la figura paterna. En este juego de roles la madre es la que llega a asumir la responsabilidad”. Para mí, esto estaba más que claro. En ausencia de mi padre, mamá fue la que nos sacó adelante, la que con sus consejos y con sus enseñanzas nos enseñó a crecer y a mantenernos unidos.

Mientras mi madre y mis hermanos trabajaban y se encargaban de la casa, yo estudiaba el bachillerato. Fue una etapa difícil en la que mi padre abandonó a mi madre para ir por dólares. Los tres hijos atravesábamos por una etapa difícil, la juventud.

Mis xv años fueron el año en que mi papá se marchó. El día de mi cumpleaños me habló tempranito por teléfono, en ese momento, en la calle, se escuchó el mariachi entonando las mañanitas, y del otro lado del teléfono una voz que me dijo: “Hola hija, feliz cumpleaños”. Ese día y en la fiesta recordé tanto a papá que creí que mis ojos se reventarían de tanto llorar. La fiesta fue un éxito, bueno, eso es lo que me cuentan, ya que yo estuve ahí pero no la viví.

Nuestras vidas cambiaron. Mientras Ángel se refugiaba en el alcohol, Luis, con su escudo de bailes y parrandas, se olvidaba de todo, yo me aferraba a un ambiente donde sólo existían amigos y escuela, y mi mamá, encerrada en casa con su soledad. Así fue que vivimos los primeros dos años sin papá. Recuerdo cómo mis hermanos, en sus borracheras, llenaban a mi madre de reproches, por la ausencia de mi papá. Aquí fue cuando conocí el alcohol, sentía que con tomar, escuchar canciones y estar con mis amigos, me haría olvidar que papá no estaba con nosotros.

Mientras nosotros caíamos en un profundo hueco negro, la familia de mi mamá nos señalaba y optamos por alejarnos

de ella. Me cuenta mi madre que un día en su desesperación, le dijo a su hermano Pablo que le echara la mano con sus hijos, que si los llegaba a ver en malos pasos que hablara con ellos, pero mi tío, sólo respondió que él ya tenía bastante con sus responsabilidades, que ella no tenía que haber dejado ir a mi papá.

Al cabo de un tiempo, mi padre, en una de sus llamadas, nos comentó que en unos días le iban a operar. Un carro lo arrojó en su bicicleta y le había lastimado su rodilla nuevamente. Después de recibir esta noticia, mis hermanos decidieron que uno de los dos se tenía que ir con él y, según ellos, todo se decidió en un volado. Mi hermano Fermín muy decidido se fue. Él no sufrió tanto al cruzar la frontera. Una vez del otro lado, aprovechó su libertad para darse a la juerga.

Si mi madre se sentía mal por no tener a su marido, ahora sin su hijo era peor. Recuerdo que después de tres años fuera de casa, lo deportaron y se tardó alrededor de veinte días en llegar. En esos días mi madre se deprimió tanto que pensamos que moriría: gripe, tos y altas temperaturas la retuvieron en cama durante 15 días. Recuerdo que entre sus delirios preguntaba por su hijo y pedía verlo. Cuando llegó mi hermano, mi madre no estaba en casa y al llegar ella, casi se desmaya de la impresión. Sus ojitos se le iluminaron, sus brazos no le eran suficientes para abrazarlo y sus bendiciones salían de su boca como rayos de sol.

Las cosas poco a poco se fueron acomodando y con el paso de los días aprendimos a ver hacia delante y a remediar nuestros errores.

### **El contacto**

Aproximadamente, cada 15 o 20 días recibíamos una llamada de Estados Unidos. Mi padre nunca se olvidó de nosotros, o

nosotros no se lo permitimos. Cada año papá nos decía: “ya pronto regresaré”.

El teléfono, en esos siete años, se volvió una herramienta vital. Recuerdo que en una Navidad en casa de mis abuelos mi padre llamó para felicitarnos, pusieron el altavoz y todos escuchamos las palabras que nos decía a cada uno de nosotros. Con llanto en los ojos y con una alegría inmensa, la familia deseaba que él estuviera presente.

Cada evento que teníamos lo grabábamos en video, con el fin de que él algún día lo viera. Y aunque era un poco caro el correo, le mandábamos cartas, fotografías y una que otra postal del país para que viera los cambios.

En una ocasión, uno de sus sobrinos regresó de Estados Unidos y con él nos mandó varios obsequios, pero sólo llegaron unos cuantos ya que la camioneta en la que venía, se desbarrancó y se perdieron muchas cosas. A pesar del tiempo y la distancia, nunca perdimos contacto y siempre los recuerdos nos mantenían unidos. Mi padre me cuenta que, cuando veía una película, fotos o cartas, sentía como que estábamos ahí con él, pero que sí le daba mucha nostalgia el estar lejos de la gente que lo quería. Recuerda, con lágrimas en los ojos, que al escuchar el Himno Nacional sus pensamientos llegaban hasta los paisajes de México.

### **La llegada**

Después de esperar siete largos años, mi padre nos llamó para decirnos que ahora sí ya se iba a regresar. Mi madre se mostró preocupada, mis hermanos contentos y yo estaba que no me la creía. Mi padre, que se fue cuando yo era una niña, regresaba a casa a quedarse con nosotros para siempre.

Teníamos tantos planes para cuando él llegara, que no nos permitían ver las consecuencias que esto traería. Yo le pedía a mi Dios que lo trajera con bien. Después de una semana no sabíamos lo que pasaba. Él quedo de llamarnos y decirnos a que hora lo tendríamos que recoger.

Mamá en su preocupación a todo mundo le gritaba, en algunos momentos imaginaba que se asomaría a la ventana y ahí lo encontraría. Lo que son las cosas, primero pides tu deseo y ya que se te cumple, ¡o sorpresa!, no era lo que tú esperabas.

Mi hermano cuando llegó nos comentó que papá tenía muchas cosas y que la verdad él no sabía cómo se iba a traer tanta carga. Si mi padre sufrió para pasar al otro lado, de regreso sería igual.

Mi padre llegó a México un día entre semana, en casa sólo estaba mi mamá y mi tía Ale. “Me asomé por casualidad a la calle, de repente vi un trailer blanco que venía dando la vuelta, en la parte alta traía ondeando la bandera de México y del lado contrario la de E.U Del lado de la puerta del chofer, en la parte de afuera venia mi cuñado”, rememora mi tía.

Yo estaba trabajando y luego tenía que ir a la UACM; mis hermanos estaban trabajando en la oficina de Pioneer. Mi madre ya estaba más tranquila. Cuando salí de trabajar, recibí la llamada de mi mamá, diciéndome que mi padre ya había llegado y que me apurara. Al llegar me encontré con un trailer estacionado afuera de mi casa, qué sorpresa me llevé al ver que estaban descargando y metiendo las cosas a mi casa.

De entre la gente vi salir a mi papá y cuando nuestras miradas se encontraron yo no sabía ni qué hacer, me arrojé a sus brazos, pero ya no era lo mismo, él ya no tenía las mismas fuerzas de hace siete años, y ni yo era la niña que sin esfuerzo alguno él levantaba. Con una sonrisa acompañada de un pu-

ñado de lágrimas le dije: “Te extrañé mucho papá, ya no veía la hora en que te aparecieras”.

Todo el día nos pasamos abriendo maletas, revisando cajas y viendo todo lo que trajo. Desde un sacudidor, plumas o cubiertos, hasta una camioneta Nissan, una Ford y mil cosas más.

### **El presente**

Papá, ya tiene más de dos años viviendo con nosotros. Y, claro, que no ha sido nada fácil, pero para mí es mejor que tenerlo lejos. Hemos tratado de entendernos, pero una de las cosas que no le agrada, es el ritmo de vida que actualmente tenemos. Me cuenta que en Estados Unidos la mayor parte del tiempo se la pasaba trabajando y tratando de mantener dos trabajos, en sus ratos libres cocinaba y visitaba uno que otro lugar, además de comunicarse con la familia.

Siempre que algún familiar nos invita a una fiesta o a una reunión, mi papá no quiere ir, nos cuesta mucho convencerlo para que nos acompañe, pone de pretexto que no tiene dinero, que está cansado o nos sale con su discurso, que ya hasta me lo aprendí: “El hablar de México, es hablar de fiestas, es en lo único que piensan, divertirse y gastar hasta lo que no tienen. Pónganse a recoger su casa, a hacer cualquier detallito que haga falta”, es su forma de responder a las invitaciones.

Cuando mi madre le prepara algo para comer, él siempre encuentra algún defecto, que si eso no se guisa así, que está muy simple, que él no lo prepara así o que si no sabe que le diga para que él cocine. Pareciera que la hora de la comida es el momento indicado para discutir. Mamá se mostró muy contenta cuando vio llegar a papá, sin embargo, nada ha sido igual que antes.

En este sentido, Elizabeth Pineda, psicóloga de la UACM, comenta que “el regreso de un familiar implica una nueva estructura y una nueva organización, la persona llega a ser acomodada en el círculo familiar, pero con una visión y posición diferente. En la búsqueda de la homeostasis (equilibrio) de la familia, se puede llegar a generar un choque de expectativas”.

La tarea difícil para ellos es mantenerse juntos como lo que son: marido y mujer. El año pasado cumplieron 25 años de casados, tratamos de que esa celebración los juntara nuevamente, que sirviera para que hubiera una reconciliación. Pineda Gutiérrez dice que “después de un periodo de ausencia de la figura paterna en la familia, éste llega a perder su lugar de “jefe de familia”, y muchas veces es retomado por la madre. Al regreso se da una lucha por la posición de poder entre ambos”. Mamá ya no mira con el mismo amor de antes a papá y papá se muestra indiferente ante los enojos y celos de mi madre.

Papá siempre había sido detallista, tanto con la familia como con mamá, ahora que regresó creo que ya se le olvidó, ya no le trae flores a mamá, ya no regala chocolates, frutas, ni ningún otro detalle.

El viaje que realizó mi papa hace más de diez años, nos dejó marcados para siempre, sus ojos se ponen cristalinos cuando recuerda su paso por el país vecino del Norte. Mamá y a papá, después de todo lo que han vivido, se les ha borrado la sonrisa de sus caras y sus miradas ya no mantienen el brillo de la esperanza. Día con día tratamos de mantenernos juntos para salir adelante, y ellos luchan contra esos obstáculos que se les interponen en el camino para darles un ejemplo a sus tres hijos: Ángel, Luis y yo.

## “¿ME DA UNA BOLEADITA, DON BENITO?”

Anahí Gabriela Vargas Hernández

—¡Pásele! Tome asiento.—Le tomo el periódico, Don Benito.

—Sí, claro, ya se le hizo tarde ¿verdad? No se preocupe, ahorita le dejo sus zapatos tan brillantes que hasta la van a voltear a ver.

El brillo es la prueba de fuego para el famoso lustrador de calzado, también llamado bolero o el que le da bola y color a los zapatos. En la ciudad de México es fácil identificar a un bolero por su cajón o su silla de bolear. Se puede encontrar en una plaza, afuera del metro, en un parque, en la calle o en cualquier esquina.

Don Benito (el don por la edad) es un bolero de 55 años orgulloso de su oficio. Comenzó a bolear a los nueve años cuando dejó la escuela primaria para poder ayudar económicamente a su familia. Aunque quiso regresar a estudiar, le fue difícil pues tenía que apoyar a su hermano menor de siete años, de quien se sentía responsable. Así que decidió dedicarse a lo mismo que su abuelito Juan, quien llevaba boleando 40 años en la plaza de Santo Domingo. Él fue quien le enseñó y heredó este oficio. “Recuerdo que llegaba a acompañarlo y me ponía a limpiar los zapatos con jabón de calabaza y él después los pintaba ya que estaban limpios, fue mi primer consejo”, rememora con lágrimas en los ojos.

Durante 46 años Don Benito se ubicó en la plaza de Santo Domingo, donde hay numerosas imprentas a las que se puede

mandar a hacer desde invitaciones hasta títulos universitarios apócrifos. Esta plaza se encuentra en el centro de la ciudad, a tres calles del gran Zócalo capitalino.

Don Benito se ponía enfrente de una imprenta que se llama Rangel. A la izquierda se encuentra una fuente antigua de cobre con la estatua de Doña Josefa Ortiz de Domínguez, legendario personaje de la independencia de México. En la actualidad esta fuente casi no tiene agua y la que hay está mugrosa, porque la han utilizado de lavadero y basurero los ambulantes de la plaza, como el del puesto de papas fritas que se pone frente a la fuente, o los vendedores de “artesanías de Oaxaca” que le han tapado el panorama a Don Benito, o el que vende aretes a precio de plata sin serlo. “Ahora ya es un tianguis, más que una plaza para pasear y sentarse a platicar”, comenta Don Benito.

El señor Benito Hernández no es el único bolero del lugar. En la plaza hay otros tres mucho más jóvenes que él. Sin embargo, Don Benito es el que más tiempo lleva en la plaza de Santo Domingo y por lo tanto el de mayor popularidad y autoridad en el oficio, pues este bolero, con las manos llenas de tinta y grasa percutidas por tantos años de trabajo, brinda un trato amable y un ambiente de confianza a sus clientes.

El oficio de Don Benito no es sencillo. Sale a las 6 de la mañana de su casa, apenas si con un vaso de leche en el estómago. Toma la pesera en la avenida Oceanía que lo lleva hasta el metro Allende y que lo deja cerca de la plaza. Del metro camina dos calles para ir a recoger su silla de bolear.

El estacionamiento donde Benito guarda su silla es como cualquier otro, sólo que éste combina automóviles de múltiples marcas con las sillas de bolear, entre ellas la de Don Benito, que es de color rojo con el asiento de piel negro y una lona que trae la propaganda de la grasa para zapatos *Oso* y tiene barbitas de color rojo a su alrededor.

Le cobran por guardar la silla 50 pesos a la semana. Cuando la recoge, camina dos calles con la silla que tiene ruedas para poder desplazarse. A las 7 de la mañana ya espera su primer cliente. A veces ya hay alguien esperándolo para que le lustre sus zapatos. “Esto habla de la personalidad y limpieza de una persona”, señala Don Benito.

En una esquina de la plaza hay un puesto de periódicos, donde compra *La Prensa*, que lee mientras espera a sus clientes. Cuando el cliente llega, se sube a la silla de bolear o como él le dice “el trono”, un asiento de colchoneta forrado de piel negra para que la persona se sienta cómodo. Don Benito se sienta en un banquito frente a los zapatos. Debajo de la silla hay un cajón donde guarda sus grasas, que ya no son de la marca *Oso*, como las que usaba al principio y cuya propaganda trae en su lona. Ahora usa *Pacsa*: “Son de mejor calidad y más económicas. Cada una me sale en 12 pesos”, explica.

También en el cajón se encuentran sus playeras viejas convertidas ahora en pedazos de tela que utiliza para untar la grasa del color del zapato. A continuación desplaza el cepillo para difuminar bien la grasa, el jabón de calabaza para limpiarlos y cuando hay que cambiar el color del zapato, le da fuego con su encendedor “para que agarre”. Algo que caracteriza a Don Benito es el movimiento de sus manos con los trapos y el rechinado que se escucha y que saca al cliente una sonrisa de satisfacción y aprobación. “Es para que sepan que hay un bolero cerca”, dice el experimentado trabajador. Sin embargo no es tan fácil como parece, le ha costado muchos años de práctica. “Al principio no me salía el silbido y lo chiflaba, pero no se escuchaba igual y me hacía quedar mal con el cliente”, recuerda ahora con una sonrisa.

Pero eso no ha sido la única dificultad en el oficio de Don Benito, pues para él lo más difícil ha sido perder la pena. En una ocasión, sus excompañeros de la escuela primaria lo fueron a

ver a la plaza y él se bajó la gorra para que no lo reconocieran fingiendo que no los veía, pero escuchaba sus burlas, risas y comentarios. Pero tenía que aguantarse, pues él, a diferencia de los otros niños, tenía que llevar dinero a su casa para poder comprar algo de comida, que compartía con su hermano.

El padrastro de Don Benito no les daba de comer ni a él ni a su hermano Rubén. Les escondía la comida y los hacía menos al lado de sus hijos. “Una vez vimos por la ventana como se saboreaban un pollo rostizado y a pesar de que mi mamá nos quería dar, no pudimos comer”, cuenta Don Benito agachando la mirada y con un semblante triste.

Este bolero no tiene hora de desayuno o comida pues a veces tiene muchos clientes y no puede detenerse para comer. Trata de juntar al día por lo menos 200 pesos, cada boleada cuesta 10 pesos, así que juntar esa cantidad implica convivir con veinte personas diferentes o más.

El día de Benito Hernández no tiene una hora fija para finalizar su trabajo, la mayoría de veces termina a las 7 de la tarde, aunque otras se va antes, ya que si llueve no puede trabajar. Pero en realidad su labor no termina ahí porque se lleva a su casa zapatos de algunos clientes desean un cambio de color.

Benito Hernández ingresó a la Unión de Aseadores de Calzado, ubicada en Colombia, número 9 en la colonia Centro, como socio activo en 1985. “Para ello tienes que dar una cantidad de 700 pesos y después te dan un lugar para establecerte, con el fin de evitar enfrentamientos por un mismo espacio”, explica.

Don Benito se quedó con el lugar de su abuelo, quien falleció cuando él tenía 16 años, pero lo que anhelaba aparte de tener un lugar, era poder juntar dinero para comprarse una silla de bolear. Estuvo con su cajón o como ellos le dicen, de chalán, en la Plaza de Santo Domingo hasta que un día conoció a David Betancour, líder de los boleros y secretario general de la

Unión de Aseadores de Calzado. “De verdad que le has echado muchas ganas y no es justo que estés de chalán. El lugar de tu abuelo es tuyo, ya comienza a trabajar ahí”, le dijo. Y lo ayudó para hacerse acreedor de ese sitio donde vivió tantas cosas que hoy recuerda con nostalgia.

La labor de este bolero con grandes años de experiencia en el oficio en la plaza de Santo Domingo, no es sólo la de lustrar zapatos, va más allá, se ha convertido en psicólogo. Cada vez que se sube un cliente a su silla de bolear, se rodea de un ambiente de confianza y empieza a platicar con Don Benito y a contarle su vida. Él lo escucha atento y a veces da uno que otro consejo, pues también ha vivido muchas duras experiencias. A lo largo de su oficio como bolero ha escuchado todo tipo de historias.

Asimismo funge como informante, pues diario compra *La Prensa* y lee las primeras planas para estar enterado de lo que sucede y poder comentarlo con sus clientes. También en ocasiones es hasta niño, cuando sus amigas ambulantes le encargan a sus hijos y si puede juega con ellos. Ironías de la vida: juega con otros niños cuando a sus hijos casi no los ve.

Benito Hernández tiene tres hijos, uno de 21 y otro de 13, ambos de su primer matrimonio, quienes viven con su madre. Ella, a diferencia de Benito, es una mujer preparada profesionalmente: es maestra. Esa fue una de las causas de su divorcio, él siempre se asumió inferior. Ahora lo ve como un error, pues considera que ser bolero es tan valioso y honrado como cualquier otro. Fue padre por tercera vez, de una niña que ahora tiene cuatro años de edad, a quien extraña mucho, pues hace aproximadamente un año se separó de su segunda esposa, que no lo deja ver a su hija. Están en juicio por la convivencia con la pequeña. No obstante estos dos fracasos amorosos, Don Benito sigue creyendo en el amor y espera encontrar a alguien con quien compartir su tiempo y su vida.

Una de las cosas por las cuales Don Benito se diferencia de sus competidores es por su trato amable y porque a pesar de no haber continuado con sus estudios es una persona educada, caballerosa y limpia. Don Benito es un hombre que se preocupa por su aspecto físico, se arregla y se porta bien; su uniforme de bolero de color azul marino y usa unos zapatos color vino, por supuesto, impecables de brillo. Quizás por estas razones es que también es asediado por clientas frecuentes.

Él es alto y delgado. Su pelo es de color castaño quebrado, sin canas; se ve que es vanidoso porque se pinta el pelo. Tiene tez color blanca, con marcas en la piel. Su imán para atraer a los demás, es su mirada profunda, con sus ojos color verde aceitunados cautivan a las mujeres. Sin embargo, esos mismos ojos han deseado no volverse a abrir en momentos tempestuosos, no sólo por su duro oficio, sino por la dura vida familiar que ha llevado.

Benito Hernández conoció a su padre a los 17 años de edad, ya que a los dos años de nacido lo abandono a él y a su hermano recién nacido. Su mamá, tiempo después, se volvió a casar pero siempre le habló mal de su padre. El acercamiento con su padre fue más difícil de lo que él se imaginó, pues ya todo lo aprendió en la calle trabajando como chalán primero y después como bolero: ganarse la vida y ser independiente. Pero guardaba rencor al ser que lo trajo a este mundo. Cuando su padre se acercó, pensó que iba obtener su apoyo y reconocimiento, sin embargo no fue así, éste le ofreció dinero con tal de que dejara de trabajar ahí porque lo avergonzaba que su hijo fuera bolero debido a que él es un empresario y tiene solvencia económica. La decepción para Benito fue grande, pero sabía que el dinero no lo era todo en la vida.

Otro golpe doloroso en la vida de Don Benito han sido sus dos fracasos matrimoniales, pero a pesar de todo él sigue orgulloso de lo que es, y eso engloba el ser un bolero reconocido,

aunque lamentablemente no tenga una familia que lo espere en su hogar: “Mi mejor compañera es la soledad y creo que ya la quiero”, señala melancólico Benito. Precisamente en esta ruleta de la vida donde a veces estás arriba y otras veces abajo, a Don Benito le tocó una de esas vueltas donde quedas abajo, es decir, una mala jugada.

Una mañana, hace dos meses, las imprentas que rodean la plaza lo embarraron en sus asuntos turbios. Era un mañana como cualquier otra en la Plaza de Santo Domingo, se respiraba un ambiente de cotidianidad. Don Benito llegó ese jueves temprano, a las 6:30. Como siempre, fue a recoger su silla, caminó hacia la plaza y empezó a trabajar. A medio día empezaron a llegar policías del Agencia Federal de Investigaciones (AFI), pero no era la primera vez que se realizaba un operativo de este tipo. La gente que no estaba acostumbrada a esto empezó a angustiarse, esos “polificadores”, como les dicen en la plaza, comenzaron a rodearla, y también a agarrar gente y llevársela en camionetas. Benito se desconcertó, pues se llevaban a algunos de sus conocidos, no obstante él seguía trabajando porque un cliente se estaba boleando sus zapatos en ese momento.

—Levántate— le dijo de pronto un policía a Don Benito, al tiempo que se acercaba de forma amenazante al lugar donde se encontraba.

—Perdón, pero yo solo soy bolero- respondió desconcertado.

—Sí, guero, cómo crees. Vámonos, ahora sí te cargo la chingada— le contestó mientras otros policías lo sujetaban.

De nada valieron sus explicaciones y sus súplicas. A él le preocupaba su silla, pues iba a dejar todo solo, pero eso a los policías no les interesaba, y junto a otros, se lo llevaron caminando hacía la esquina de la plaza frente al Museo de Medicina y lo subieron a una camioneta negra. Benito no decía nada, estaba sorprendido, pues en todos los años que llevaba ahí no

lo habían involucrado en ningún problema y estaba seguro de que todo era una confusión, pero mientras más se alejaba la camioneta de su silla y de la plaza, más se espantaba.

En la camioneta de camino a la Procuraduría, todo pasaba en el pensamiento de Don Benito: su llegada a la plaza con su abuelo, su vida, sus hijos, su mamá, su silla, pero confiaba porque él no había cometido ningún delito.

Los llevaron a la Procuraduría ubicada en Camarones, los metieron a una especie de cuartel y comenzaron a tomarles sus datos y a interrogarlos. Cuando le tocó pasar a Benito Hernández, le preguntaron qué había hecho, a qué se dedicaba. Declaró que era bolero, y de nuevo los agentes y las demás personas que estaban ahí se empezaron a reír pensando que les quería engañar. Benito llevaba su uniforme y su credencial de bolero. Les dijo que él no tenía nada que ver con las imprentas ni sus tratos chuecos. Después de rendir su declaración, lo condujeron a un cuarto blanco donde le tomaron unas fotos como si en realidad fuera un delincuente. De ahí lo metieron a un cuarto con rejas. Lo tenían junto con 64 personas, quienes lo apoyaban porque sabían que él no tenía por qué estar detenido. Le daban de desayunar huevos, gelatina y un vaso de agua, así, con ese menú pasaron dos días más.

En el operativo encontraron títulos apócrifos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), de la Secretaría de Educación Pública (SEP), facturas falsas y otros documentos ilegales. En el noticiero de Joaquín López Doriga, salió el operativo de la plaza de Santo Domingo y casualmente la familia de Don Benito vio en televisión cómo lo subían a la camioneta. Su mamá empezó a hacer llamadas para ver si sus amigos también boleros, sabían algo de él. Cuando se enteró que estaba detenido en la Procuraduría ubicada en Camarones, la señora Lucha García, su mamá, fue a verlo. “No vendas nada,

no te preocupes yo pronto voy a salir porque no tengo nada que pagar”, le dijo su hijo seguro de su inocencia. Doña Lucha le llamo a un amigo de Benito que trabaja en una afianzadora para que la ayudara. Éste se presentó y le dijeron que tenía que pagar 25 mil pesos para liberarlo, pero ellos no tenían ese dinero.

Pasaron los dos días más largos de Don Benito. En esos momentos se puso a pensar que quizás lo mejor sería dedicarse a otra cosa, pero ya no tenía edad para eso, y bolear era lo único que le satisfacía. Al completar el tercer día, lo sacaron para tomarse otras fotos y abrirle su expediente judicial. Lo peor para él no era eso, sino que ahí estaban su mamá, su ex esposa y madre de sus dos primeros hijos y su amigo el afianzador, que ya le había informado de que tenía que pagar esa cantidad. Pero él estaba aferrado a no dar nada y sostenerse en su declaración. Sus compañeros de la Unión de Aseadores de Calzado fueron a verlo e incluso a atestiguar en su favor.

Era ya domingo por la tarde. Don Benito estaba nervioso, ojeroso, no había conciliado el sueño en los últimos días. Esa tarde lo condujeron a firmar de nuevo su declaración, pero fue cuando el Ministerio Público le dijo: “Tú no tienes nada que hacer aquí, ya puedes irte”.

“Lo que pasé fue un atropello, adentro se siente como el infierno. Te tratan peor que a un matón o a un delincuente”, señala indignado el bolero que ahora estaba dudando si continuar o no en la Plaza de Santo Domingo.

Después de tres días de descanso, regresó a la plaza y sus compañeros lo esperaban para festejar su libertad y darle la bienvenida. Era viernes y se dispuso iniciar su jornada laboral. Los clientes llegaron como de costumbre, pero ese mismo día llegó otra camioneta a detener a dos personas, a quienes el bolero conocía, acusados de falsificación de documentos. Eso hizo reflexionar a Don Benito. Al día siguiente se levantó a las 3 de la mañana. Más

tarde se dirigió a la Unión de Aseadores de Calzado para informarle a su delegado que ya no quería seguir en la plaza.

Así, Benito Hernández, un bolero que llevaba 46 años trabajando en la Plaza de Santo Domingo decidió dejarla, más no su oficio pues se trasladó a otro lugar. Ese mismo viernes regresó a la plaza a despedirse de las personas con las que había compartido todos estos años.

Al día siguiente, Benito fue a recoger su silla y caminando por las calles se la llevó a su nuevo lugar de trabajo, afuera del metro Aeropuerto. Ahora tiene todo un paradero de micros delante y está ubicado al lado de una zapatería Lago. A su derecha, hay otra zapatería ortopédica y en la esquina un puesto de tacos y otro de tortas.

Don Benito sabe que fue la mejor decisión dejar la plaza porque ya no era lo mismo, y aunque le daba miedo empezar en un lugar nuevo, está satisfecho. No le ha costado volverse a aclimatar: “Ya les hacía falta un bolero aquí y ya llegué yo”. Ya lleva un mes en este lugar y a pesar de que sigue extrañando algunas cosas de la Plaza, no se arrepiente e incluso ya es delegado de su Unión de Aseadores de Calzado y espera poder ayudar a sus compañeros de oficio y hacerles valer sus derechos, como el respeto de la sociedad, además de exponer sus necesidades ante el gobierno.

Ser bolero, para Don Benito, es un orgullo y satisfacción: “Sólo necesito mis manos que son mi instrumento de trabajo, mis grasas, unos zapatos, energía y listo”. Este oficio ha sido su escuela en la vida y a él y a sus manos debe lo que hoy es: un bolero reconocido y un ejemplo de que hay que aferrarse a la vida y a lo que uno cree.

—Ahora sí, Don Benito, ¿me da una boleada?

## LA RUTA DE LA NIEBLA

Alfredo Blázquez Castillo

Veo pasar los días sin ninguna novedad, las fiestas navideñas y de Año Nuevo han pasado y yo sigo prisionera dentro de esta red, esperando el momento en que alguien se acerque y me elija de entre todas las demás. Mi vida ha transcurrido monótona en el famoso mercado de la Merced, esperando, siempre esperando, en una de las tantas tiendas de juguetes que existen en este lugar que acaba de celebrar 50 años de vida.

Una gran cantidad de personas pasan sin detenerse diariamente, algunas parece que me miran, pero siguen su camino, otras entran al local pero en busca de otras cosas, Pero hoy tengo el presentimiento que algo diferente pasará.

Surge de la multitud de compradores. Tiene una forma de hablar que no es típica de los habitantes del Distrito Federal; son cerca de siete personas que, a simple vista, noto que nos visitan de algún lugar de provincia. Cómo hablan, cómo caminan y su comportamiento los delata. Todo su ser refleja un modo de vida más tranquilo, como alejado de todas las preocupaciones y las prisas de la gente de la capital. El asombro en su mirada y el tono un tanto pícaro de su voz es lo que los distingue de los demás.

Como toda la gente que asiste a los grandes mercados, estos forasteros comienzan la compra de juguetes por mayoreo, desde muñecas, juegos de té, hasta los carritos, soldados de

plástico, canicas y los animales de granja, que son añadidos a la bolsa de las compras. El recorrido por la tienda los lleva de un lugar a otro y de aparador en aparador. Al parecer han terminado sus encargos, y después del típico regateo con el vendedor, pagan sus compras y salen de la tienda.

De nueva cuenta me quedo en la red sin nadie que se anime a comprarme, eso es justo lo que estoy pensando cuando, súbitamente el guía del grupo que, sin duda es del D.F., les pregunta a sus acompañantes: “¿No van a llevar pelotas?” “Todavía tenemos espacio en el coche”. Es así, que afortunadamente, una de las visitantes a la que llaman Linda vuelve al interior de la tienda y compra no una pieza, sino la red completa que ha sido el hogar en el que he permanecido inmóvil. Somos alrededor de 30 pelotas las que estamos por comenzar este viaje. Deciden que será mejor partir mañana hacia un destino que todavía desconozco.

Una camioneta es nuestro transporte, en la que viajamos doce personas —los fuereños y el guía junto con su familia— en compañía de grandes bolsas de juguetes. La marcha se inicia dejamos la ciudad más grande del mundo.

El camino hasta ahora ha sido un tanto aburrido y monótono debido a que el paisaje es árido y desolado. Salvo por algunas casas y pocos animales no ha habido mucho en que posar la vista. Puebla y su estadio de fútbol se han quedado atrás hace un buen rato y han transcurrido cerca de tres horas desde que salimos del Distrito Federal. No obstante, los viajeros se muestran entusiasmados y un tanto ansiosos por ver lo que llaman la laguna de Alchichica.

Efectivamente no tardamos mucho en poder verla, poco a poco se va descubriendo un cráter justo a un lado de la carretera. Un agujero enorme que en su interior resguarda una laguna. La vista es hermosa y extraña al mismo tiempo. Es difícil creer que en un paisaje tan árido y cubierto en su mayoría por cactáceas y árboles de formas extrañas y hojas puntiagudas, exista una laguna.

Lo más sorprendente de este sitio es una plataforma natural formada por la acumulación de sal durante cientos de años que se extiende desde las orillas y que pareciera llegar al centro de la laguna misma haciendo posible que el visitante se aleje de la orilla para internarse en el interior de la laguna sin necesidad de mojarse para ver de cerca a los animales que se encuentran en el agua.

Un dato curioso de este lugar es el hecho de que, a pesar de que el agua de la laguna está contenida dentro de lo que fuera el cráter de un volcán ahora extinto, no presenta características de estancamiento. Es decir que el agua es cristalina y llena de vida animal. Charales y patos silvestres son algunas de las especies que viven dentro del cráter, pero para los visitantes un chapuzón es algo que debe pensarse detenidamente puesto que por su cercanía al Cofre de Perote, la laguna de Alchichica presenta la mayor parte del año temperaturas muy bajas que hacen de la natación una actividad para temerarios.

Surgen comentarios dentro del grupo acerca de la fama de este lugar. Dicen que en él se han filmado telenovelas, comerciales e incluso cuentan que el investigador submarino Jack Cousteau trabajó en la laguna para intentar descubrir el origen de las corrientes que la alimentan y para conocer el fondo, ya que según los viajeros, nadie ha alcanzado la máxima profundidad del cráter debido a las temperaturas en ocasiones extremas que aquí se presentan.

El viaje continúa y dejamos atrás este singular paisaje. Tal vez los paseantes no lo noten, pero el clima ha comenzado a cambiar. Esta transformación es muy sutil pero el aire se ha vuelto más frío y húmedo al mismo tiempo, según creo, hemos entrado a la ruta de la niebla.

El Cofre de Perote está frente a nosotros. Imponente y cubierto de nieve, este coloso asombra a los turistas por lo extraño de su forma, ya que su cima se asemeja a la silueta de un

cofre, similar a los que aparecen en las películas de piratas. Sin embargo, no nos es posible detenemos a mirarlo con detenimiento ya que una capa de neblina comienza a extenderse por la autopista, y aunque no es muy espesa promete serlo dentro de algún tiempo. Además la temperatura ha descendido considerablemente, tanto que mi red ya presenta pequeñas gotas de agua que amenaza con congelarse.

Según Linda, el Nauhcampatépētl, nombre en náhuatl de esta impresionante roca cuyo significado es “montaña cuadrada”, posee en sus alturas una serie de barrancos y acantilados además de varias cascadas que hacen que la ascensión a su cumbre, que alcanzan una altitud de 4,282 m, sea una experiencia inolvidable.

El lugar es prácticamente virgen. Salvo por algunas rancherías, no existe mucha gente que habite en esta montaña. Carrisal, un pueblo dedicado a la venta de madera de pino, es de los pocos asentamientos humanos que existen en el lugar. En él podemos encontrar un criadero de truchas construido aprovechando el agua que desciende del Cofre de Perote y sumado con el clima frío de la región hacen del sitio un lugar idóneo para la cría de este pez.

Pese a la increíble vista que tenemos, debemos seguir avanzando. Ya hemos recorrido una distancia considerable y al dejar atrás la ciudad de Perote, la vista y el clima han cambiado de manera casi súbita. Ahora por todos lados puedo ver el verde de la vegetación y aunque la neblina aún se posa sobre la carretera, el aire se ha vuelto más cálido, tanto que parece querer acariciar nuestros cuerpos haciendo que olvidemos el frío que antes padecemos.

Hemos llegado a la ciudad de Xalapa, lugar donde los tripulantes deciden hacer un alto para disfrutar un poco del paisaje. La decisión ha sido buena, ya que toda la ciudad está adornada por una multitud de plantas, árboles y flores que hacen del sitio un recreo para la vista. Es curioso: pareciera que los habi-

tantes de la ciudad y la vegetación en lugar de pelear por un espacio, han encontrado la forma de adaptarse y de compartir el lugar.

Linda les cuenta a los viajeros que la ciudad cuenta con una gran variedad de callejones y edificios construidos en la época colonial de los que se han desprendido algunas leyendas urbanas como la del callejón de Jesús te Ampare. Según Linda, en este callejón hace mucho tiempo vivió una familia proveniente de España. Una de las hijas era una muchacha de 17 años, que tenía el permiso de sus padres para ver a su novio por la noches, pero siempre tras la ventana, momento en el que los enamorados aprovechaban para hacer planes y demostrarse su amor.

Sucedió que durante de las visitas nocturnas del enamorado, pasaba por el callejón un hombre que recientemente había perdido a su esposa y que por tal motivo había estado bebiendo. Un sentimiento de rencor y ganas de matar se apoderaron de este hombre al ver a la pareja y sin pensarlo atacó al joven con una navaja. Heridas mortales le fueron hechas al muchacho al que su prometida sólo le pudo decir como despedida: “¡Cosme, que Jesús te Ampare!”. Desde entonces este callejón se conoce así, como el callejón de Jesús te ampare.

Tenemos que volver a la carretera, donde después de ganar unos cuantos kilómetros, el paisaje cambia nuevamente. Hasta ahora, todo el recorrido ha estado lleno de panoramas contrastantes. El aire tibio que nos acarició se ha ido y ahora no vemos envueltos dentro de un calor húmedo que hace que los cuerpos comiencen a acalorarse, pero es la humedad del ambiente lo que hace a este sitio especial. El aroma es lo mejor de todo, el ambiente está rodeado de un perfume que pocas veces puede ser disfrutado en las grandes ciudades, huele a tierra húmeda, a lluvia: es el olor que la tierra expide después de una tormenta.

La camioneta no se detiene y sigue devorando el camino que de nuevo. La disminución de la velocidad me indica que

estamos llegando a un nuevo lugar, y efectivamente los letreros señalan que hemos llegado a Coatepec.

Nos encontramos a ocho kilómetros de Xalapa y, a pesar de la proximidad con dicha ciudad, no existe parecido alguno entre ellas. Nos da la bienvenida desde las orillas de la carretera. Un aroma, esparcido por todo el lugar, evoca en la memoria un recuerdo familiar, un perfume que cualquier persona reconocería, sin importar su lugar de procedencia. La inconfundible fragancia del café recién tostado nos recibe y pareciera que se encuentra omnipresente, desde las plantaciones que existen a las afueras de esta ciudad hasta las calles que la conforman.

El café, según comenta Linda, es la base económica de la ciudad y el distintivo principal del Cerro de las Culebras, traducción del náhuatl de Cóatl (culebra) y Tepetl (cerro), mejor conocido como Coatepec. Sumada a la belleza del lugar, los productos derivados del grano del café y su alta calidad han hecho que Coatepec se le conozca tanto en México como internacionalmente como “La ciudad del café”, distinción que año con año es refrendada en el mes de mayo cuando se celebra la Feria del Café.

Esta ciudad goza de una característica que no pude encontrar en la capital del estado. Pareciera que el tiempo y la modernidad no han pasado por aquí, ya que a pesar de la infinidad de comercios derivados de la industria cafetalera, Coatepec aún conserva las construcciones típicas de la provincia mexicana: calles empedradas, techos de teja roja, enormes portones de madera y la herrería en balcones y ventanas crean la ilusión de un viaje al pasado.

Nos adentramos en esta pequeña ciudad ya que debemos atravesarla para seguir nuestro camino, y sin dejar de admirar la arquitectura del lugar, poco a poco salimos de ella dejándola atrás. Hasta ahora hemos recorrido 19 kilómetros desde la ciudad de Xalapa y pareciera que la espesa vegetación intenta-

ra cubrirnos; de no existir la carretera en la que viajamos, no existiría señal del paso del hombre por la región.

Conforme seguimos avanzando, una fina brisa que arrastra el aire obliga al conductor a accionar los limpiaparabrisas y, es que a pesar de que no está lloviendo, entre más nos acercamos al siguiente poblado el agua lanzada por la brisa se vuelve más copiosa. El pueblo de Xico nos da una inusual y mojada recepción. Se dice que este lugar fue el paso de Hernán Cortés en agosto de 1519 en su camino hacia la Ciudad de México. En 1892, recibió la visita del entonces presidente Porfirio Díaz con motivo de la inauguración de una estación de ferrocarril, un primero de mayo.

El grupo de viajeros ha decidido hacer un alto en el camino y tomar un descanso del viaje que, hasta el momento, ha sumado alrededor de seis horas. El ambiente húmedo ahora nos rodea por completo, la humedad del aire y el calor provocan una especie de vapor que le da al lugar un toque de misterio y que mezclado con los ruidos provenientes de la naturaleza le imprimen un toque mágico a esta zona. No muy lejos, se alcanza a escuchar un rugido constante que provoca curiosidad y temor al mismo tiempo, y hacia el origen del ruido es a donde se dirigen los viajeros.

Sumado a los rumores del entorno, la escasez de construcciones le da al lugar un encanto especial, puedo incluso imaginar que el hombre no ha estado presente y que su mano no ha deteriorado el ambiente. Tan sólo existen dos edificaciones que terminan con el espejismo de un lugar deshabitado: un restaurante y una planta hidroeléctrica son los únicos vestigios de la llegada de la civilización.

No obstante, la belleza del lugar cautiva los sentidos desde el primer momento. Hemos llegado a la Cascada de Texolo. Para llegar a este sitio hemos recorrido tres kilómetros desde el poblado de Xico tomando un camino de terracería un tanto intrincado, pero la dificultad del terreno no es lo único al que el turista debe en-

frentarse, existen otros desafíos qué retar; pero que al final valen la pena haber sufrido con tal de disfrutar de las delicias de este sitio.

El caudal de la cascada nace de varios afluentes, principalmente alimentan esta caída de agua los escurrimientos provenientes del Cofre de Perote además de otros ríos más pequeños que la nutren. Por su indescriptible belleza y por sus condiciones climáticas, esta cascada ha sido elegida para la filmación de varias películas. Indiana Jones visitó Xico en una de sus múltiples aventuras, en esa ocasión cuando buscaba una esmeralda perdida.

Para obtener una visión panorámica de la cascada desde las alturas se puede hacer uso de uno de los puentes colgantes que existen; pero cruzar por este puente no es sencillo para personas nerviosas o fácilmente impresionables ya que atraviesa la cascada desde su parte más alta, es decir, a más de ochenta metros del suelo. Este puente colgante y algunos miradores son usados para admirar la cascada a cierta distancia, pero existe otra forma de tener un contacto más cercano con las aguas que caen de la montaña.

Más que buena condición física se necesita voluntad y muchos deseos de observar de cerca la grandiosa caída de agua, puesto que, para poder llegar al pie de la cascada, los visitantes deben enfrentar el reto de bajar y subir los 308 escalones que conforman la escalera que desciende a la barranca que recibe las aguas de la cascada.

El descenso se ve recompensado con un buen chapuzón, puesto que el clima caluroso no ha cesado y la brisa que produce el agua no es suficiente alivio para el esfuerzo físico que se ha tenido que hacer. Los visitantes pueden, además, saltando de roca en roca, llegar a la parte trasera de la cascada para descubrir que existe una abertura en la montaña, una especie de cueva que el agua ha tallado en la piedra durante años y que permanece oculta por la cortina de agua.

La tarde amenaza con caer y debemos seguir nuestra marcha. Nuevamente, la carretera se cubre de niebla, de este velo

que ha sido nuestro compañero de viaje y que pareciera envolver cada uno de los lugares que hemos visitado. La camioneta va ganado camino y mientras dejamos atrás un pueblo llegamos casi de inmediato a otro. Un gran arco de piedra construido justo en la entrada de este nuevo poblado recibe a los visitantes de este lugar que, según he escuchado, es nuestra última escala.

Nos encontramos en Teocelo, poblado que al igual que los lugares en los que antes estuvimos es un pueblo principalmente cafetalero. No obstante, este lugar además de la producción de café posee otros atractivos que lo hacen diferente de otros pueblos en los que se siembra este grano. Teocelo es un productor de mole y tostadas, elaborados de la forma tradicional. Está ubicado a 24 kilómetros de la ciudad de Xalapa, justo en el centro del Estado de Veracruz.

Mole y tostadas son el negocio principal de muchas de las familias de Teocelo. El sabor de esta pasta depende de la receta familiar, todos son diferentes. Distintas especies de chiles y chocolate son los ingredientes principales para la preparación de este alimento, pero la receta es un secreto que por generaciones ha permanecido guardado en las familias.

“Calidad y distintos ingredientes”, comenta Linda, son parte del secreto de esta receta que incluye desde galleta, el ya mencionado chocolate, chiles, cacahuete, tortilla, entre muchos otros. También influye el recipiente en el que el mole sea hecho. Grandes cazos en los cuales los ingredientes son mezclados y cocinados a fuego lento, además de un movimiento continuo de todos ellos, son necesarios para lograr el sabor y consistencia que no han podido ser copiados por las empresas que fabrican mole embotellado.

Teocelo es uno de los lugares por los que atravesó “El Piojito”, aquel tren que inaugurara el ex presidente Díaz. El recuerdo de este tren permanece vivo entre la gente del pueblo, ya que a

pesar de que sus instalaciones fueron cerradas y la ruta ferroviaria fuera desmantelada, permaneció en pie el edificio de la última estación de la ruta Xalapa-Teocelo; construcción que en mayo de 1998 después de una serie de restauraciones y como conmemoración del centenario de la visita de Porfirio Díaz, se convirtió en el Museo Comunitario de la Antigua Estación Ferroviaria. Tal fue el agradecimiento de los teocelanos por los beneficios que el tren trajo al pueblo, que decidieron modificarle el nombre, fue así que un decreto promulgado en 1868 le otorgó el grado de ciudad a la población llamada Teocelo de Díaz.

Volvemos a tomar la carretera con rumbo hacia nuestro destino final. Una desviación en la autopista señala el camino hacia otro de los incontables pueblos con los que cuenta el estado de Veracruz. Finalmente, después de un recorrido a través de una carretera construida junto a una montaña hemos llegado a este pueblito en el que tendré mi nuevo hogar. Cosa curiosa, la camioneta no enfila hacia una tienda de juguetes, ni hacia la casa de alguno de los tripulantes; hemos entrado directamente a la iglesia del pueblo.

La plaza principal y la iglesia lucen preparadas para la fiesta, y a pesar de que la Navidad y el Año Nuevo ya pasaron, calles y casas aún permanecen decoradas en espera de lo que marcará la última de las festividades de la temporada de la época navideña. Juegos mecánicos y de azar se encuentran alrededor del kiosco esperando la señal que marcará el inicio de la celebración que está por llegar. A pesar de bullicio y de la actividad que la feria desencadena, el pueblo luce una calma inusual, no hay niños en la calle jugando ni curioseando en los puestos, es más, parece que muchos de los adultos también han desaparecido.

Es dentro de la iglesia en donde se encuentran los adultos ocupados en una tarea muy importante. Grandes sacos llenos de distintos tipos de dulces son colocados alrededor de los juguetes que

han sido descargados de la camioneta, mientras la familia de Linda y muchos voluntarios comienzan a abrir y clasificar los juguetes y también a llenar una cantidad incontable de bolsas con dulces y fruta.

La fiesta ya va a comenzar, la noche ha caído sobre el pueblo mientras cohetes y fuegos artificiales cruzan en cielo. Las campanas de la iglesia, con su música, llaman a la gente que aún permanece en sus casas a unirse a los festejos. Esta es la última llamada para que los niños se acerquen al atrio a por sus regalos. El gentío, que se ha reunido fuera del templo, es enorme, debido a que no todos los asistentes a esta celebración pertenecen a Ixhuacán. Familias de los pueblos vecinos como Cosautlán, además de las rancherías cercanas, han venido a disfrutar de la fiesta en la que propios y extraños son bienvenidos.

La misa, por razones de espacio, se ha tenido que celebrar como cada año fuera del recinto para que nadie se quede sin escuchar la liturgia. El fin de la ceremonia termina con una bendición general a los presentes y marca el inicio del evento principal de día. Los murmullos han cesado y los asistentes esperan escuchar las palabras del cura.

“Bienvenidos a Ixhuacán de los Reyes, hoy 6 de enero celebramos la fiesta mayor de nuestro pueblo en honor de aquellos personajes que llegaron del Oriente a colmar de regalos al niño Jesús. En primer lugar debemos agradecer a los mayordomos de este año, la familia Vargas, quienes serán los encargados de repartir dulces y juguetes a los niños que se han portado bien, así que, niños, a formarse”, dice el cura con evidente alegría

Es ahora que dulces y juguetes aparecemos en escena, pero no llegamos solos. Del interior de la iglesia han salido tres imágenes en hombros de los mayordomos y sus familiares, estatuas que representan a tres personajes bien conocidos y que han provocando gritos de entusiasmo y miradas de anhelo en los niños que ya se encuentran formados para recibir su regalo.

Ahora comprendo cual es la razón por la que tantos juguetes hemos llegado desde tan lejos, somos parte de una de las costumbres religiosas con más arraigo dentro de la cultura mexicana: las mayordomías. Ixhuacán lleva en su nombre la representación de los tres Reyes Magos que visitaron al Niño Jesús en el pesebre, y es costumbre que sus mayordomos en este caso, Linda y su familia, regalen juguetes a los niños que asistan a la celebración.

No obstante, no todos los niños reciben un juguete, conscientes de la pobreza que existe en la región se les da prioridad a los niños que el mayordomo sabe que no es muy probable que reciban la visita de los Reyes Magos. Aquellos niños que viven en las rancherías o en las partes altas y pobres del pueblo tienen, al menos por este día, asegurado un juguete; sin embargo ningún niño se va con las manos vacías, ya que aguilados de dulces y frutas son entregados a todos por igual.

Lentamente y conforme la fila avanza, las enormes bolsas comienzan a quedar vacías y yo una simple pelota roja, me he quedado en el fondo de la red, mientras que las familias se retiran a disfrutar los juegos mecánicos y los puestos de comida. Otra vez comienza a asaltarme el temor de no ser escogida por nadie y de quedarme en la malla. Muñecas y carritos van siendo entregados a diferentes niños, mientras que yo ya perdí toda esperanza. He visto que la iglesia ha comenzado a cerrar sus puertas para que los mayordomos y sus invitados también disfruten de las atracciones de la feria.

Sólo una última familia ha podido entrar, son cinco niños que acompañados de sus padres han conseguido llegar hasta donde los mayordomos recogen los pocos regalos que han quedado. “A mí una muñeca,” dice una niña, “yo quiero canicas”, grita otro. En un día como hoy es imposible decirle no a un niño, principalmente porque esta familia no es habitante

de Ixhuacán y ha tenido que hacer una larga caminata para poder asistir a la celebración.

Como bien dice el dicho: “al que da y reparte le toca la mejor parte”. Estos niños han corrido con mucha suerte porque al ser los últimos han recibido más regalos que los demás. Juegos de té, canicas además de otros juguetes les son entregados uno a uno, hasta que finalmente le toca el turno al último.

“Escoge lo que quieras” invita Linda al más pequeño de los hermanos quien aún no ha decidido de entre todas las opciones que le presenta la bolsa. Tímidamente escoge una lotería que seguramente compartirá con sus hermanos, seguido de un paquete de animales de granja y un camioncito amarillo. La música de la feria los invita a visitarla y como parece que los niños están satisfechos con lo que han escogido comienzan a retirarse.

Sorpresivamente, soy levantada en el aire al mismo tiempo una de las hijas de Linda corre hacia la familia llevándome en sus manos. “Es la última”, les dice a los niños mientras me entrega al menor de ellos, “llévensela para que no se quede sola”. Finalmente he sido entregada a alguien, al fin pertenezco a alguien.

Y aquí termina este viaje que comenzó en un mercado de la Ciudad de México, un recorrido que me llevó a conocer lugares que nunca hubiera imaginado. Un viaje colmado de belleza natural, lleno de alegría y de buenos deseos, de satisfacción y felicidad reflejada en el rostro de todos los niños que vieron cumplida una ilusión, pero sobre todo en el sentimiento de bienestar que recorrió el corazón de todas aquellas personas que hicieron este sueño posible.

Termina mi aventura, pero comienza otra en las manos de este niño que ahora es mi dueño. No sé que es lo que el destino me depare, sólo espero que mi compañía le brinde momentos llenos de regocijo y entretenimiento al que desde ahora será mi compañero de juegos en este increíble lugar.

## DE CHINICUILES A TURBINAS DE AVIÓN

José Santiago Paz

Todos los domingos, a la proclama de “¿cuánto?” se comienza a negociar en la Sanfe: tianguis que se instala al noroeste de la ciudad de México. Cada comprador va a lo suyo. En una venta, la puedes armar, salir rayado, mareado o transado, y ni pedo, así es la tirada; ya sabes que aquí no pagas la corretiza de anoche. Y además de la fiesta-compra-visita al museo, todo en un solo día, puedes encontrar eso que no estabas buscando.

**¿Qué, a darle?**

El silencio es el preludio. Las calles se llenarán de motores que se apagan, llantas de diablitos que rechinan, tubos que se arrastran; serán los primeros acordes; luego, el barullo irá *in crescendo*, hasta alcanzar la estridencia de un domingo en la Sanfe. Luis Alberto (así pidió que le llamara), vendedor desde hace doce años, apaga el motor de su vocho, desciende y mira hacia la avenida Villa de Ayala, sus ojos se animan. Son cuarto para las siete de la mañana, Luis Alberto estira las piernas, da un suspiro y se frota las manos antes de ponerse los guantes de carnaza.

Se escuchará entonces que los tubos metálicos de los puestos se arrastran, se golpean y se avientan; que los diablitos rechinan, que los manteados son azotados, que las rejas son

golpeadas y sujetadas para que no se muevan y soporten la mercancía; son los “armadores” de puestos, que entre saludos, burlas, albures y mentadas de madre, van colocando un puesto aquí, otro más allá. Para las siete y media de la mañana la algarabía de saludos animará a los tianguistas, “buenos días” se saludarán entre ellos. “¿Qué, a darle?”; “pus sí, no hay de otra”, “a ver que tal se pone”, “ojalá se ponga bueno”, “primero Dios, esperemos que sí” “¿Qué transa, Flaco? ¿Cuándo te soltaron?”; “No te digo... ya vas a empezar”.

### Los primeros serán los primeros

Luís Alberto carga su diablito con cajas y rejas blancas, donde exhibirá guantes, bufandas, gorros, porque es diciembre. El giro de su puesto cambia con cada temporada o según “le caiga la mercancía”. Luís Alberto se dedica a vender artículos de temporada y ofertas que compra de mayoreo, lo que se conoce como saldos y remates. Para esa hora ya se estarán cerrando algunas transacciones. Los primeros compradores son por lo regular “coyotes” que acaparan la mercancía y pagan a precios muy bajos. Más tarde, la revenderán a precios más elevados dentro del mismo tianguis.

Para las 8, Luís Alberto habrá terminado de tender su puesto y comenzará a parar la oreja para esperar al del café; tomará una taza con pan de dulce, y pedirá algún guisado oaxaqueño. “Ojalá la doña traiga codorniz”, le gustan los platillos de su tierra, porque le recuerdan el sabor de su pueblo, dirá. En ese momento, algunos tianguistas discutirán por los límites de sus lugares y es que “además de las broncas que tenemos por los espacios, ahora tenemos que recortar nuestros puestos, unos diez centímetros por metro [lineal], ya ni la hacen esos güeyes”, comentará Luis Alberto, ante una de las medidas que

los jefes delegacionales han comenzado a implementar para “liberar las principales vialidades” que la Sanfe invade. Según palabras del titular de la Gustavo A. Madero, Francisco Chiguil, “se trata de recobrar el espacio urbano.”

### **Herederos**

Luis Alberto, ya tendido –instalado su mercancía–, esperará a los segundos compradores que le darán otro movimiento al tianguis. Éstos comenzarán a recorrer las calles en busca de mercancía “especializada”: ropa de marca, lotes de libros, electrodomésticos, autopartes, zapatos, tenis, etc. A diferencia de los primeros compradores, revenden fuera del tianguis, inclusive en tiendas de antigüedades. Son otro tipo de coyotes, más refinados porque van a la caza de objetos de mayor valor. Por la misma razón, casi no regatean y las ventas se ponen buenas, como dicen los vendedores. “En una buena venta, la puedes ‘armar’ (obtener la ganancia estimada en una jornada)”. Con suerte, se puede en una sola transacción, “la cosa es llevar buena mercancía.”

Estos compradores son los herederos de los primeros comerciantes de chácharas. Los iniciadores del baratillo se instalaban en el Zócalo capitalino allá por siglo xvii. En 1609, el virrey en turno prohibió que continuaran instalándose en la Plaza principal. Desde entonces, los cháchareros profesionales continúan sacando ventaja de lo ya usado, de lo que todavía puede servir, de lo que con una manita de gato queda. Tiempo después hicieron famosa La lagunilla, mercado de chácharas por excelencia, frente a la cual la Sanfe surgió como alternativa ante la lejanía, tanto del lugar como de precios.

A la hora en que Luis Alberto termine con su almuerzo, el tianguis estará en todo su apogeo. Entonces los acordes del barullo serán un continuo de regateos, pregoneros –que pare-

cieran no cansarse—, música de todos los géneros, comentarios de los visitantes-compradores, gritos a todo pulmón, chiflidos y una gran variedad de ritmos y sonoridades, todo depende de la calle en donde te encuentres.

Para tener una idea de la estridencia que provoca el tianguis, bastará con asomarse a la columna vertebral de la Sanfe: la avenida Villa de Ayala. Sobre ésta, se colocan ocho carriles de puestos-locales y otro tanto en las calles aledañas. La Sanfe da cabida a unos 30 mil vendedores ambulantes, aproximadamente; es decir, que si colocáramos un puesto junto al otro, en forma lineal, ocuparía la extensión de la línea seis de metro de la Ciudad de México, que corre de la estación Martín Carrera a El Rosario.

### “A ver, échalos”

Con tales dimensiones, ningún paseante (que quede entendido que se está hablando de un paseante) podría recorrer por completo la Sanfe en sólo un día; ya no digamos un comprador, coleccionista, chacharero, que caminan con la mirada de cazador, buscando, checando, campaneando la mercancía y, por obvias razones, jamás recorren el tianguis de extremo a extremo. “Van a lo suyo” y a la proclama de “¿cuánto?” ya estarán negociando y el otro le responderá: “estoy pidiendo una manita, una peseta, un ciego, una sorjuana, un quinetón, tres varos, un tostón...” o ya de plano se la sueltan, así nomás, como pa checar si es chinche o si es neto: “¿cuánto ofreces?”; y la última palabra todavía le cuelga, porque no es tan fácil desafinarse: “déjame ver, nomás estoy checando”, y entonces el otro, afilando más el colmillo: “ofrece, para eso estamos en la calle”, “traigo tanto” y el otro hará una mueca como para despreciar al comprador y hacerle creer que en verdad se está llevando una ganga “ponle un veinte más”; una vez que han llegado a este

punto, ambos tienen que jugársela por completo: “neta que es todo lo que traigo”, se aventará el comprador con la mirada de un apostador que arroja su resto; el vendedor, antes de lanzar su última jugada, evaluará la mirada del comprador para tantear si realmente quiere la merca: “es más, dame tanto y órale”; si el otro mira de lado o se busca en las bolsas del pantalón, ya está terminada la transacción; si por el contrario, se mantiene firme, y hace como que se retira, entonces el vendedor lanzará su última carta “va, dame tanto, ya me bajé, nomás que no quieras llevártelo...”, entonces el otro se puede mantener firme en cuyo caso el trueque truena; o un “va que va” del comprador y el vendedor dirá con cara de resignación “a ver, échalos, siquiera la persignada”.

### **Según el sapo es la pedrada**

Para las 9 de la mañana se repartirán los últimos lugares disponibles para los que no tienen un lugar fijo donde colocar su puesto. Se trata de hu ecos que todavía quedan, entreverados a lo largo de los puestos. Para tener un “lugar” existen dos maneras. La primera consiste en ser consecuente cada domingo y esperar a que el “delegado” le asigne uno. Esto puede ocurrir después de años y puede suceder que el lugar no sea tan bueno, por lo regular será una orilla. La otra manera es más inmediata. Luis Alberto está negociando con el “dueño” del lugar donde tiende su mercancía. Está ubicado sobre la avenida Gran Canal, justo donde la Sanfe comenzó, allá por los años sesentas y luego se extendió por varias calles aledañas hasta ocupar en su totalidad la avenida Villa de Ayala. Y de no ser porque hacia el Estado de México bloquearía sus conductos principales –los trasportes tendrían que dar un gran rodeo–, el tianguis ya se hubiera expandido hasta la colonia Campestre Guadalupana, o a la Valle Primera. Luis Alberto está ofreciendo su vocho –va-

luado en 20 mil pesos-, más otro tanto por el lugar, en total unos cuarenta mil pesos por tres metros lineales de lugar. “Hay más ‘baras’ en otros lados, pero también está más muerto, aquí por muy jodido saco lo del día”, dirá Luis Alberto. “Ora si, como quien dice, dependiendo el sapo es la pedrada”. De concretarse esta operación, Luis Alberto tendría su lugar definitivo. Por el momento, lo tiene en préstamo, dice él, aunque aquí no existe tal cosa, lo más probable es que esté pagando una renta por tenderse en ese lugar, pero de esto se negará a hablar.

Entre las 10 y las 11 de la mañana llegarán los terceros compradores, paseantes, familias completas, parejas, grupos de amigas, cuates, mirones, “chinchés”, etcétera. Todos ellos avanzarán por los carriles de la Sanfe y entre “apúrate, mujer, que quiero llegar al partido” y “espérame tantito que me acordé que ya no tengo cortinas” darán sentido, colorido y sonoridades de las más variadas al tianguis. “No te sueltes de la mano que te me pierdes”, “ya mamá, ya me cansé y tú nomás quieres ver lo que a ti te gusta”. Se escucharán regaños y reclamos de todo tipo, “pues te hubieras quedado”. Claro que también se harán arrumacos: “ándale, amor, cómpratelos, se te ven bien”, “es que...no sé... éste como que tiene algo, mejor vamos a seguir buscado”, “bueno, pero si no, regresamos por estos”, “¿no quieres una nieve?”. Además de los que asisten acompañados, están los solitarios, como Nicolás, un comprador de libros, discos y otras “madres”.

### Nicolás

Nicolás llegará por la calle Estado de Zacatecas y comenzará su recorrido hasta llegar a la avenida Gran Canal, lugar donde ha encontrado “cosas chidas”. A él le hubiera gustado comprar algunos de los objetos poco usuales para un tianguis –no para la Sanfe-, pero no lo ha hecho por falta de dinero y espacio para

poner todas esas “madres”. Nicolás tiene una lista donde anota dichos artículos: un casco de un piloto aviador de la Segunda Guerra Mundial; una motosierra, un detonador de dinamita, un clarinete con su estuche impecablemente conservado, en color rojo, una silla de madera con baúl roto en la parte de abajo, una campana de bronce, una cámara fotográfica, y así su lista continúa.

La mano izquierda de la señora que vende jugos sostendrá con firmeza la naranja mientras que la derecha cortará con rapidez. Serán entre las once y las doce del día cuando Nicolás pida un juego de zanahoria. Mirará las manos de la juguera que exprime, sin mirar, cómo cae el jugo. “Los domingos son los días que me mejor me va”, platicará la señora, mientras seguirá sacando más naranjas para cortarlas y exprimir las para preparar el jugo. La juguera comentará de su esposo que ya se le desapareció otra vez, y ella está apurada atendiendo el puesto.

### **La corretiza de anoche**

Sobre la avenida Villa de Ayala, Nicolás podrá escuchar todo tipo de ritmos musicales, sonidos y pregones: “llévelo, llévelo”, “bara, bara, bara, geeente”, “sí hay, sí hay, sí hay, pásele güera”, “acá está lo bueno, de a veinte varitos, de a veinte varitos nomás” gritos que podrían confundirse con cualquier otro tianguis o mercado, pero la Sanfe tiene sus propios ritmos y sus propios pregoneros: “la corretiza de anoche no me la pagas, mira, todo barato, todo barato”, “métele la mano, como si estuvieras con el novio, abajo está lo bueno, métele la mano”, “lo que se le perdió al ‘palacio’, aquí te lo remato, puras marcas originales”, “de a cincuenta varos, más barato que en Tepito, de a cincuenta varitos nada más”, por supuesto que no se discrimina a ninguna persona y no importa cuál sea su preferencia sexual: “morena color de llanta, aquí está tu rin cromado, sólo

por hoy, de rematote”, “chécalo amigo, chécale amiga [pausa] o amiguito del tercer sexo”.

Nicolás comentará que en un buen día se puede encontrar el Réquiem de Mozart en dos versiones distintas, con la Atlanta Symphony y con la Berliner Philharmoniker, ambos en discos compactos; o bien, si estás con ánimo de no encontrar nada en especial, puedes “toparte” con las nueve sinfonías de Beethoven en acetatos, o si ya has recorrido gran parte del tianguis y estás cansado de los empujones, del ruido, de todos los ritmos musicales y a todo volumen, del calor o del frío, de la sed (que siempre se puede mitigar con una michelada. A lo largo de la Sanfe hay puntos estratégicos para estos fines), es decir, que cuando ya no esperas encontrar lo que viniste a buscar, entonces aparece aquello que de ninguna manera estabas buscando: los Waltzes de Strauss, en discos de baquelita, pulcramente empaquetados en sus estuches originales y con el sello de la Viena Philharmonic Orchestra. Este es un buen día, es cuando verdaderamente te “rallas”.

### “Ya cómprenme”

Para las 2 de la tarde, Nicolás habrá llegado a la calle Pachuca, en donde a ritmo de hip-hop, podrá escuchar a los cholos hacer bisnes, conseguir “bolillos de tu zais”, “pantos ben deivis”, “acá, para andar bien tumbadote”, paliacates en todos los colores y tamaños, “todo lo que la raza necesita, ése”, “saludar a la clicca” escuchar buen material, encontrar discos chidos, “todo en buen plan, ése” porque en la Sanfe: los malandros, la rata, el pasadodeverga, no son bienvenidos, “agüevo carnal, y mejor ni le juegos al verga con la banda, porque aquí mismo te tumbo y te pongo tus quietos” “simón, ése, no te manches”. Es aquí donde además de escuchar y sentir el ritmo, puedes oler el ambiente: “sentirte a tono, carnal”, “ya cómprenme que quiero darme un toque”, el olor a “petate quemado” completará la atmósfera, “al

cabo que aquí la raza no se escama si quemas”, aquí puedes sentirte como en el barrio.

Sobre la misma calle, Nicolás puede escuchar otros géneros, música alternativa, rock, metálica; que entre ropa de marcas gringas, zapatos y tenis ídem, puedes encontrar unos que te laten, para andar tirando el rostro; para correr aunque sólo sea los fines de semana; un detalle para tu morra, uno pa la jefa, otro pal escuincla, el morrito, el broder que está en cana, el encargo del compadre, de la tía, etcétera. La Sanfe da cabida a todas y todos, siempre y cuando el objetivo sea comprar, checar, manosear la mercancía, echarle un lente, hacer trueques, bisnes, vender lo que me sobra, lo que estaba mal puesto; chance para el otro domingo, voy a juntar pa unos azules, me latieron un buen los negros, llévate los cafés hacen juego con tu pantalón negro, ésta pa la escuincla...

### “Saber marear”

Nicolás regresará con un par de libros y el disco Glassworks de Philip Glass, lo primero que hará al llegar a su casa será “calarlo” para ver si los 25 pesos, que pagó por el disco, valieron la pena; los libros irán al montón que algún día leerá. “En la Sanfe encuentras de todo y para todos; la gente no sabe lo que vende, una porquería te la quieren vender más caro que si fuera nueva; y un buen artículo casi, casi te lo regalan, te digo que la gente no sabe lo que vende”. Al hablar de ello, Nicolás dibujará una sonrisa, mitad triunfo, mitad burla: “a veces, todavía hasta les regateo, y hay quienes le bajan, te digo que la gente no sabe lo que vende”.

Hacia las 3 de la tarde el barullo comenzará a bajar de intensidad, hasta llegar de nuevo a los tubos que se volverán a arrastrar y los tianguistas cambiarán sus preguntas: “¿qué,

cómo estuvo?”, “pa mí estuvo bueno”, “por lo menos salió lo del día”, “ya ni modo, ahí pa la otra” “yo la neta me rallé”. Entonces, Luis Alberto levantará su puesto, “estuvo dos tres, te digo que aquí, por muy jodido sale lo del día”. Después, ya con su vocho repleto de mercancía, lo encenderá y esperará hasta el otro domingo para ver si se “arma” lo del lugar.

Por ahí de las 4 de la tarde el señor de los jugos ya habrá realizado un par de viajes. “Se lleva las cosas de poco a poco, para irle avanzando” dirá la juguera, mirando a su último cliente. Sus manos conocen el oficio y no necesitan de la supervisión de la vista. “¿Medio y medio, me dijo, verdad?”. Para el chacharero profesional el lenguaje es muy importante, hay que estar a las vivas, saber marear, echar el choro, no dejar que te lo echen, saber cuándo ya bailaste, cuándo ya chingaste, cuándo ya la armaste o cuándo ya valió pa pura madre. El puesto de los jugos, que se coloca a cinco cuadras de uno de los extremos de la Sanfé, en la calle Estado de Zacatecas, dejará dos costales de cáscaras de naranjas y otro más de bagazos de otras frutas. Para esas horas, tal vez todavía esté introduciendo zanahorias en el extractor para preparar el último juego del día. Para ella, el tianguis representa el día más cansado porque la jornada de trabajo se alarga hasta las cinco de la tarde. La juguera tiende su puesto todos los días. Cuando el último cliente le pregunte que por qué se marcha tarde, ella responderá con cierto dejo de ironía: “Si no se crea que me voy tan tarde porque vendo más, lo que pasa es que vivo a dos cuadras de aquí, solo que del otro lado del tianguis y tengo que esperar a que levanten todos [los puestos] para marcharme”.

### **De los chinicuiles a turbinas de avión**

Muebles antiguos, modernos, de medio cachete, nuevos. Ropa de marcas reconocidas, de hechura nacional, tradicional, de se-

gunda, de tercera y hasta de cuarta. Todo, absolutamente todo, se puede comprar-negociar-intercambiar-vender. Y no sólo las mercancías están sujetas al toma y daca de cada trueque; la Sanfe también ofrece servicios de todo tipo: comidas, bebidas, estacionamientos, peluquerías, salones de belleza, consultas del tarot, tatuajes y bodi-pirsings, manicuristas, podólogos, remedios alternativos, etcétera, etcétera, etcétera. En fin, que en el tianguis más grande de América Latina puedes encontrar cualquier cosa que hayas imaginado, cualquier cosa que busques, no importa qué tan extraña sea tu necesidad, o necesidad; entre la sonoridad de un domingo de fiesta-compra-paseo-diversión puedes encontrar aquello que viniste a buscar. Pero, sobre todo, lo que de ninguna manera estabas buscando.

En la Sanfe no hay mercancía, por más extraña que pueda parecer, que no se haya comercializado u ofertado; desde los chinicuales –gusanos de maguey–, escamoles y chapulines hasta comida enlatada, de otros países, a granel, caducada o por caducar; desde pieles de bisonte o de tiburón hasta equipo para alpinismo, para esquiar en nieve, en agua; desde artículos para baño, cocina, escuela u oficina hasta mascotas. La cosa es saber echarle el ojo. En cierta ocasión, comentará Luis Alberto, “hasta llegaron a vender turbinas de avión”.

### **Original, de uña, y hasta de cuarta**

Si los mercados en general son un museo efímero de lo cotidiano, como dice un antropólogo, entonces la Sanfe es el museo más grande de lo cotidiano y lo no tan cotidiano que se pueda observar en un tianguis. Aquí se pueden apreciar auténticas obras de arte, pinturas, esculturas, tapices, libros antiguos, etcétera. Todo en marcas originales y piratas; nuevo y usado o de medio cachete; de “roberto-uña-chueco” o legal y neto; nacional o de otro país;

de importación o de contrabando; de segunda, de tercera, hasta de cuarta y más para abajo, hasta basura te pueden vender.

### **Opening para el final**

Como preludeo del último movimiento del barullo, a la Sanfe llegarán los últimos compradores, los que aprovecharán lo jodido que estuvo la venta y pagarán precios muy bajos, porque “lo agarran a uno torcido y ni pedo”, “pus ya, lo que caiga es bueno”, “a ver, échalos, aunque sea pa la chela”, “ya llévatelo, ¿para qué lo cargo de regreso?”. Con estos últimos acordes, llegarán los barrenderos y barrerán con todos lo que la Sanfe no digirió.

Ya en su casa, Nicolás escuchará el primer movimiento del disco Glassworks: Opening, que cerrará el concierto que ocurre todos los domingos. Nicolás respirará satisfecho porque el disco no está rayado y él se rayó con sus compras.

---

*Historias de la Ciudad II*

*Reportajes, crónicas e historias de vida.*

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre en los talleres de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, con un tiraje de 1000 ejemplares. Se utilizaron fuentes tipográficas de la familia Minion Pro.

---